Capítulo 14

La proyección del príncipe Felipe. Viajes y regencias en la corte hispana

El 29 de septiembre de 1548, en Bruselas, Carlos V firmó los poderes e instrucciones que debían conducir la regencia de su hija y su sobrino, titulados reyes de Bohemia desde febrero del año siguiente, y designaba las personas que compondrían los distintos consejos les habrían de asistir en el gobierno. En ellas el emperador dejaba como principales consejeros de la regencia a Fernando de Valdés, inquisidor general desde 1547, Juan Vázquez de Molina, secretario de varios consejos, y a Hernando Niño de Guevara, presidente del Consejo Real, que se reunirían en el Consejo de Estado con el marqués de Mondéjar, presidente del Consejo de Indias, y con Bernardino Pimentel, marqués de Távara que dirigía las Casas de las Infantas. Los tres primeros, además, habrían de supervisar los asuntos de la Cámara. Pero Fernando de Valdés se encontró con la fuerte resistencia de Hernando Niño, que se tradujo en conflictos y pugnas por el control de los diversos consejos[131]. Con suma, las regencias de Maximiliano y María, entre 1548 y 1551, del príncipe Felipe hasta 1554 y, finalmente, de doña Juana, se convirtieron en el eje del interés de los nobles, letrados y oficiales que deseaban conservar o mejorar la posición que habían mantenido anteriormente.

Mientras tanto, don Felipe –obedeciendo a su padre– había iniciado su viaje por Europa. El objetivo del itinerario era presentar a su hijo ante sus súbditos para ir preparando su posible elección como sucesor en la corona imperial. Tras su regreso, el príncipe recibió unos poderes e instrucciones que le permitieron dirigir la regencia, entre 1551 y 1554, con mayor iniciativa en la resolución de los problemas de gobierno, pero que no supusieron grandes novedades en la composición de los Consejos. Pero pronto se hizo sentir la pujanza de una facción enraizada en la confianza que el príncipe dispensaba a Ruy Gómez de Silva, quien alentó una serie de *visitas* contra los consejeros promocionados por Valdés y Vázquez de Molina[132]. Las intrigas y operaciones para controlar los organismos de gobierno arreciaron cuando se decidió la partida de don Felipe a Inglaterra para contraer matrimonio con su tía. Los movimientos cortesanos tuvieron dos direcciones: por una parte, el diseño de la regencia y, por otra, la elección de los personajes que habrían de acompañar al príncipe. Tras la muerte del príncipe Juan de Portugal, en enero de 1554, quedaba despejada la elección de quien habría de situarse al frente del gobierno: su viuda, Juana, hermana de Felipe. El príncipe, que poco a poco había asumido la iniciativa en la gestión de las diversas materias de gobierno de los reinos hispanos, puso especial cuidado en la elección de las personas que habrían de acompañarla en el gobierno. Junto a él, Ruy Gómez procuró ubicar a sus amigos en puestos destacados tanto del séquito que debería viajar a Inglaterra como en los nombramientos de los Consejos. Si bien Felipe no quiso prescindir de ministros con tan-

---

[131] Nos remitimos a la exposición realizada en J. MARTÍNEZ MILLÁN, «Grupos de poder en la corte durante el reinado de Felipe II: la facción ebolista, 1554-1573», en ÍDEM, ed., *Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid, 1992, págs. 160-166. Con detalles particulares, véanse *infra*, tomo III, las biografías de dichos personajes.

[132] Véase *infra*, tomo III, las biografías de Beltrán de Galarza y Hernando Martínez de Montalvo.

ta experiencia como Valdés o Vázquez de Molina, su inclinación hacia los hombres que le habían acompañado en el viaje de 1548-51 fue tan patente como lo había sido el resultado de las *visitas*.

Durante estos años, el servicio palatino-personal del futuro soberano había experimentado diversas transformaciones. La introducción de la etiqueta borgoñona en el servicio de don Felipe, decidida por Carlos V en 1548, debía tener el objetivo de facilitar la integración de las elites sociales de los distintos territorios que habrían de componer su herencia dinástica, tal y como sucedía en la propia Casa de Borgoña del emperador. Tras la reforma de 1548 y las modificaciones en la Casa de Castilla de don Felipe realizadas con ocasión de su viaje en 1554, parecía ineludible la fusión orgánica entre las jefaturas y secciones del servicio borgoñón y de servicio castellano. Este proceso, aunque no había llegado a cuajar en tiempos de Carlos V, sí se efectuaría durante el reinado de su sucesor. Probablemente, los conflictos y revueltas posteriores que Felipe II hubo de afrontar en los Países Bajos, además de sus causas políticas y religiosas, también tuvieron que ver con el grado de representación de la nobleza flamenca en su asistencia palatino-personal.

14.1. La introducción de la etiqueta borgoñona y el viaje de 1548-1551. (Santiago Fernández Conti)

La reforma efectuada por el emperador en 1548 en el servicio de su hijo es un capítulo de la vida del príncipe que, por su importancia, no pudo ser soslayado por los cronistas hispanos[133]; sin embargo, desde comienzos del XVII se esforzaron en dejar patente el desagrado que suscitó la decisión imperial entre los castellanos, actitud que les llevó por lo común a detenerse escasamente en el tema, limitándose a una sucinta relación de los nombres principales, con breve alusión a los fastos borgoñones[134]. Quizá por ello, la historiografía tampoco se ha ocupado «in extenso» de la cuestión –dentro del páramo que, a estos efectos, supuso el reinado en su conjunto– más allá de la manida repetición de un episodio que, con el tiempo y por omisión, incluso llegó a oscurecer la misma existencia de la Casa de Castilla del príncipe[135]. Sea como fuere, el resultado es que disponemos de muy escasa información sobre un proceso que presenta, además, múltiples lecturas.

14.1.1. *La elección del duque de Alba y la creación de la Casa*

En los primeros meses de 1548, el príncipe Felipe y su entorno entraban en un período de febril actividad. El heredero del emperador venía de celebrar Cortes en Monzón, concluidas en diciembre, y tenía ya

[133] H. Nader, «Habsburg ceremony in Spain: te reality of the myth», *Historical Reflections*, 15-1 (1988), págs. 293-309, analiza cómo fueron recibidas las reformas de 1548 por los contemporáneos: desde la indiferencia de la época de Felipe II, a la hostilidad con Felipe III, cuando el ceremonial fue asociado al problema de Flandes, actitud que fue fielmente reflejada por los cronistas, como se señala en la nota siguiente. Más adelante matizamos las afirmaciones de Nader, al menos en lo referente a la reacción de las Cortes de Castilla.

[134] Así P. de Sandoval, III, pág. 337, encabeza el epígrafe con la frase «Déjase el antiguo servicio de la casa real de Castilla y toma el de Borgoña», si bien en el texto se ajusta más a la realidad cuando señala que «Puso casa al príncipe a la borgoñona, desautorizando la castellana, que por su sola antigüedad se debía guardar, y más no teniendo nada de Borgoña los reyes de Castilla», y proporciona una relación sucinta de los diferentes cargos. Quizá fuera L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, rey de España*, ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales, Valladolid, 1998, pág. 15, quien, después de señalar el descontento castellano, proporciona algunas claves: «mas no ser cumplido el tiempo, ni llegado el caso de la capitulación con el rey don Filipe primero, y la jornada a Flandes, motivaron su determinación».

[135] Hasta el punto de que, muy recientemente una autora se mostró sorprendida por el hecho de que hasta el momento nadie hubiera refutado el tópico secular de que en 1548 la Casa de Borgoña sustituyó a la de Castilla (M. J. Rodriguez-Salgado, «Honour and profit in the Court of Philip II of Spain», *La Cour comme institution économique: actas del XII Congreso Internacional de Historia Económica (Sevilla-Madrid 24 a 28 de agosto de 1998)*, dirs. M. Aymard y M. A. Romani, París, 1998, págs. 67-88, 69), si bien ya se había señalado la existencia de ambas casas (L. Robledo Estaire, «La música en la corte madrileña de los Austrias. Antecedentes: las casas reales hasta 1556», *Revista de musicología*, 10 (1987), núm. 3, págs. 1-44, 3-4 y 30); la ambigüedad de que hicieron gala los cronistas en este aspecto), en nuestra opinión, tiene su origen en los reajustes de 1554, y no en la reforma de 1548, aspecto que tratamos en el epígrafe correspondiente.

noticia de las intenciones de su padre relativas al viaje que habría de emprender a Italia, Flandes y Alemania, a fin de ser presentado en los territorios que un día formarían su patrimonio, incluido, según el proyecto diseñado por Carlos V, el propio imperio. Como medida previa, el emperador había decidido añadir al servicio de su hijo, que recordemos que «a la manera de Castilla» seguía descabezado en sus principales oficios, los usos y costumbres de la Casa de Borgoña. A tal fin, en enero de 1548 el duque de Alba, mayordomo mayor del emperador, había sido despachado a Castilla con cuidadosas instrucciones para una implantación que se presumía laboriosa. Alba ejerció como mayordomo mayor del príncipe, dirigiendo el servicio borgoñón y el castellano, hasta su elevación a la Corona en 1556. Posteriormente fue confirmado en el oficio, pero nuestro interés se centra ahora en los ocho años iniciales. Época compleja, jalonada por los viajes filipinos y caracterizada por los profundos cambios políticos que acompañaron a la progresiva sustitución del emperador por su hijo, al menos en los asuntos hispanos e italianos. Desde su privilegiada situación, Alba, hombre del césar, fue incapaz de ganarse la voluntad del joven príncipe a pesar de controlar su entorno doméstico, espacio ocupado por un portugués relativamente desconocido, Ruy Gómez de Silva.

Los motivos que llevaron a Carlos V a prescindir de un mayordomo propio para la Casa de Castilla de su hijo, en sustitución de Juan de Zúñiga y a pesar de sus manifiestas intenciones iniciales, sin duda estuvieron relacionados con la necesidad de introducir la etiqueta borgoñona en el servicio del príncipe. Como sucediera con el mismo emperador años atrás, una vez tomada la decisión se asumía que el jefe de la Casa de Borgoña debía ejercer «de facto» la dirección del servicio castellano, pues carecía de sentido funcional la presencia de dos mayordomos mayores, fuente de recelos y discordias que era preciso evitar.

Cuestión diferente fue la elección para el puesto del duque de Alba, que ya ostentaba el mismo oficio en la Casa de Carlos V. Pudiera pensarse que la Casa de Borgoña era única, sirviera al padre o al hijo, al estilo de lo que había ocurrido con la Casa de Castilla desde 1516 –con Juana y con Carlos–, y que por tanto, la ampliación de la Casa con la sección que servía al príncipe era puesta de forma natural bajo la mayordomía de Alba. En nuestra opinión, sin embargo, se trataba de dos Casas diferenciadas. Lo corrobora el hecho de que no encontremos en la terminología empleada ninguna alusión a una Casa común –como sucediera con la de Castilla– y que las estructuras funcionales se hallen perfectamente separadas. Tampoco la situación era la misma, pues la improvisación y confusión de treinta años atrás hacía tiempo que se había superado.

Establecida la independencia de las respectivas Casas, surgen sin embargo diversos interrogantes. Para empezar, es cierto que la acumulación de cargos no cuadra bien con la política de patronazgo practicada por el monarca, ni tampoco con los recelos declarados que sentía hacia la ambición demostrada por el mejor de sus generales. Pero sus opciones eran muy escasas. A nuestro juicio, la decisión imperial se explica por la combinación de dos factores fundamentales: tiempo y experiencia. Es decir, falta acuciante del primero en los planes inmediatos del emperador y, en consecuencia, necesidad del importante volumen de la segunda acumulada por el duque, desde que fuera elegido para dirigir el servicio de Carlos V. Es cierto que, por añadidura, Alba disponía ya de un gran prestigio, acrecentado en las recientes campañas alemanas, que ayudaría a contrarrestar una posible oposición de las elites castellanas a la innovación extranjera, pero no creemos que se tratara de una cuestión básica[136]. Un rápido análisis de la secuencia de los acontecimientos corrobora este aserto.

En el momento de la llegada del duque a Alcalá de Henares, a mediados de marzo, Felipe había convocado Cortes para informar de su próximo viaje y solicitar la correspondiente cantidad de numerario. Los procuradores no recibieron con alegría el anuncio[137]. Durante el desarrollo de las sesiones, el rey se decidió además por una importante cuestión todavía pendiente, como era la forma del gobierno de Castilla en ausencia de su heredero. Parece que le repugnaba la idea de dejarlo en manos de los Grandes, pero tampoco

[136] Como argumenta W. S. MALTBY, *El gran duque de Alba*, págs. 90-91 quien ignora su condición de mayordomo mayor del emperador.

[137] *CLC*, V, págs. 345 ss.

[138] AGS, E, leg. 644, núm. 231; CDCV. II, doc. CCCLXXXVII.

le gustaba dejar a una de las infantas, de corta edad y solteras. Por fin, en carta de 9 de abril de 1548 el emperador expuso cuidadosamente sus planes al príncipe[138]. Había decidido que la infanta María desposara con Maximiliano, y que ambos quedaran en la regencia de los reinos ibéricos, en una ausencia que se presumía breve, más o menos un año. Maximiliano había dado buenas esperanzas en el trato de los negocios y, de todas formas, «con dar las instruçiones y restriciones de la horden y forma que han de tener, asy en lo del estado, justicia y governación como en lo de la guerra (...) Y con poner en el Consejo personas útiles (...) tenemos por cierto estaría todo bien». El problema de la sucesión, caso de que a Carlos y Felipe les ocurriera algo, era obviado por el emperador con la segura aceptación por parte del reino de la infanta y del hijo de Fernando, «que casi se puede tener por natural». Una vez que Felipe hubiera dado su consentimiento a esta fórmula, se debían acelerar los trámites, y a mediados del mes de junio, que era cuando estaba previsto que el duque efectuara las consultas pertinentes sobre su Casa, el príncipe debía embarcarse en Barcelona, en las galeras de Doria que, a tal efecto, estarían allí preparadas.

A la postre, el negocio se dilató en el tiempo, porque Maximiliano no llegó a Valladolid hasta mediados de septiembre, pero lo que nos interesa destacar aquí es la intención del monarca de que, en poco menos de tres meses, Alba le presentara una propuesta firme para la reforma del servicio del príncipe, que incluía la introducción de la etiqueta borgoñona y, al mismo tiempo, la correspondiente adaptación de la Casa de Castilla. Lamentablemente, carecemos una vez más de la documentación generada por el duque en el acelerado proceso, que vio la luz el 15 de agosto de 1548. Tampoco disponemos, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, de una lista acabada de la Casa de Borgoña, tal y como se presentó en la fecha escogida para su inauguración, si bien la plantilla terminaría de formarse durante las semanas siguientes. En cualquier caso, hemos reconstruido la Casa de 1548 a partir de una relación posterior, completada con la documentación para algunas secciones[139].

En total, aparecen poco más de 220 oficiales, sin contar la guardia, cuya sección española, que juró el 25 de agosto, estaba encabezada por Suárez de Figueroa –futuro duque de Feria– y formada por 50 alabarderos, 3 cabos de escuadra, un pífano, un atambor, un alférez, un capellán y un teniente. Por su parte, la incorporación de la guardia alemana fue más tardía, al ser reclutada en sus tierras de origen, para reunirse con el séquito del príncipe una vez que sus galeras alcanzaron la primera etapa europea, la ciudad de Génova[140].

En el verano de 1548 se había creado, pues, la estructura básica de la Casa de Borgoña del príncipe. Coincidía, en líneas generales, con la adaptación que había realizado el emperador en su propia Casa –así por ejemplo, no encontramos los cargos de camarero mayor y maestro de la cámara, eliminados por Carlos V con la muerte de sus últimos titulares– en un proceso que parece había afectado a la pureza esencial de la etiqueta borgoñona[141]. A lo largo de los años siguientes, hasta que tomó plena posesión de su herencia, el servicio a la borgoñona del príncipe fue aumentando de tamaño para corresponder de forma adecuada a la creciente importancia de don Felipe y las necesidades de diversa índole que, en consecuencia, fueron surgiendo. Porque, si por un lado todo el aparato y la magnificencia inherentes al nuevo ceremonial estaban calculados al detalle para realzar la mística de la persona regia, que quedaba envuelta en un aura misteriosa e inaccesible para la gran mayoría de sus súbditos[142], por otro, la creciente nómina de servidores proporcionaba un instrumento esencial para el gobierno de los reinos mediante la integración de sus elites. Pero todo ello hubo de influir sin duda con los antiguos usos y costumbres castellanos y, en concreto con la propia Casa real del príncipe.

---

[139] Nos remitimos a la lista de la Casa presentada en la segunda parte del tercer volumen.

[140] Para el tema de la guardia, el cálculo de sus pagos durante el último tercio de 1548 en AGS, CSR, leg. 397, fols. 711-712.

[141] Cuestión que, entre otras, se planteó J. H. ELLIOTT, «The court of Spanish Habsburg: a peculiar institution?», *Politics and culture in early modern Europe: Essays in honour of H. G. Koenigsberger*, eds. P. MACK, C. JACOB, Cambridge, 1987, págs. 5-24 (págs. 15-16), citando el conocido comentario de Sigoney sobre la libertad del emperador para reformar su propio servicio (la relación se transcribe en el tomo V).

[142] Algunas consideraciones a este respecto, L. PFANDL, «Philipp II. und die Einführung des burgundischen Hofzeremoniells in Spanien», *Historisches Jahrbuch*, 58 (1938), págs. 1-39.

14.1.2. *La reorganización del servicio: el retroceso de la Casa de Castilla y la castellanización de la Casa de Borgoña*

El establecimiento de la Casa de Borgoña obligó al duque de Alba a la reestructuración global del servicio del príncipe, con la premisa básica de que la Casa de Castilla no podía desaparecer[143]. Sin embargo, tras un cuidadoso estudio de la gran variedad de funciones –religiosas, domésticas, simbólicas– que cumplían las distintas secciones de ambas Casas, el proceso tuvo claras consecuencias sobre el tamaño de la de Castilla, si bien la mayor parte de los oficiales encontraron acomodo en los nuevos oficios, según se comprueba en un somero análisis de los departamentos que la componían[144].

La capilla fue la sección menos afectada por las reformas[145]. El capellán mayor, Martínez de Silíceo, elegido para la mitra toledana, fue sustituido por Pedro de Castro, obispo de Salamanca (asentó el 25 de agosto), en tanto permanecían Antón Bravo como sacristán mayor y el maestro de capilla Pedro de Pastrana. Además, siguieron cinco capellanes (Portugalete, López de Ávila, López de Zúñiga, Fernández de la Serna y Pero Núñez), a los que se unieron los nuevos asientos de Francisco de Barrio y Diego Suárez, mientras dejaban el servicio dos de los portugueses heredados de María Manuela, Rodríguez de Orozco (que recibió un cargo en Almería) y Pedro de Olivera (colocado en Granada), así como Fernán Sánchez, Pedro de Reinoso, el limosnero Francisco Osorio, Ahumada, Francisco de Barrionuevo (que murió antes de tomar posesión de una canonjía en Málaga) y Gallizia. Claro que las bajas de capellanes eran siempre relativas, pues podían reincorporarse al real servicio en períodos posteriores; con esta salvedad, en resumen, de dieciocho asientos de capellán registrados, la capilla conservaba en servicio activo diez. Respecto a los mozos, de siete quedaban cinco (Felipe de Valencia pasaba a capellán de la casa de los pajes, mientras que el portugués Juan Rodríguez lo hacía a ayuda de sausier en los libros de Flandes). Desapareció el oficio de repostero de capilla (Tristán Gómez pasó a la Casa de Juana y Diego de Arroyo dejó de servir), mientras que el número de los cantores incluso aumentó ligeramente[146].

En la cámara se eliminaron los oficios más importantes (camarero y escribano), cuyos titulares, Antonio de Rojas y Francisco de España, encontraron acomodo en la Casa de Borgoña, como sumiller de corps y grefier, respectivamente. Así mismo, de los siete mozos[147], Gil Sánchez Bazán pasó a guardajoyas (al tiempo que conservaba el oficio de guardarropa en la Casa de Castilla, acompañado de Juan de Bibanco), mientras que Diego de Zúñiga, Francisco Ortiz, García de Muriel y Ortega de Birbiesca asentaron en la furriera como ayudas de cámara; y de diez porteros quedaron siete, pues se prescindió de Jorge Suárez (que pasó a repostero de camas de la infanta Juana), Juan de Perea, (nombrado macero de la Casa de Borgoña) y del portugués Juan López (que pasó a la Casa de don Carlos); de los mozos de bacín, Diego de Caycedo asentó de guardarropa en la Casa de Borgoña, mientras Juan de la Cuadra pasó a la furriera como ujier de cámara y Juan de Hoyos abandonó el servicio; por último, respecto a los ocho reposteros de camas, Bernardino Duarte siguio en la furriera, Francisco de Benavides en la cerería, Jorge de Lima como ujier de la panetería, Díaz de Madrigal como tapicero y Galardi de Vergara como ujier de cámara.

Los aposentadores fueron respetados en sus oficios, excepto el aposentador mayor Miguel de Velasco, que conservó su categoría en la Casa de Borgoña. De los once restantes no solo permanecieron todos –a excepción de Miguel Sanz, que promocionó a mayordomo del estado en los libros de Flandes–, sino que fue-

---

[143] Como señala M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *op. cit.*, pág. 69, «Both for symbolic and practical reasons such a move [la desaparición de la Casa de Castilla] was inconceivable».

[144] Realizamos la comparación entre ambas versiones de la Casa de Castilla del príncipe –antes y después de la implantación de la etiqueta borgoñona– sobre tres documentos: por un lado, AGS, CSR, leg. 35, fol. 25, núm. 915: «sumario de todos los oficiales de la Casa del príncipe nuestro señor que están asentados en sus libros y sirven a su alteza, año de 1548» (realizado a principios de año y con anotaciones hasta la primavera), completado para los nombramientos posteriores y ciertos movimientos con el libro de la veeduría de ese año (*ibídem*, leg. 64, núm. 293); por otro, AGS, E, leg. 77, núm. 102, nómina firmada en Valladolid el dos de octubre de 1548, que distinguía entre los que acompañaban al príncipe y los que permanecían en Castilla.

[145] En el «sumario de todos los oficiales de la casa del príncipe...» se registran 14 capellanes, más dos nuevos nombramientos al margen, que son los mismos que en los libros de la veeduría, con la adición de Fernán Sánchez (aparece sirviendo entre mayo y agosto) y Pero Núñez.

[146] H. ANGLÉS, *op. cit.*, págs. 102 ss.

[147] Juan de Ondarza, que aparece en la «Relación...» no lo hace sin embargo, en el libro de la veeduría.

ron aumentados en más de un cincuenta por ciento en los prolegómenos de la jornada. Parecida suerte corrieron los escuderos de pie, pues, si bien de los nueve asentados en los libros antes de la reforma siguieron únicamente cuatro[148], poco antes del inicio del viaje su plantilla incluso superó la cifra original. Y de los dos porteros de cadena continuó únicamente García Marroquín, en tanto que Hernando de Frías asentó como aposentador, aunque sería prontamente sustituido en su antiguo oficio.

Por el contrario, los oficios de mesa –maestresalas, copa, reposteros de estrado y mesas, reposteros de plata, ballesteros de maza y trinchantes–, desaparecieron por completo, en beneficio de las secciones correspondientes de la Casa de Borgoña, donde buena parte de sus titulares encontraron espacio para continuar sirviendo. Así, respecto a los maestresalas, Gómez Manrique pasó a gentilhombre de la casa y el resto dejaron de servir (aunque Pedro de Córdoba asentó de mayordomo años más tarde, a su regreso del corregimiento de Toledo); el copero Hernando de Medina siguió en la cava; el repostero de estrado Vicente Álvarez continuó como sumiller de la panetería, mientras que Gutierre de Mier y Juan Beltrán lo harían en la tapicería, y Juan Gallo de oficial del guardamangier; y Juan de Mondoya pasó a la Casa de don Carlos; el repostero de plata Diego Maldonado pasó a la cocina como veedor de viandas (escuyer de cocina), mientras que uno de sus ayudas, Domingo de Olavarría, lo hizo a ayuda de la panetería; el ballestero de maza Antonio de Mendoza recibió título de macero al uso de Borgoña; el trinchante Ruy Gómez de Silva comenzó a servir en la cámara como segundo sumiller, en tanto que Juan de Benavides lo hizo en el mismo departamento como gentilhombre y Alonso de Tovar, Juan Tavera y Diego de Acuña quedaron como gentileshombres de la boca.

También los pajes de la Casa de Castilla fueron reemplazados por los de Borgoña, si bien sus filas nutrieron las listas de los gentileshombres[149], cuando no quedaron en el mismo oficio. Desaparecieron así mismo los mozos de espuela y de ballesta[150] y los empleos de la caballeriza[151], despensa[152], cera[153] y cocina[154]. Y, por último, de los oficios, pasaron con sus empleos respectivos a la Casa de Borgoña el pintor Crhistian de Amberes, el barbero Juan de Astorga, el médico Diego de Almazán, el sastre Enrique Díaz, el calcetero Martín de Arana, el platero de oro Juan de Soto, el guarnicionero Andrés de la Huerta y el boticario Jean Jacques Arrigon; por su parte el barrendero Gaspar de Fuensalida asentó como sota ayuda del aposentador de palacio, y el médico, doctor Irure, asentó al cabo de pocos meses en la Casa de la regente María de Lusbria.

Para concluir, de este amplio apartado denominado «Oficios» en las nóminas, únicamente permanecieron de servicio en la Casa de Castilla el contador Andrés Martínez de Ondarza (que ejercía además en la Casa de las infantas), el acemilero mayor Cristóbal Ortega, el oficial organista Cristóbal de León, el teniente de mayordomo mayor Juan Fernández de Ventosa (que sustituyó a Diego Flores de Robles en el mes de octubre) y el oficial de los libros Pedro de Castro, así como las costureras y lavanderas Juana de Miravalles y Mencía de Salcedo. Por su parte, el oficio de tesorero sufrió cambios, aunque el problema se planteó pasados unos meses. A primero de octubre de 1548 fue nombrado tesorero del príncipe Domingo de Orbea[155]. El albalá se despachó por los libros de Castilla, corona que sufragaba los gastos de las Casas, pero, como quiera que este oficial formó parte del séquito de Felipe, parece que no quedó clara la situación de Francis-

---

[148] Dejaron de servir Alonso de Entrambasaguas, Francisco Abarca (que era sustituído por Castañeda), Gutierre de Guna (servía en su plaza Ruiz de Brizuela), Juan de Collazos (que pasó a ayuda del ayo de los pajes de la Casa de Borgoña) y Juan Redondo; continuaron Juan de Bolaños, Alonso de Arguello, Pedro Ortiz de Bibanco, Juan Pérez de Arrizuriaga

[149] Por ejemplo, Diego de Córdoba (hijo de Francisco Pacheco), Antonio de Velasco, Luis de Córdoba, Pedro y Rodrigo Manuel, fueron nombrados gentileshombres de la boca; y de la casa recibieron asiento Pedro de Castilla, Carlos de Arellano, Luis de la Cerda, García Sarmiento, Pedro de Silva, Diego de Haro, Gómez Manrique y Antonio Persoa.

[150] Antonio Alderete asentó de aposentador, Pedro de Pedrosa, Miguel de Ávila y Bartolomé de Ríos de lacayos en la caballeriza, Simón Niño de mozo de fiambrera, Juan de Serojas pasó como arcabucero. Dejaron de servir Vítores de Alvarado y Alonso de Valdivieso.

[151] El teniente de caballerizo mayor, López de Medrano, pasó a primer caballerizo de la Casa de Borgoña, en tanto que el cabalgador Pablo Belinchón asentó de caballerizo y Juan de Vinuesa, aposentador y comprador, lo hizo de furrier.

[152] El comprador Romero pasó con el mismo oficio a la sección de guardamangier, mientras que Diego de Villarán lo hizo a ayuda de la panetería y Juan de la Peña asentó como repostero de Estrada y Mesa en la Casa del infante.

[153] Francisco de Benavides pasó con el mismo oficio a los libros de Flandes.

[154] El aguador Castañeda, el cocinero Encinas y el panadero Vitales siguieron con el mismo empleo en los libros de Flandes, mientras que el suplicacionero Cristóbal de la Peña asentó de «oublier».

[155] AGS, CSR, leg. 116, fol. 177.

co de Persoa, que permaneció en la corte de la regencia[156]; al menos a Vázquez de Molina le surgió la duda en febrero de 1549, cuando escribió a Felipe requiriendo el nombre de la persona a quien se había de librar el dinero correspondiente para pagar a los miembros de la Casa de Castilla presentes en el reino. La hipótesis era poco deseable, según la fama que hemos visto había acumulado Persoa, así que Vázquez de Molina recomendaba para el puesto a una de sus criaturas, Antonio de Eguino, en aquellos momentos pagador general de las Guardas. Felipe estaba de acuerdo con la inconveniencia de que Persoa continuara relacionado con las finanzas de su Casa, pero en lugar de aceptar la sugerencia de Vázquez de Molina ordenó que fuera Juan de Orbea, hermano del tesorero, «por depender de lo que trata Domingo de Orbea»; es decir, quedaba comisionado en nombre de su hermano[157].

En resumen, la recién creada Casa de Borgoña quedó encargada en exclusiva del servicio directo al príncipe en áreas tan significativas como la caballeriza, la mesa, el acompañamiento y la asistencia privada, e incluso en otras menores como la despensa, la cocina, la cera y la botica; y en aquellas otras, como la cámara o los aposentadores, donde permaneció representada la Casa de Castilla, lo fue en oficios de menor rango, en tanto que los cargos más relevantes eran reservados a la etiqueta borgoñona. Únicamente el oficio de tesorero (debido al origen de los recursos que sostenían la Casa) y, en especial, la guardia del rey –escuderos de pie, porteros de cadena– y la capilla, conservaron casi intacta su estructura original, sin duda debido al carácter simbólico de dos aspectos de la relación del monarca con el reino que no podían ser soslayados: la seguridad de la persona real y la pervivencia de los rituales religiosos.

De este modo, en el proceso de reorganización del servicio del príncipe para dar entrada a la etiqueta borgoñona, la Casa de Castilla sufrió un claro retroceso, pues de unos 240 servidores pasaron a menos de un centenar –disminución del 60% que tuvo evidentemente su reflejo en el costo[158]–, que fue parcialmente compensado tanto con la entrada de un grupo de nuevos servidores poco antes del comienzo del viaje, como con la asistencia de un número variable de la Casa de Castilla del propio emperador[159]. Pero, como defiende H. Nader, es cierto que no detectamos reacciones adversas significativas entre las elites castellanas –con algunos matices[160]–, aunque quizá no tanto por la tradición integradora de la Casa castellana como por el hecho de que la mayor parte de los personajes empleados en la recién creada Casa de Borgoña fueran hispanos, en especial castellanos, pero también naturales de la Corona de Aragón. En este sentido, el que muchos de los cargos intermedios y menores procedieran de la propia Casa de Castilla –con un sustancioso aumen-

[156] Y eso que en carta de 19 de octubre de Carlos V al duque de Alba, ordenaba que a Persoa se le diera título de tesorero del infante don Carlos, «...y que sirva por agora la Casa de la infanta doña Juana», sin mencionar la Casa del príncipe (AGS, E, leg. 76, núm. 30).

[157] Para esta cuestión, AGS, E, leg. 77, I, núms. 75 y 76 y II, núm. 231, Vázquez de Molina al príncipe, 26 de febrero de 1549, contestación de Felipe el 30 de marzo y acatamiento de la orden por parte de Molina el 18 de abril: «A Juan de Orbea en nombre de Domingo de Orbea se ha librado lo del tercio postrero del año pasado para que se cumpla con los criados, capellanes y cantores que acá an de ser pagados...».

[158] Así, el «Cargo y data de los criados del príncipe que se pagan fuera de la Casa de Borgoña», en 1549, nos da una cifra, para todo el año, de 3.375.000 mrs (AGS, CSR, leg. 64, núm. 843); esta cantidad supone el 60,55% de lo pagado en 1544 (5.573.405), el más costoso en este concepto de la vida previa de la Casa del príncipe (nos remitimos al cuadro proporcionado en el epígrafe anterior).

[159] Para ambos aspectos nos remitimos a los epígrafes siguientes.

[160] En este sentido, resulta muy ilustrativa la documentación de las Cortes castellanas de 1548, 1551, 1555 y 1558. Así, los procuradores no hicieron mención alguna ni en las de 1548 (*CLC*, V, págs. 345 ss.), contemporáneas a la introducción del ceremonial borgoñón, ni en las de 1551 (págs. 487 ss.); sin embargo, la primera petición de las Cortes de 1555 (pág. 627) se refería a la necesidad de que la naciente Casa del infante don Carlos «...se le ponga al uso destos reynos de Castilla e no al de la Casa de Borgoña, para que le puedan servir los hijos de los grandes y cavalleros destos reynos», circunstancia que se había dado plenamente en 1548, pero que, en nuestra opinión, los representantes de las ciudades vieron en peligro al observar la evolución de la propia Casa de Felipe por aquellos años de viajes continuos, que dio cabida a numerosos personajes de otros territorios diferentes al castellano, como veremos en su momento. Por último, las Cortes de 1558, en su petición tercera (pág. 731), recordaba los muchos años de vida de la Casa imperial de Carlos V y el estilo de la de Felipe II, pero insistía en la fuerte carga económica que suponía su mantenimiento, «e se va olvidando la casa real al uso y modo de Castilla, que es la propia y muy antigua y menos costosa», para insistir a continuación que fuera la elegida para el príncipe don Carlos. La atención de las Cortes hacia la etiqueta de Borgoña ya fue señalada por M. SÁNCHEZ SÁNCHEZ, «"Poner Casa": problemas en el establecimiento de la etiqueta en la España de los Austrias», *Manuscrt.cao*, 5 (1993), págs. 103-108, aún sin profundidad en sus planteamientos; esta autora ya había apuntado alguna idea en «Etiquetas de corte: estado actual de la cuestión», *ibídem*, 3 (1990), págs. 62 ss.

to en sus emolumentos[161]– o la atención del príncipe hacia aquellos fieles servidores que no encontraron acomodo[162], no fueron elementos tan significativos como la entrada masiva de la nobleza en la asistencia directa al príncipe, circunstancia que no se había dado en la Casa de Castilla. Es decir, en la medida en que ofrecía mayores posibilidades de servicio, la Casa de Borgoña satisfizo mejor la función asimiladora de la Casa real. Esta potencialidad convenía a los intereses de un joven príncipe que comenzaba a sentir la necesidad de crear sus propios círculos de patronazgo para asegurar su posición en el gobierno, aunque en un primer momento el contexto político y la propia composición de la Casa estuvieran dominados por los hombres de su padre, en especial el duque de Alba; pero, con el tiempo, el príncipe habría de utilizar las nuevas estructuras domésticas para la formación de sus criaturas, encabezadas por aquel en quien depositaba mayor confianza, el portugués Ruy Gómez de Silva.

14.1.3. *El entorno político: el factor portugués*

En efecto, la implantación de la Casa de Borgoña se había llevado a cabo en un momento muy delicado de la vida política de la regencia hispana. El comendador mayor Francisco de los Cobos había sido el último de los grandes patrones castellanos en fallecer, en mayo de 1547. Con su desaparición culminaba un relevo generacional en el gobierno de los reinos, que dio paso a los herederos naturales de los antiguos servidores del emperador (encabezados por el duque de Alba, Juan Vázquez de Molina y Fernando de Valdés), pero también a un grupo de personajes que vieron en la creciente ambición del príncipe Felipe la oportunidad de satisfacer sus propias aspiraciones políticas.

El primer grupo no aparecía con demasiada cohesión toda vez que, en principio, no era evidente la amenaza externa de un conjunto opositor. En este sentido, la posición del duque de Alba en el gobierno de Castilla se había complicado con la muerte de Cobos, a quien le uniera buena amistad. No tardó, sin embargo, en enfriar sus relaciones con el sobrino del comendador mayor, Juan Vázquez de Molina, debido a su manifiesta negativa a que el secretario formara parte del séquito del príncipe en el viaje de 1548. Es probable que Alba intentara evitar la presencia de quien presumía un peligroso competidor, a pesar de que este era un espacio que había modelado en gran medida según sus propios intereses. Porque el duque, como mayordomo mayor y encargado de la creación de la Casa, dispuso de las mayores facilidades para la elección de los cortesanos más relevantes y, por tanto, el establecimiento de una sólida base de poder en el entorno del heredero[163].

Para la consecución de este propósito, es indudable la intención de Alba de primar el interés general de su linaje y que, por tanto, la composición de la Casa de Borgoña del príncipe tuvo también una lectura dentro de la compleja maraña de relaciones familiares y políticas que conformaban el ambiente nobiliario de mediados del quinientos. Por supuesto, no resulta fácil establecer este tipo de conexiones, las razones de un nombramiento en definitiva, más allá de las muy evidentes –caso del caballerizo mayor, don Antonio de Toledo, o de su hermanastro, el gentilhombre de la boca Fadrique Enríquez, cuñados ambos del duque de Alba– pero un examen de los apellidos nobiliarios nos aporta algunos datos. Mientras que algunos aparecen representados ampliamente, caso de los Dávila (el marqués de las Navas, mayordomo, colocó además a tres de sus hijos como gentileshombres), los Manuel (dos nietos de don Juan Manuel asentaron como gentileshombres) o los Córdoba (también con varios gentileshombres), por el contrario llama la atención la ausencia de dos linajes renombrados: los Zúñiga (duque de Béjar, conde de Miranda) y los Manrique (duque de Nájera, marqués de Aguilar), o la pobre presencia de los Cueva (duque de Alburquerque).

---

[161] Como se observa comparando los respectivo sueldos.

[162] Así por ejemplo, el 5 de agosto Felipe pedía a su padre 100.000 mds. de juro para el viejo trinchante Cristóbal de León, quien había quedado «...fuera de los assientos que agora se han hecho en mi casa al modo de Borgoña»; también pedía merced para el mozo de cámara Diego de Zúñiga, aunque a éste finalmente se le incluyó en las nóminas; el 29 de septiembre contestó el emperador remitiéndose al duque de Alba (AGS, E, leg. 76, nums. 17 y 51).

[163] Los datos sobre estos personajes están disponibles en el apéndice de servidores de las Casas reales.

Resulta tentador ligar estas ausencias con las viejas rencillas surgidas cuarenta años atrás, cuando los Toledo habían defendido al rey Fernando contra significados «felipistas», como eran los Zúñiga y los Manrique (en el caso de los primeros, agravado más recientemente por el conflicto por el priorato de San Juan), pero la cuestión no es tan sencilla. Nos faltan datos, por ejemplo, sobre el carácter reciente de sus relaciones, la disponibilidad de varones capaces para el servicio en la rama principal y las secundarias (títulos menores o señores sin título) de ambos linajes, así como el análisis de la composición del resto de las Casas. En este sentido, por ejemplo, los Manrique y los Cueva estaban presentes con profusión en las Casas del emperador (Castilla y Borgoña), y cabe preguntarse sobre la existencia de una cierta forma de distribución de los linajes entre los diferentes servicios regios.

En todo caso, la mayor parte de los elegidos debían agradecimiento al mayordomo mayor, pero durante los años que siguieron Alba fue incapaz de construir con estos elementos una posición política en el cambiante escenario de los años cincuenta. El duque, hombre del emperador, carecía a pesar de todo del ingrediente fundamental, la gracia de Felipe, fortuna que comenzaba ya a ser disfrutada por el portugués Ruy Gómez de Silva. Hemos tenido oportunidad de seguir su carrera (de paje de la emperatriz Isabel, a trinchante del príncipe en la Casa de Castilla) que culminaba ahora con el puesto de segundo sumiller de corps y camarero, que le proporcionaban, respectivamente, una posición preeminente en la cámara del príncipe y el contacto continuo con su persona; pero hasta dos años antes su trayectoria había sido ciertamente precaria, y todavía podía truncarse con facilidad.

Es obvio que Ruy Gómez tuvo muy escasa influencia en la formación de la Casa en 1548, pero durante los años siguientes se ocupó de corregir la situación. Que llegara a triunfar en la difícil travesía cortesana tuvo mucho que ver con sus habilidades personales en el trato con el príncipe, pero también a que fue capaz de ofrecer a su señor un grupo político del que se habría de servir para sustituir a los hombres del emperador. En este sentido, cabe preguntarse si Ruy Gómez de Silva fue la expresión sobresaliente de un conjunto establecido en la corte hispana de servidores portugueses, desde los tiempos de la emperatriz Isabel, en los que basó su fuerza inicial –y que generaron un movimiento de respuesta castellano–, o si, por el contrario, los resortes de su ascenso deben ligarse más bien a los apoyos recibidos por un sector de las elites castellanas.

El primer paso para dilucidar esta cuestión es establecer el grado de penetración lusa en las estructuras de las diferentes Casas reales de Castilla, tanto en cantidad como en calidad[164]; un segundo aspecto a considerar es la dinámica de fusión con la nobleza castellana, principalmente por la vía del matrimonio. Y todo ello a la luz de la calidad de sus relaciones con el favorito portugués, materia difícil de demostrar y que en alguna ocasión, incluso, ha sido vista en términos de competitividad. La última cuestión es la pervivencia de una determinada espiritualidad, vivida en la Casa de Isabel y transmitida por sus servidores y allegados.

El punto de partida hay que buscarlo en el grupo de servidores que trajo consigo la emperatriz en 1526, y en la evolución que siguieron durante los veinticinco años siguientes, con la adición de los criados aportados por María Manuela en 1543. Un breve examen de la lista de los oficiales que en algún momento trabajaron en la Casa de Isabel, 729 en total, arroja una cifra de 68 personas de las que nos consta su origen portugués (9,32%)[165] y 148 (20,30%) que sabemos que vinieron con Isabel a Castilla, pero desconocemos su naturaleza a ciencia cierta, aunque en muchos casos se trataba de castellanos que habían marchado en su día a Portugal con la reina María.

El porcentaje inicial luso es, pues, ciertamente bajo, y se redujo todavía más con el paso de los años. Los nombres más significados no pasaron la primera prueba, cuando se castellanizó la cúpula de la Casa de Isabel: 4 fueron enviados a sus lugares en 1528 y otros 7 desaparecieron durante los dos años siguientes, dos de ellos por defunción; además, otras 11 damas contrajeron matrimonio, 10 de ellas con miembros de la nobleza castellana, aspecto del que nos ocuparemos más adelante. De los 46 restantes, 13 no encontraron acomodo en el reino tras la muerte de Isabel, en 1539, mientras que 33 pasaron a las diferentes casas reales, en la proporción siguiente: uno a la Casa del emperador (García de Meneses), 9 a la del príncipe (5 de ellos servían ya desde 1535) y 23 a la Casa de las infantas, incluyendo al tesorero Persoa, que servía a la vez las dos

[164] Para este punto nos basamos en la información contenida en el Apéndice de servidores de las Casas reales.
[165] A los que hay que sumar al repostero de estrado Pedro López, que no llego a venir a Castilla a ejercer.

Casas; de estos 23, por último, 5 abandonaron pronto la escena, por causas diversas, mientras que solo 6 sobrevivieron a la reorganización de 1548 y llegaron a servir en la Casa de Juana, al menos hasta 1552.

Respecto a los 150 personajes de los que no tenemos constancia de su origen portugués, siguieron una evolución muy parecida. Nueve fueron enviados a su casa en 1528, otros 25 dos años más tarde (en su mayoría mozos de cámara) y para entonces habían fallecido nueve más. Los 107 supervivientes siguieron su carrera en las casas reales a lo largo de los años treinta: dos dejaron de servir durante esa década, y otros 17 lo hicieron tras la muerte de la emperatriz, en 1539; carecemos también de noticias sobre el destino de otros 30, si bien, en la medida en que su nombre no volvió a aparecer en nómina, a los efectos que aquí nos interesan desaparecieron de la escena. El resto, un total de 56, se distribuyó entre las Casas reales presentes en Castilla, en la proporción siguiente: 21 en la del príncipe y 35 en la de las infantas.

Entre los adscritos al servicio de Felipe, cinco fallecieron durante los años siguientes, otro dejó el servicio (Domingo de la Cuadra), dos sirvieron con el emperador (el flamenco Nicolás de Utre de manera oficiosa y Sebastián de Zorita, que en 1541 asentó en su capilla). Los 12 restantes corrieron diversa suerte en la reforma de 1548: cuatro dejaron de servir (el capellán Fernán Sánchez, el sastre Jorge Díaz, el broslador Daniel de Villasinda y el repostero Juan Beltrán), seis permanecieron en la Casa de Castilla (el sacristán mayor Antón Bravo, el aposentador Juan de Payba, la lavandera Mencía de Salcedo, el portero de cadena García Marroquín, el organista Antonio de Cabezón y el tundidor Juan de Carranza), tres pasaron a la Casa de Borgoña (el repostero Bernardino Duarte y el mozo de cámara Francisco Ortiz asentaron en la furriera, mientras que Gil Sánchez Bazán pasó a guardajoyas).

Por lo que toca a las 35 personas asentadas en la Casa de las infantas, cinco fallecieron a lo largo de los años cuarenta y 13 abandonaron el servicio entre 1539 y 1548; además, el mozo de cámara Antonio de Vallejo asentó como copero de la reina de Bohemia y otros 17 criados pasaron a la Casa de Juana, al menos hasta 1552, en los oficios más diversos: copero, guardareposte, guardarropa, tres mozos de espuela, un repostero de estrado, un maestresala, dos reposteros de camas, un repostero de capilla, un presentador de las tablas, un escudero de pie, un portero de cámara, un cocinero y, finalmente, la dueña María de Montoro, que cobraba en su casa.

La última aportación de sangre lusa en las Casas reales de Castilla en este período vino de mano de la princesa María Manuela, esposa del Felipe en 1543. 180 personas formaron su servicio –más otros seis que nunca llegaron a servir[166]– de los que 19 sabemos con certeza que eran de nación portuguesa, incluido el mayordomo mayor Alexo de Meneses, impuesto por Juan III cuando estaba ya elegido para el cargo el duque de Gandía. Seguramente entre el resto se daba un alto porcentaje de lusos pero, de todos modos, la temprana muerte de la infortunada princesa trastocó los planes de sus criados. Por lo que se refiere a los portugueses, once regresaron a su patria, cuatro pasaron al servicio de las infantas (tres llegarían a servir a Juana hasta el año 52) y otros cuatro al del príncipe. Los 161 restantes siguieron parecida evolución: 125 se retiraron, uno asentó en la Casa del emperador como gentilhombre de la boca (Antonio Sarmiento), otro en la Casa de Catalina de Portugal (la camarera Mencía de Andrade), 28 en la Casa de las infantas (de los que 14 pasarían a la de Juana en 1549 y uno, el brasero Antonio Machado, a la del infante don Carlos en 1548) y, por último, cinco a la del príncipe (un médico, un cocinero, un paje y dos mozos de capilla).

De modo que, en resumen, entre 1545 y 1548, que es cuando se sitúan los esfuerzos iniciales de Ruy Gómez por hacerse un hueco en el ánimo del príncipe, contamos unos 35 portugueses, más otros 62 criados de origen incierto, entre los servidores de Isabel y María Manuela que habían logrado asegurarse un oficio en las Casas presentes en Castilla (príncipe e infantas). Aunque los últimos fueran en su mayoría también lusos, ochenta o noventa personas resulta escaso porcentaje entre los aproximadamente 450 criados que conformaban ambas casas, proporción que se redujo todavía más tras las reformas efectuadas en 1548. Y, por otro lado, la escasa cantidad no estaba compensada con la calidad de los oficios que ostentaban, pues, a excepción del tesorero Persoa (muy mal visto en la corte) y de la camarera mayor Guiomar de Melo, el resto servían oficios de capellanes, reposteros, damas, escuderos de pie, etc., de pobre relevancia político-social. No

[166] Los capellanes Pedro Abad de la Careta y Francisco Méndez, las damas María de Castilla y Margarita de Melo, el mozo de capilla Diego Álvarez y el paje Juan de Silva.

era esta, entonces, la base de apoyo que necesitaba Ruy Gómez para sus maniobras cortesanas, si es que, efectivamente, la calidad de sus relaciones con sus compatriotas se lo hubiera permitido.

Cuestión diferente fueron los matrimonios que arregló la emperatriz Isabel entre sus damas portuguesas con los miembros de la nobleza castellana, práctica que resultó habitual entre ambos reinos entre los siglos XV y XVI. De la decena de enlaces concluidos, especial interés revisten para nuestros propósitos los de Leonor de Castro con Francisco de Borja, marqués de Lombay (después duque de Gandía); del gentilhombre del emperador y después maestresala del príncipe[167], Manrique de Silva, con Beatriz Silveira; el de María de Aragón con Álvaro de Córdoba, caballerizo mayor de Felipe; el de Juana Manuel con el IV duque de Medinaceli; el de Felipa Enríquez con Pedro de Córdoba, maestresala del príncipe y más adelante presidente del Consejo de Órdenes; de Guiomar Vasconcelos con el conde de Gelves; de Teresa Noroña con el II conde de Palma y de Catalina Mendoza con el IV marqués de Astorga.

Los personajes más relacionados con la Casa de Felipe –y que, por consiguiente, podían en teoría ejercer mayor influencia en la incipiente carrera de Ruy Gómez– eran Manrique de Silva y los hermanos Córdoba; sin embargo, Silva y don Álvaro fallecieron entre 1545 y 1546, y en el caso del segundo, que algún testigo de la época llegó a calificar de «privado» del príncipe, su desaparición debió suponer más bien la eliminación de un obstáculo para el joven luso; don Pedro, por su parte, era corregidor en Toledo durante estos años, y tuvo escasas apariciones por la Corte. En realidad, seguidores prominentes de Ruy Gómez de Silva, unos años más tarde, lo fueron únicamente Lombay (cuya esposa murió en 1546) y Medinaceli, pero atribuir su relación posterior a los matrimonios portugueses de ambos duques resulta cuando menos arriesgado.

El tercer aspecto que nos queda por analizar es la línea espiritual que siguieron los personajes cercanos a Ruy Gómez de Silva. Aquí sí que se puede establecer un elemento de cohesión, que se rastrea ya en la Casa de Isabel la Católica, y que fue trasladado a Portugal en el séquito de su hija, la infanta María, madre de la emperatriz Isabel, quien a su vez lo trajo de regreso a Castilla. Caracterizada por el recogimiento, esta corriente religiosa se explicitó en la protección dispensada a la naciente compañía de Jesús por parte de relevantes personajes de la nobleza y el clero, e incluso de la propia familia real. Sin duda, Ruy Gómez basó parte de su estrategia de aproximación a tales grupos dirigentes en la afinidad ideológica, es decir, en la forma de vivir determinados aspectos de la religiosidad. Y tuvo éxito, hasta tal punto que, en los años cincuenta, esta fue la vía utilizada por sus opositores para atacar a su grupo, en nombre de la ortodoxia, con resultados tan espectaculares como el proceso al arzobispo Bartolomé de Carranza. Pero, en todo caso, este es un aspecto que, en 1548, estaba todavía lejos de haber sido explotado por el favorito portugués.

En conclusión, la evidente castellanización de la Casa de Borgoña del príncipe no fue, a nuestro juicio, la reacción contra una amenazante presencia lusa –inexistente como tal– sino el deseo de satisfacer e integrar a las elites de un reino, cuya etiqueta real era sustituida en gran parte por la borgoñona. El duque de Alba, atendiendo también a sus propios intereses, fue el artífice de la Casa, pero no tuvo la habilidad suficiente para recoger los frutos. Este privilegio correspondió a Ruy Gómez de Silva quien, por medios diversos, supo atraerse un selecto grupo entre los servidores del príncipe; de hecho, una lectura detenida de los principales oficios –en especial los mayordomos, gentileshombres y miembros de la cámara– nos ofrece unos cuantos nombres que años más tarde se encuadraron de forma destacada en las filas del denominado «partido ebolista» (Gómez Suárez de Figueroa, Padilla, el linaje de los Córdoba, que tan bien representado aparece, etc). Para ello aprovechó las complejas circunstancias creadas por dos largos viajes del príncipe y las correspondientes regencias en España.

14.1.4. *El servicio durante el «felicísimo» viaje*

En efecto, entre 1548 y 1556 el príncipe Felipe (rey-príncipe desde 1554) realizó dos largos viajes y desarrolló su segunda regencia en España. Fue el período en el que, en términos políticos, se ocupó de formar

[167] E. GARCÍA HERNÁN, *Francisco de Borja, Grande de España*. Valencia, 1999, págs. 45-70.

el núcleo inicial de un grupo de fieles criaturas, instrumento imprescindible para llevar a cabo la ocupación de los distintos espacios de gobierno cuando regresara a Castilla, en detrimento de los servidores del emperador. Como es lógico, esta dinámica, que ha sido suficientemente estudiada en sus líneas generales, tuvo su reflejo en la Casa del ambicioso príncipe.

El fastuoso recorrido que hizo don Felipe por el norte de Italia, Austria, el sur de Alemania y Flandes –donde se reunió con su padre a primero de abril de 1549–, fue objeto de diversas crónicas, dos de ellas por personajes integrados en su Casa, que por tanto, vivieron de cerca el acontecimiento[168]. Escasa, sin embargo, resulta la atención de la historiografía moderna sobre un viaje en cuya segunda fase, la dieta que se celebró en Augsburgo entre julio de 1550 y febrero de 1551, la dinastía austriaca se reunió para discutir el destino de la púrpura imperial[169]. En cualquier caso, nuestro interés se centra aquí en la evolución que siguió el servicio del príncipe, compuesto por las Casas de Castilla y Borgoña.

Parece que la Casa borgoñona le acompañó prácticamente al completo, lo que elevó de forma considerable el costo de la jornada, cifrado durante los primeros meses en más de 130.000 ducados[170]. Esto es lógico, si tenemos en cuenta que este viaje había sido uno de los principales motivos para su precipitada creación. Más aún, los datos disponibles sobre su evolución durante estos años indican un aumento constante en su tamaño, al compás de la creciente importancia adquirida por el príncipe. Podemos obtener una idea aproximada de la medida de este proceso a través de la comparación entre la relación inicial de 1548 y el libro de los acroes del primer tercio de 1551, es decir, los últimos meses de la jornada[171].

En la capilla, había dejado de servir el sumiller Francisco Enríquez, mientras que había entrado, procedente de la Casa de Castilla, el furrier Íñigo de Santa Cruz. Los mayordomos seguían limitados al cuarteto inicial, así como los dos sumilleres de corps, con rango de camareros. Se detectan cambios, sin embargo, en cuerpos tan numerosos como los gentileshombres, de la boca y de la casa. Entre los primeros, habían asentado castellanos Luis de Carvajal, Antonio de Velasco, Alonso Osorio, Pedro de Velasco, Juan Tavera, Hernando Carrillo y Álvaro de Mendoza, pero también la Casa fue receptiva a la asimilación de las elites de los territorios recorridos por el príncipe, y así entraron los italianos Stefano Doria y Pompeo Colonna y los flamencos Baudom de Blois, Adriano de Bayllemo, Antonio de Rentemberg y Jacques de Clarot. A estas trece incorporaciones, con otras más efímeras que hubieran podido efectuarse en el período[172] hay que contraponer las ausencias en ese momento del marqués de Falces, Bernardino de Mendoza, Fadrique Enríquez, Juan Saavedra y Miguel de Luna; todos ellos volvieron al servicio con posterioridad, así que de 25 gentileshombres de la boca anotados en 1548, en el primer tercio de 1551 servían ya, al menos, 36. Respecto a los de la casa, entraron Onofre Saposa, Rodrigo de Benavides, Juan de Castilla, Diego de Leyva, Iñigo López de Zúñiga, Rafael Caldez (juró el 16 de junio de 1549), Garci Lasso de la Vega, García de Ayala, Gonzalo Chacón, Sancho de Córdoba (este sabemos que juró el 12 de marzo de 1549), Gerónimo de Mol y flamencos como Felipe de Ledoure, Juan de Cicon y Francisco de Haeften; las bajas fueron mayores –no volvieron a servir

[168] Así, el maestro de los pajes, C. CALVETE DE ESTRELLA, escribió una detallada crónica, aunque llega solo hasta junio de 1550: *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Felipe...*, Amberes, 1552; por su parte, el panadero Vicente ÁLVAREZ, redactó la menos conocida *Relación del camino y buen viaje que hizo el Príncipe de España don Felipe en el año 1548... hasta Flandes*, Bruselas, 1551 (existe una edición en francés de Bruxelles: Presses Academiques Europeennes, 1964).

[169] Así, F. NICOLINI, *Sul viaggio di Filippo d'Absburgo in Italia (1548-49)*, Napoli, 1955, realiza una detallada descripción del viaje, completando las noticias de Calvete con la correspondencia de diversos embajadores italianos. Desde el punto de vista iconográfico, B. K. FRIEDER, *The perfect prince: tournaments, arms and the iconography of succession on the Grand Tour of Philip of Spain, 1548-1551*, Tesis presentada en la University of Wisconsin en 1997; así mismo, dos síntesis recientes, que no suponen una aportación sustancial: A. KOHLER, «El viaje de sucesión de Felipe II al Sacro Romano Imperio», *Felipe II (1527-1598): Europa y la Monarquía Católica*, dir. J. MARTÍNEZ MILLÁN, Madrid, 1998, I, págs. 463-472, y, más completo, C. GÓMEZ-CENTURIÓN GIMÉNEZ, «El felicísimo viaje del príncipe don Felipe, 1548-1551», *La monarquía de Felipe II a debate*, coord. L. A. RIBOT GARCÍA, Madrid, 2000, págs. 19-39.

[170] AGS, E, leg. 77, núms. 29 y ss., memorial de lo gastado hasta agosto de 1549, y documentos diversos sobre el costo.

[171] Nos remitimos a la tabla núm. 1. En AGS, CSR, leg. 33, fol. 8 se encuentran las secuencias completas de estos documentos desde 1551 a 1555, así que carecemos de la información de los dos años previos; en todo caso, como sucedía con la Casa de Castilla, se cobraba por servicios prestados, así que la ausencia en el sumario no implica que hubieran dejado el cargo, sino que no habían asistido durante el tercio en cuestión. La laguna cronológica se puede subsanar en parte con las relaciones de pensionarios de 1548 en adelante, localizadas en AGS, CSR, leg. 397, fols. 711 ss.

[172] Consta también el juramento de Carlos Arellano como gentilhombre de la boca el 16 de abril de 1549, AGS, CSR, leg. 397, núm. 722, aunque ya no aparece mencionado en 1551.

Juan de Toledo, Alonso de Córdoba, Francisco Velasco, Antonio de Luna, García de Sarmiento, Íñigo de Ávila y Fadrique de Córdoba– de manera que de 34 gentileshombres de la casa pasaron a servir más de cuarenta.

Modificaciones menores hubo entre los *varlent servants* (de los tres desaparecía León de Yanzs), los *costillers* (entraron dos nuevos, Adrián García y Guillermo de Pletenburg), en la cocina el *potajier* Pedro de Espiet fue sustituido por Pedro Marco, en la *sausería* asentó Juan de Caycedo como mozo de limosna, en la furriera, a comienzos de 1551 el aposentador mayor Velasco fue sustituido por el mariscal de logis Luis Vanegas Figueroa, y además aparecieron nuevos oficios, tales como peletero (Guillermo Flamenco), gorrero (Juan de Villanueva), fabricante de ropa de cama (Luis de León) y cerrajero (Martín de Azpeytia). Permanecían igual la panetería, la cava, guardamangier, la cerería, la botica y la caballeriza. Y se crearon nuevas secciones, como la tapicería, encabezada por Juan Díaz de Madrigal (antiguo repostero de camas y tapicero de la Casa de Castilla), que era asistido por dos ayudas (Juan Béltrán y Gutierre de Mier, que habían sido reposteros de estrado y mesa) y dos sota ayudas (Francisco Soler y Francisco de Granada); y en 1550 se incorporaron a la guardia los arqueros de corps, bajo el mando de Philippe de Montmorency, conde de Hornes[173].

En correspondencia con la creciente importancia de la figura del príncipe, sus criados de la Casa de Borgoña no solo desarrollaron funciones domésticas. Por un lado, don Felipe los empleó en tareas diplomáticas: así, desde Génova envió a su gentilhombre Juan de Lanuza para visitar a la señoría de Venecia, y al mayordomo Diego de Acevedo para realizar lo propio con el papa, Paulo III[174]; y a finales de 1550 cuando, muerto el pontífice fue elevado al solio pontificio Julio III, Felipe despachó a Roma a Suárez de Figueroa, capitán de su guardia española, para darle el parabien[175]. Por otro, sus servidores cumplieron también brillantemente su papel en los fastuosos festejos que organizaron la nobleza local y los dirigentes de las ciudades para agasajar al príncipe, a medida que progresaba en su viaje. Este escenario, minuciosamente descrito por Calvete, nos proporciona además una buena vara para medir la creciente importancia de Ruy Gómez de Silva en el séquito principesco[176]: de una presencia discreta durante los primeros meses, cuando apenas aparece mencionado entre los principales participantes de bailes y torneos[177], pasó a ejercer un protagonismo cierto en las postrimerías de la larga jornada, acorde con la privanza que le dispensaba Felipe.

Pero, además del séquito a la manera de Borgoña, Felipe también contó en su viaje con la Casa de Castilla. Todavía en los meses de agosto y septiembre hubo cambios en la Casa[178], como fueron, en la capilla, la incorporaciones del capellán Diego Suárez (siete de agosto), Luis de Narvaéz, maestro de los cantorcicos tiples (cuatro de agosto) y el predicador Constantino de la Fuente (el de septiembre; «...muy gran filósofo y profundo teólogo», lo califica Calvete[179], aunque tuvo un final accidentado, cuatro años más tarde). En el resto de las secciones, entraron el portero de cadena Juan de Bibanco (primero de septiembre, en lugar de Frías), el ballestero Bartolomé de Guijosa (trece de agosto, en lugar del fallecido Ramos), Pedro de Moya, «...para lo que le fuere mandado» (agosto), y además, seguramente para cubrir las necesidades del viaje inminente, fueron recibidos otros seis aposentadores[180], siete nuevos escuderos de pie (nueve de septiembre[181],

---

[173] Sobre esta guardia, M. D. RAMOS MEDINA, «Los "archeros de la guardia de Corps de su Majestad Católica" en la Corte de los últimos Austrias. Una aproximación a su estudio», *Imperio y pueblos en la España Moderna (actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, Alicante, 27-30 de mayo de 1996)*, Alicante, 1997, págs. 793-806.

[174] CALVETE, *op. cit.*, I, pág. 37.

[175] P. DE SANDOVAL, *op. cit.*, III, págs. 339-340.

[176] A este respecto, J. L. SÁNCHEZ-MOLERO, «La formación...», pág. 391, cita además el papel de Ruy Gómez en la realización de diversas operaciones de confianza del príncipe.

[177] Aparece citado por vez primera en Trento (enero 1549), en un sarao (CALVETE DE ESTRELLA, pág. 142), cuando habían tenido ya lugar brillantes fiestas en las principales ciudades italianas; después en varias justas en Bruselas (*ibidem*, págs. 198, 203).

[178] AGS, CSR, leg. 64, núm. 293, libro de la veeduría de 1548.

[179] C. CALVETE DE ESTRELLA, *op. cit.* I, pág. 15.

[180] Así el 19 de septiembre fue asentado el flamenco Antón Mayeres, y el 22 lo fueron Antonio Alderete, Juan Sarabia y Francisco San Vicente (según consta en el fragmento del libro de cédulas de la Casa que se conserva en AGS, CSR, leg. 75, en los fols. 78v, 80v y 81). También fueron recibidos Hernando de Frías y Francisco de Ocharán

[181] Hernando Redondo, Francisco Gómez, Rodrigo Alonso, Juan de Montejo, García de Valdivieso, García de Vega y Francisco Pérez; además en el mismo día recibió título un escudero que venía ejerciendo de forma interina, Francisco Ruiz de Brizuela.

el tirador de oro Martín de Tolosa, el tundidor Juan de Carranza, el virotero Luis de Pociones y el espadero Francisco de Santisteban[182]. Así completada en su plantilla,la Casa de Castilla se dividió entre los que «...van agora conmigo en esta jornada a Ytalia e Alemania e Flandes» y «...los otros que quedan con mi licencia y mandado»[183]:

Los que partieron con el Príncipe

CAPILLA	
capellán mayor	Pedro de Castro (obispo de Salamanca)
sacristán mayor	Antón Bravo
capellanes	Francisco de Portugalete
	Francisco López de Ávila
	Francisco de Barrio
	Pero Núñez
	Diego Suárez
Mozos de Capilla	Alonso Fernández de Almaraz
	Carlos Pepín
	Iñigo de Santa Cruz
	Juan de Arze
	Juan de Cuellar
Maestro de los pajes	Cristóbal Calvete de Estrella
Cantores	24
CÁMARA	
Porteros de Cámara	Nicolás de Utre
	Diego Ruiz de la Escalera
	Juan Guerrero
	Álvaro Núñez
Porteros de cadena	García Marroquín
Mozo de cámara y guardarropa	Gil Sánchez Bazán
	Juan de Bibanco
Aposentadores	Juan de Payba
	Juan Cornejo
	Pero Rodríguez
	Fernán Fariña
	García de Paredes
	Melchor de Resa
	Hernando de Frías
	Francisco de Ocharán
	Antón Mayeres (flamenco)
	Juan Sarabia
	Francisco de San Vicente
	Antonio Alderete

[182] Todos estos el 17 de septiembre, según consta en el libro de cédulas de la Casa (AGS, CSR, leg. 75, fol. 75v.)
[183] Firmada en Valladolid el dos de octubre de 1548 (AGS, E, leg. 77, núm. 102).

Los que partieron con el Príncipe

OFICIOS	
Acemilero mayor	Cristóbal Ortega
Oficial organista	Cristóbal de León
Tundidor	Juan de Carrança
Tirador de oro	Martín de Tolosa
Espadero	Francisco de Santisteban
Virotero	Luis de Pociones
Montero y ballestero	Bartolomé de Guijosa
Albardero	Juan de Segovia
Escuderos de pie	11[184]

Los que permanecieron en Castilla

Oficio	*Personaje*	*Destino*
CAPILLA		
Maestro de Capilla	Pedro de Pastrana	Carlos
Capellanes	Diego López de Zúñiga	
	Pero Fernández de la Serna	
Músicos	Pedro de Arze (contrabajo)	Carlos
	Cristóbal de Santiago (contrabajo)	Carlos
	Damián de Talavera (cantor)	Carlos
	Juan de Villadiego (cantor tiple)	Carlos
	Cipriano de Soto (cantor tiple)	Carlos
	Agustín de Cabezón (cantor tiple)	Carlos
CÁMARA		
Porteros de cámara	Francisco Rodríguez Doliente	
	Gonzalo Gallego	
	Antón Gutiérrez Barahona	
APOSENTADORES		
	Gonzalo Hernández Reyna	
	Joanot de Cegama	
	Santiago Pérez	
	Francisco de Murguía	
OFICIOS		
Contador	Andrés Martínez de Ondarza	
Tte. mayordomo mayor	Juan Fernández de Ventosa[185]	
Costureras y lavanderas	Juana de Mirabal	
	Mencía de Salcedo	
Barrendero	Rodrigo de Herreara	

[184] Que son: Francisco Ruiz de Brizuela, Alonso de Arguello, Pero Ortiz de Bibanco, Juan Pérez de Arriariaga, Juan de Montejo, Francisco Gómez, Rodrigo Alonso, Hernando Redondo, García de Valdivieso, García de Vega, Francisco Pérez; en la nómina no aparece Juan de Bolaños, que según los libros de la veeduría sirvió en Flandes.

[185] Sin embargo, CALVETE, *op. cit.*, I, pág. 20, lo incluye en el séquito del príncipe en el momento del embarque.

De modo que con el príncipe partieron 73 miembros de su Casa de Castilla (hay que descontar al capellán Diego Suárez y al portero García Marroquín, que finalmente no emprendieron viaje[186] –éste último sustituido por Juan de Bibanco– en tanto que Nicolás de Utre seguía en el servicio de Carlos V, aunque cobrara también por la nómina del príncipe), mientras quedaron 21 en el reino, al menos cobrando. Indudablemente, fue muy alto el porcentaje de los que viajaron con Felipe (75%), que se corresponde con la intención de reservar el sitio debido en la corte principesca a la representación del reino castellano, incluso en circunstancias que le eran tan ajenas como un periplo por el extranjero, y por más que el servicio castellano se viera ya ciertamente reducido de por si. Medida simbólica que se reforzó de manera considerable con la presencia de una serie de criados de la Casa de Castilla de Carlos V, que, bien viajaron asimismo con don Felipe, bien se unieron a su Casa una vez que se encontraron el emperador y su heredero: tales fueron siete capellanes, un predicador, once ministriles, cinco porteros de cámara, dos porteros de cadena, dos trompeteros y un escudero de pie[187].

De todos modos, una vez culminado el viaje del príncipe en Flandes, sus oficiales de la Casa de Castilla comenzaron a regresar a España, empleando para ello licencias cuyo límite temporal, normalmente, no era respetado en absoluto[188]. En el primer tercio de 1549, eran ya solo 71, cifra que bajó a 67 a finales de año[189]; en 1550 las ausencias fueron significativas, pues hicieron el equipaje el capellán mayor Pedro de Castro[190], el sacristán mayor Antón Bravo[191], los aposentadores Francisco de Ocharan (definitivo), Hernando de Frías y Juan Sarabia (por algunos meses)[192]; tampoco los oficios se libraron del absentismo, y tanto el tundidor Juan de Carrança como el espadero Francisco de Santisteban abandonaron la corte del príncipe para no volver[193]. Hubo así mismo traspasos de empleos, pues el mozo de capilla Iñigo de Santa Cruz «...mudose a otro oficio al modo de Borgoña», concretamente a furrier de capilla. El año siguiente dejaron de servir en Flandes, un mozo de capilla y el maestro de los pajes Calvete de Estrella, en tanto que en navidad murió el albardero Juan de Segovia. Claro que también hubo incorporaciones, significativamente para mantener el nivel de servicio de la capilla: así, fueron recibidos los capellanes Juan de Angulo y Pero Sánchez de Arellano, en el primer y segundo tercio de 1550, respectivamente.

Por lo que toca a los criados que permanecieron en Castilla, hubo fallecimientos, como el barrendero Rodrigo de Herrera en 1551, y otros que, sin destino fijo, recibieron, sin embargo, las cédulas necesarias para seguir cobrando el sueldo[194]. Pero lo normal fue que se asignaran al servicio de las distintas casas reales en funcionamiento; así, a pesar de la intención expresada inicialmente de que ejercieran en la Casa del infante

---

[186] Suárez enfermó en el momento de la partida, y los intentos que realizó los años siguientes para residir en la capilla de la regente María de Austria, según su propio testimonio, fueron infructuosos debido a sucesivas recaídas; por lo que toca a Marroquín, cuando iba camino de Laredo para embarcarse, se hirió gravemente en una caída de caballo, y tardó muchos meses en curar (AGS, CSR, leg. 64, núm. 1.312, consulta del príncipe en Madrid, noviembre de 1551).

[187] Certificación de residencia, en el último tercio de 1548 y durante 1549, en AGS, CSR, leg. 64, núms. 280, 725 y 769. Los capellanes fueron Francisco Enríquez, Gaspar Escudero (que regresó a España en agosto de 1549), Juan de Resa (que era al tiempo cantor y capellán del rey), el licenciado Juan Becerra, Luis Delgado Gallego, el licenciado Salamanqués y Luis Tempora; el predicador era fray Alonso Muñoz, de la orden de Santo Domingo.

[188] Las incidencias pueden seguirse en las certificaciones de residencia del ujier de cámara Saez de Galardi, localizadas en AGS, CSR, leg. 64, nums. 767, 770 y 772 (tercios de 1549) y en los libros de la veeduría de 1550 y 1551 (AGS, CSR, leg. 64, nums. 1054 y 1294).

[189] Regresaron a España 3 cantores (Melchor de Valdés, que en España comenzó a servir a la regente María; Juan de Resa, que no volvió a servir) un mozo de capilla (Carlos Pepin) y un aposentador (Melchor de Resa, con licencia de un año desde agosto de 1549, pero no regresó nunca), en tanto que en el segundo tercio se había incorporado un escudero de pie. Desapareció también el aposentador Juan de Payba.

[190] Los 8 últimos meses de 1550 y los 4 primeros de 1551.

[191] Partió de Augsburgo a primero de mayo, y estuvo ausente de la Corte hasta octubre de 1551, con excepción de una breve estancia en Zaragoza durante el viaje de regreso del príncipe. Para solicitar el pago del sueldo adujo la muerte de un hermano de cuyos negocios y familia hubo de ocuparse.

[192] Ocharan recibió licencia de ocho meses, que cumplió en septiembre, y no volvió a residir; Frías estuvo ausente el segundo semestre del año, aunque luego regresó al servicio, al igual que Juan Sarabia, quien estuvo ausente 8 meses.

[193] Carrança al menos con licencia de 8 meses, de abril a enero de 1551, porque Santisteban desapareció sin permiso y sin dejar rastro.

[194] Así por ejemplo, para los aposentadores Murguía, Hernández, Cegama y Pérez se firmó una cédula el 22 de septiembre de 1548 para que cobraran normalmente su salario en Castilla (AGS, CSR, leg. 64, núm. 314).

don Carlos, los seis cantores más el maestro de capilla pasaron a servir en la Casa de la regente, María de Austria. Otros, como los capellanes Diego López de Zúñiga (que alegaba estar en el estudio), Diego Suárez y Pero Fernández de la Serna, no aparecieron por la corte de la regencia mientras estuvo fuera el príncipe. Para ellos revestía escaso interés el servicio en un escenario de segunda fila que, además, pronto quedaría marcado por los escándalos y la inoperancia.

14.2. La asistencia doméstica del resto de miembros de la familia imperial (Ignacio Ezquerra Revilla)

14.2.1. *El enlace matrimonial de Maximiliano y María*

A pesar de que el matrimonio de Maximiliano y María resultaba plenamente acorde con las expectativas dinásticas, las conversaciones entre Carlos V y su hermano Fernando no fueron fáciles. Fernando I no parecía dispuesto a entregar a su primogénito o al siguiente de sus descendientes; se especulaba con que el elegido fuera su hijo Fernando, si bien finalmente fue Maximiliano[195]. Años antes, en Spira, en la Dieta celebrada en febrero de 1544, Carlos V había tenido ocasión de conocer a su sobrino. Poco después, cuando en junio de ese año se separaron Maximiliano y su hermano Fernando y hubo de asignarse una Casa a cada uno, el primero se confió a la tutela del español Pedro Lasso de Castilla. La decisión parecía responder a la conciencia sobre la orientación hispana que iba a imprimirse a Maximiliano. El joven archiduque acompañó al emperador en su entrada triunfal en Metz, donde comenzó una convivencia de decisiva influencia para el destino de la infanta María de Austria. El 21 de junio, Carlos redactó un nuevo codicilo, en castellano y firmado por los secretarios Idiáquez y Bave, que se iniciaba con una diatriba contra Francisco I por su infidelidad a los pactos y su traicionera unión con los turcos, para a continuación expresar su determinación de estrechar los lazos entre la dinastía austriaca, casando a su hija María con Maximiliano, el primogénito de Fernando. Seguramente, la aptitud para la milicia del joven profundizó la confianza despertada en el emperador. El 20 de julio, Carlos declaró proscritos al príncipe Juan Federico de Sajonia y al Landgrave Felipe de Hesse, organizó su ejército en Ratisbona y entregó a Maximiliano un destacamento. Pero a pesar de esta relación de confianza, en el ambiente de conflictividad política y religiosa Maximiliano ya apuntaba cierta propensión hacia los reformados, lo que le condujo a una falta de entendimiento con el emperador y a padecer reprensiones por parte de su padre, a las que no fue muy sensible[196].

Con todo, los propios avances militares del emperador propiciaron el futuro del hijo del rey de Romanos. Tras la toma de Vitry, St. Dizier y Soissons –conquista que amenazaba París–, Francisco I se apresuró a proponer negociaciones a Carlos V, culminadas en la paz de Crèpy. En su contenido constaba el matrimonio del duque de Orleans con María, con los Países Bajos como dote, o con Ana, hija de Fernando, dotada en el Milanesado[197]. En octubre, Carlos V envió a Castilla al secretario Alonso de Idiáquez con el encargo de poner al corriente al príncipe de las estipulaciones de la paz, y pedirle su valoración al Consejo de Estado[198].

---

[195] AGS, E, leg. 641, núm. 2, en W. Maurenbrecher, *Karl V und die deutsche Protestanten 1545-1555*, Leipzig, 1865, págs. 24 ss.

[196] R. Holtzmann, *Kaiser Maximilian II bis zu seiner Thronbesteigung (1527-1564)*, Berlín, 1903, pág. 53. El celo del rey Fernando porque sus hijos se mantuviesen fieles a la religión de sus mayores aparecía ya en su testamento de 1543. En él les exhortaba a no depender de sectas tan enojosas ni mucho menos participar en ellas. Más adelante, en trance de iniciar la marcha hacia Sajonia para ir en ayuda del duque Mauricio, el 13 y 14 de febrero de 1547 escribió una larga carta desde Leitzmeritz a sus dos hijos. La carta era un añadido al testamento concedido el 4 de febrero, a causa de la muerte de la reina. Era un documento más exigente que el anterior y sobre todo contenía reproches a su hijo Maximiliano (R. Holtzmann, *op. cit.*, págs. 56-58).

[197] *Ibidem*, pág. 39. Por lo demás, Francisco I habría de ayudar en la guerra contra los turcos y los protestantes, y debía apoyar la celebración del Concilio de Trento. F. Chabod, «¿Milán o los Países Bajos...? Las discusiones en España sobre la «alternativa» de 1544», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, págs. 331-372, artículo que guía lo que sigue.

[198] Sobre este personaje, cf. F. Walser, «Die Ueberlieferung der akten der hastilisch-spanischen Zentralbehörden unter Karl V», *Berichte und Studien zur Geschichte Karl V*, VIII (Nachrichten von der Gesellschaft d. Wiss. Zu Göttingen, Phil.Hist. Klasse, 1933, pág. 116.

En el mismo momento de la llegada de Idiáquez, el conde de Cifuentes, que ya se había mostrado partidario de unir a su tutelada con el hijo del rey de Romanos, envió carta a Cobos recordando la condición de «muger» de María, por lo que debía pensarse en su matrimonio, según había tratado con el propio emperador en Alcalá[199]. En esta entrevista Cifuentes defendió la candidatura de Maximiliano, e indicó que, aún cuando no se formalizase el matrimonio de inmediato, el hijo del rey de Romanos podía permanecer en Castilla para adquirir experiencia. Al mismo tiempo, aseguraba no haber orientado la opinión de la Infanta, que estimaba siempre obediente al interés de su padre[200].

El 1 de noviembre Idiáquez llegó a Valladolid y Felipe hizo leer la instrucción de Carlos V al Consejo de Estado, para desplazarse a continuación a Madrid durante casi dos semanas con el fin de tantear la voluntad de su hermana María, quien «por ser la materia de la qualidad que es, con otro ninguno se abriría como conmigo»[201]. Mientras, el Consejo de Estado prosiguió sus reuniones en Valladolid, con la añadidura de otros personajes: el presidente de Castilla (Valdés), el virrey de Aragón (conde de Morata) y el doctor Guevara. Felipe retornó de Madrid acompañado de Cifuentes, quien participó en las reuniones del Consejo de Estado desde el 29 de noviembre, adhiriéndose al criterio del cardenal Tavera, favorable a conservar los Países Bajos antes que Milán, cuya posesión defendía el duque de Alba y los militares con intereses en Italia. El emperador siguió el criterio de Tavera y Cifuentes, con la conformidad de la infanta María[202]. El 22 de marzo de 1545, se escribió a Francisco I poniendo en su conocimiento la renuncia a Milán. Pero la súbita muerte del duque de Orleans, el 9 de septiembre, atajó la consumación de un plan que no levantaba ningún entusiasmo en la corte imperial. Ello significó retomar sin demora el matrimonio con el archiduque, sin escucharse voces como las de Ferrante Gonzaga, virrey de Sicilia, que por entonces propusieron el matrimonio de doña María con Manuel Filiberto, príncipe del Piamonte[203].

Desde la muerte de Carlos de Orleans, se apreció una tendencia del emperador a aumentar las mercedes conferidas al archiduque, quien al tiempo iba intensificando su rodaje en materias administrativas. El 17 de enero de 1546 Maximiliano recibía el Toisón en el curso del capítulo celebrado en Utrecht, entre otros personajes como el duque de Alba, el conde de Egmont o Alberto de Baviera. Durante ese año, el archiduque tomó contacto con las posesiones que habría de regir como futuro soberano de Bohemia. La obligada asistencia del emperador a la Dieta de Ratisbona le obligó a delegar en su hijo la presidencia de la Dieta de Praga, anunciada para el 2 de junio, resolución que no agradó a los estamentos bohemios, que exigieron la presencia del rey. Aunque este finalmente acudió, insistió en que Maximiliano debía regir el comienzo de las negociaciones, que finalmente se produjo el 26 de julio[204].

Con todo, a lo largo de 1547 se dieron disensiones entre Carlos V y su sobrino. A finales de enero, Carlos se dirigió a Ulm, donde pasó cinco semanas y recibió noticia el 2 de febrero del nacimiento de una nueva hermana de Maximiliano. Pero pronto la noticia se tornó en triste por costar la vida de la reina Ana. La noticia desesperó a Maximiliano, quien abandonó el campamento en la noche del 5 al 6 de febrero, siendo poco después interceptado. Tras esta actitud influyó el hecho de que Maximiliano había pedido en dos ocasiones a Carlos V –sin resultado– estar a las órdenes de su padre. Junto a los celos de su hermano Fernando, que desde joven capitaneaba el ejército de su padre, a Maximiliano le interesaba sobremanera la invasión de Sajonia planeada por su padre. Los utraquistas de Bohemia se encontraban enfrentados con el rey

---

[199] AGS, E, leg. 67, núm. 93.

[200] AGS, E, leg. 67, núm. 94, conde de Cifuentes al emperador, por esas fechas: «Así mismo es bien que V. Mgt. sepa que lo que yo dixe no fue con voluntad ny sabiduría que la Señora Infante doña María, ny menos le he dado parte de lo que agora me escryvyó y yo le respondí y esto juro a V. Mgt. muy de veras con la fe que devo a cavallero y christiano porque Su Al. es tal que ni huelga ny quiere que se hable en semejantes cosas, ny quiere ny dessea syno lo que V. Mgt. quisiere y mas quiero que sepa V. Mgt. una cosa que entiendo por algunas pláticas que a tenido con otras personas y por lo que veo por su condición y manera, que más por esta terná V. Mgt. trabajo en que quyera casarse que de lo contrario no embargante que es una de las más obedientes hijas que pueden ser todo lo qual V. Mgt. deve muchas gracias a nuestro Señor».

[201] F. CHABOD, *op. cit.*, pág. 334.

[202] AGS, E, leg. 70, núm. 29, carta de Cifuentes al príncipe fechada en Madrid a 13 de marzo de 1545: «La señora Ynfante doña María está alegre por la conclusión que S. Mt. tomó en lo de la alternativa como más largamente escrevirá a Vra. Al.» (R. CEÑAL LORENTE, *La emperatriz María de Austria. Su personalidad política y religiosa*, págs. 255-256).

[203] F. CHABOD, *op. cit.*, pág. 360.

[204] R. CEÑAL, *op. cit.*, págs. 303 ss.

Fernando y era muy de temer su conexión con Juan Federico de Sajonia. Por todas estas razones Maximiliano prefería estar con su padre en Bohemia –su tierra hereditaria– antes que con su tío en Ulm. Como acertadamente indica Holtzmann, era la primera vez que Maximiliano manifestaba la paulatina desviación de intereses entre los Habsburgo hispanos y los alemanes. Pese a todo ello Maximiliano se halló a la vera del emperador en Mühlberg, junto a su padre y su hermano Fernando[205].

Al mismo tiempo, las noticias sobre la delicada salud del emperador llegadas a fines del verano de 1547 a Monzón –donde Felipe asistía a las Cortes aragonesas– inquietaron sobremanera al príncipe, que decidió el envío de su trinchante Ruy Gómez de Silva. Llegado éste a Augusta, el emperador le encomendó el transporte a Castilla de un despacho con noticia relevante para el futuro de la infanta María: el casamiento que se había concertado para ella, con el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria[206]. Recibida confirmación de la intención de su padre, el príncipe se trasladó a Alcalá para ponerla en conocimiento de su hermana. Allí advirtió que el marqués de Távara no estaba siendo capaz de imponer en la Casa de las infantas el control mantenido por Cifuentes, fallecido el año anterior, mientras que otros personajes gozaban de predicamento en la dirección de la Casa, como Martínez Silíceo.

El 18 de enero de 1548, Carlos V remitió a Felipe lo que se ha dado en llamar su *testamento político*, con amplia referencia a la idoneidad del matrimonio elegido para su hija, quien acompañaría a su hermano a Alemania para formalizar allí el matrimonio:

> «Y cuanto al matrimonio de mis hijas, vuestras hermanas, y señaladamente la mayor, después de examinado, y pensado todo lo que en ello se ofrece, no veo para ella partido más a propósito, ni aún que convenga, como el del archiduque Maximiliano, mi sobrino; porque cuanto a casarla en Portugal con el príncipe, mi sobrino, ni las edades convendrían, ni sería honesto ni razonable ir contra lo que he tratado de su hermana con el dicho príncipe de Portugal, antes en perjuicio suyo, siendo este partido tan conviniente en las edades y en todo lo demás, como lo será el de vuestra hermana mayor con el dicho archiduque Maximiliano, y de gran contentamiento con mi dicho hermano; las cosas del cual, como se ha dicho arriba, se han asentado, proveído y remediado de manera que el dicho Archiduque quedará muy bien, y el padre y él tendrán más afición a todo lo que os tocare señaladamente por lo de Italia y la parte de Flandes. Y ansí nos firmamos en que se haga con la bendición de Dios, y siguiendo en esto, que la emperatriz, que sea en gloria y yo habíamos considerado por nuestros testamentos y constituídole la docte de las sumas contenidas y ordenadas por nosotros en ellos. Quanto a lo que se había mirado en los dichos testamentos, por lo que toca a las tierras de Flandes y Borgoña, habiendo después pensado más en ello, especialmente en la importancia de los dichos estados. Y cuanto conveniente a nuestra grandeza, y que demás he conquistado el ducado de Gueldres y unídolos con ellos, estamos en que los guardéis, confiando que Dios os dará más hijos, y os ruego y encargo muy mucho que este matrimonio se efectúe lo más presto que ser pudiere, teniendo respecto a que vuestra dicha hermana es de edad, y que, como dicho es, no se ofresce otro partido tan conviniente.
>
> Demás de esto, ofreciéndose vuestra venida acá, podréis traer con vos la dicha vuestra hermana, y no se podría haber ocasión ni medio más conviniente para que venga honradamente y como se requiere a vuestra calidad, y aunque no hubiéredes de venir vos, no se debría dejar su venida, ni deferir más el dicho matrimonio; y ansí, os ruego que tengáis por bien que se haga, y os lo encomiendo y encargo cuan encarecidamente puedo»[207].

---

[205] En el curso de la batalla cayó en manos del emperador la biblia luterana del elector Juan Federico de Sajonia. Más adelante, y de forma significativa, Maximiliano la usaría para su estudio. R. HOLTZMANN, *op. cit.*, pág. 61.

[206] Así como del inminente envío de su mayordomo mayor, el duque de Alba Fernando Álvarez de Toledo, para poner orden en el viaje que Felipe emprendería a las posesiones septentrionales del Imperio y para poner su Casa al uso borgoñón. El encargo de Ruy Gómez era bastante más llevadero que el del duque de Alba, quien había de lograr que los procuradores aceptasen la ausencia del príncipe, recibiesen con buena disposición a los nuevos regentes y concediesen una ayuda monetaria tanto para el viaje del príncipe, como para la boda de María, junto a la difícil tarea de tornar el ceremonial mantenido en la Casa del príncipe.

[207] CDCV, II, págs. 590-591. La versión original de estas instrucciones ha sido debatida entre los historiadores, según relata M. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, en *op. cit.*, pág. 569.

Como el anunciado viaje del duque de Alba parecía retrasarse, al día siguiente el emperador remitió una credencial conminando a su hijo a cumplir la instrucción que el duque llevaría sobre el particular[208]. Cuando este llegó el documento que había de cumplir hablaba en términos taxativos sobre la boda de María[209]. La preocupación del emperador por la consumación de este matrimonio tenía estrecha relación con su interés por asegurar la vinculación de la corona imperial con los Habsburgo, no sólo tras sus días, sino los de Fernando. El rey de Romanos defendió incluso la necesidad de arrancar de los príncipes electores el compromiso de designar un descendiente de cualquiera de los dos. Pero también hay que considerar que, en caso de que Felipe sufriera algún desgraciado suceso que le provocara la muerte, la herencia de Carlos V pasaría a su hija María, esposada con Maximiliano, también sucesor de Fernando I en Austria[210].

De momento, Felipe, tras pasar la Semana Santa en Mejorada, partió hacia Valladolid para celebrar Cortes de Castilla[211], de cuyo desarrollo dependía la petición de donativos para su viaje y para el casamiento de su hermana[212]. Mientras se celebraba la asamblea, el emperador ideó en Augsburgo la forma de componer sus recientes decisiones para solventar la falta de regente en los reinos hispanos que provocaría el viaje de Felipe. Durante meses, el emperador sopesó diferentes soluciones. Escéptico ante la capacidad de la peque-

---

[208] AGS, E, leg. 644, núm. 255: «Con Ruy Gómez os screvimos y avisamos de la resolución que havíamos tomado en vuestra venida a estas partes y en el matrimonio de la Ilustrísima Infante doña María, como havréis visto. Después, pensando que el duque d'Alva pudiera partir luego, se ha dilatado hasta agora por tomar resolución en algunos negocios de Italia y la Dieta, y aunque va informado de todo lo que acá ha pasado largamente y lleva entendida nuestra intención, como quien se ha hallado presente a ello, nos ha parescido mandar poner por scripto los puntos más sustanciales, para que tengáys entendida nuestra voluntad y el término que deve tener en los negocios que allá se remiten, según se podrá ver por la instrucción que lleva».

[209] AGS, PR, leg. 26, núm. 97, en CDCV, II, págs. 590-591: «ya tenéis entendido la inclinación que el príncipe ha tenido a que la dicha Infante cassase con el príncipe de Portugal dexándose de effectuar lo tratado y assentado con la infante doña Juana, dando algunas causas y razones por donde se debía poner en effecto. Y aunque sin duda quisiéramos hallar medio y forma para darles este contentamiento, como en todo lo desseamos hacer, visto la desproporción de la edad y otras difficultades e impedimentos que occurren, les habemos querido satisfacer antes de agora como ha convenido por apartarlos deste propósito, por no ser practicable como creemos lo deben estar, y por esto conosciendo la razón que hay de dar orden y assentar sus cosas ni dilatarlo más, habiendo discurrido y mirado las personas que al presente podría haber que conviniessen con la edad y las otras consideraciones que se debe tener, teniendo larga experiencia de la virtud y loables costumbres del Ilmo. príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, nuestro sobrino, y confiando en Dios Nuestro Señor que será para mucho servicio suyo y contentamiento de todos, y que deste nuevo deudo, con acrecentarse el amor y obligación de la una parte y de la otra, se han de seguir otras utilidades y beneficios, se ha platicado y assentado entre nos y el Serenísimo rey de Romanos, nuestro hermano lo que toca a este matrimonio según lo lleváis entendido, para que trayendo acá la dicha infante doña María, con su gracia y bendición se effectúe y concluya. Y puesto que soy cierto se conformará con mi voluntad, como es razón que lo haga, pues yo más que nadie por lo que la quiero y amo he de mirar por su descanso y contentamiento, todavía porque podría ser (lo que no creemos) que se tornasse a mover la primera plática y quisiessen hacer de nuevo instancia cerca dello o se offreciesse otra cosa que consultarnos, os encargamos en razón que deis particularmente a entender las causas que hay para no poderse hacer otra cosa, como en vuestra presencia se han apuntado, rogándole lo enderece por los buenos medios y formas que sabrá, de manera que se haga con satisfacción de la dicha Infante, como es justo, y si conviniesse que vos en persona fuéssedes a hablarle en ello de nuestra parte y del Príncipe, tenemos hemos por muy servido queráis tomar este trabajo, que conocemos no podrá dexar de ser de mucho effecto y sustancia para que todo se haga bien y como lo desseamos». Después pasaba a tratar de la convocatoria de las Cortes de Castilla, con objeto de lograr ayuda para la venida del príncipe y el casamiento de la Infanta.

[210] Esta convergencia dinástica es percibida por, P. S. FICHTNER, *Ferdinand I of Austria: the politics of dynaticism in the age of the Reformation*, pág. 165.

[211] AGS, CSR, leg. 31, núms. 51 y 752. Sobre la convocatoria, E, leg. 76, núms. 43-44, carta de don Felipe a Carlos V desde Alcalá el 3 de marzo de 1548: «Visto lo que V.M. mandaba que se llamasen luego las cortes destos Reinos, se platicó por los del Consejo d'Estado y el doctor escudero en mi presencia, el lugar y tiempo dónde y cuándo se debrían tener, y aunque Valladolid parescía a propósito para ello, por las causas que V.M. puede considerar, todavía por estar aún allí el cuerpo de la princesa y llevarle de aquella villa en esta coyuntura no convenía ni paresciera bien salir el cuerpo por una parte y entrar yo por otra; se acordó se llamasen para Segovia, por ser aquella ciudad en buena comarca para todos, y así se enviaron las convocatorias para los 15 del mes de marzo, fundando el llamamiento dellas, en lo mucho que V.M. ha gastado para en beneficio de la fe y reductión de la Germania a ella, y en las grandes necesidades... Bien es verdad que holgáramos que V.M. me mandara avisar antes de lo que era su voluntad que se les proponga y por qué causas se le ha de pedir el servicio, y si demás del ordinario se les ha de pedir el extraordinario, y si ha de ser en parte para ayuda al casamiento de la señora infante doña María, mi hermana, o si se ha de dexar de hablar en ello por agora, y lo mismo en mi ida y otras muchas particularidades que conviniera tener acá entendidas, para poderse mejor encaminar y traer al fin que se pretende». Sin embargo, con la llegada del duque de Alba pareció que las Cortes debían celebrarse en Valladolid. Desde Augsburgo, el emperador aprobaba esta decisión el 9 de abril de 1548 (*ibidem*, leg. 644, núm. 233).

[212] En carta del príncipe Felipe a su padre de 11 de abril de 1548, hizo relación de los asuntos que se tratarían en las Cortes, AGS, E, leg. 76, núm. 39-42, pub. en CDCV, II, págs. 617-618).

ña Juana, y aún de su hermana mayor si no tomaba estado matrimonial, el emperador resolvió el 9 de abril de 1548 encomendar tan delicada tarea a María y su futuro marido Maximiliano. Con ello, Carlos se aseguraba la permanencia de un miembro de la familia real al frente del gobierno, y evitaba el resquemor parejo a confiar la dirección del gobierno a un noble o un letrado[213]. Sin demora, el día 24 se hicieron las capitulaciones matrimoniales entre el emperador y su hermano[214].

A finales de abril, Tomás de Perrenot, señor de Chantonnay, salió con estas escrituras hacia Castilla. Una vez acabadas las Cortes, Felipe partió con sus hermanas a Aranjuez, donde recibió la noticia de la llegada de Chantonnay a Valladolid. Tras aguardar en esta ciudad la dispensa papal por consanguinidad, Chantonnay partió a Aranjuez, en compañía del secretario Gonzalo Pérez, quien portaba cartas del emperador, el rey de Romanos y el propio Maximiliano para doña María; cartas que el príncipe estimó oportuno guardar hasta después del desposorio. El matrimonio por poderes se celebró el 4 de junio[215]. Después, la extensa comitiva presidida por la infanta inició camino de regreso a través de El Pardo, Segovia y Medina del Campo, y permaneció una semana con su abuela Juana en Tordesillas[216]. El 3 de julio alcanzaron Valladolid y aquí se esperó la llegada de Maximiliano mientras se dilucidaba la cuestión de los títulos, tratamiento y precedencias que deberían recibir los regentes[217].

---

[213] AGS, E, leg. 644, núm. 231, pub. en CDCV, II, págs. 612-613: «Y según la esperiencia (que) se tiene del príncipe Maximiliano para tratar los negocios y hallarse en ellos, por lo que se ha visto en los que ha entendido y entiende en mi lugar, tocantes al Imperio, lo ha fecho con toda cordura y prudencia... Y aunque no se ha dexado de myrar en los ynconvenientes que se podrían oponer a esto, como sería la sucesión, disponyendo Dios de nosotros, y otras particularidades que se han tocado que no hay para qué tratar dellas, todo aquello va fuera y se [¿?] por muchas y suficientes razones, sólo quedaría que podrían dezir que yba a governarlos estrangero, y esto bien pensamos que los grandes y gente noble lo ternían por mejor que dexarles los que se platicaban y que el común no pararía en ello, visto que quedaban la Infanta y él juntos y que es hijo del serenísimo rey de Romanos, que casi se puede tener por natural; y ya que en esto hubiese algún sentimyento, pesará mucho menos que lo otro, mayormente que haviéndose de hefectuar del casamyento hallandos vos presente los dexariades más comunycados y conversados y puesto el príncipe en lo que os pareciera que devía ser advertido y prevenydo y conocido de los Grandes y otros cavalleros que vinyesen a la corte, y los consejeros y minystros que con él huviessen de negociar, quanto más que según su condición y buena manera él los sabría complazer y tratar de manera que le cobrasen amor...». Al respecto, cf. R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María de Austria. Gobernadores de España 1548-1551. Estudio a través de la correspondencia con Carlos V*, Tesis Doctoral presentada en la Universidad Complutense de Madrid, noviembre de 1957, págs. 10-11.

[214] R. CEÑAL LORENTE, *La emperatriz María...*, I, págs. 317-319 y 348. Como advierte este autor, en las capitulaciones había un silencio absoluto respecto al derecho legítimo de Maximiliano a la corona imperial.

[215] AGS, E, leg. 76, núm. 45-46, carta del príncipe al emperador de junio de 1548, dando cuenta del desposorio: «El día siguiente, que fue el lunes 4 del presente, después de comer me tornó a hablar mos Xantone y me truxo las escripturas que traía tocante al matrimonio, que eran cuatro: los capítulos del tractado del matrimonio, la asecuración del entretenimiento del príncipe Maximiliano y de la señora Infante, la asignación del cosario que ha de haber la señora Infante y el consentimiento del serenísimo rey de Romanos, para que el príncipe, su hijo, se llame rey de Bohemia; y de todo ello sus copias autenticadas. Lo uno y lo otro he mandado que se guarde, y llegado a Valladolid se hará dellas lo que V.M. ha escripto que se haga. De allí a dos o tres oras vino de su posada mos de Xantone, acompañado de todos los señores y caballeros que allí se hallaron, y entrado en el aposento donde estábamos las sereníssimas Infantes y yo, presente el arzobispo de Toledo, declaró a lo que venía y presentó el poder que traía y la dispensación que su Santidad había concedido, y yo mandé al secretario que lo leyese y declarase para que todos lo entendiesen, y hecho esto, el Arzobispo, habiendo preguntado si aceptaba la dispensación, procedió a hacer el aucto del desposorio de la manera que se acostumbra y con las solemnidades que se requieren, como lo podrá V.M. ver por un aucto que se envía, en que se relata como pasó todo muy por extenso. Acabado esto le dio a la serenísima Infante las cartas que le traía, y hubo el regocijo que se acostumbra en semejantes auctos, de manera que V.M. puede estar satisfecho, que se ha hecho todo como conviene, y mos De Xantone se ha habido en todo de tan buena manera, que me queda dello muy gran satisfacción.

Hase mirado en si se debía mudar el título a la serenísima Infante, como se hizo con la reina, nuestra señora, que fue llamada muchos años archiduquesa, y ha parecido que no se debía por agora hacer novedad en esto, así por esperar a saber la voluntad de V.M., como también porque habiéndose de llamar el príncipe Maximiliano rey de Bohemia, no sería bien hacer mudanza, por tan pocos días. V.M. me mandará avisar de lo que en esto será servido que se haga, aunque lo que yo deseo es que el príncipe venga con título de rey de Bohemia, y así suplico a V.M. que en todo caso se haga». Concluye pidiendo instrucciones sobre las armas que se debían poner a la Infanta.

[216] AGS, CSR, leg. 31, núms. 51 y 752.

[217] AGS, E, leg. 644, núm. 249, carta del emperador al príncipe Felipe, desde Augsburgo, 8 de julio de 1548: «no hay qué dezir sino parecernos bien vuestra buelta a Valladolid y llevar con vos las Infantes. El príncipe Maximiliano deve estar ya entre Milán y Génova y se le da continuamente priessa... Quanto a mudar el título a la dicha Infante, conformándome con lo que os paresce es bien que se dilate hasta que vaya el rey de Bohemia,... porque yo he fablado en esto al serenísimo rey de Romanos (que es ya partido y va la buelta de Viena) y ha offrecido que desde allí embiará por algunos principales de aquel Reyno y lo començara a tractar de manera que llegado a él se pueda luego concluir. Hasta entonces parece que tampoco se deven acrescentar las armas en el medio escudo que trae en blanco en su sello, porque lo uno depende de lo otro». El 8 de julio de 1548 el emperador escribía al príncipe desde Augs-

El príncipe notificó al emperador el desembarco de Maximiliano en Barcelona el 5 de agosto de 1548[218]. Allí le aguardaban para su recibimiento y acompañamiento Pedro de Córdoba y el correo mayor, enviados por Felipe. Posteriormente se desplazó a Valladolid un gentilhombre de su cámara que informó de la maltrecha salud del archiduque, que hacía previsible su demora en llegar a la ciudad del Pisuerga hasta finales de septiembre. El receso permitió a Felipe concretar los poderes que definirían la regencia de Maximiliano y María, cuya extensión y restricciones en su opinión debían ser como los que él gozaba desde 1543: «Las instrucciones y restrictiones para lo que toca al gobierno destos reinos se envían con éste, y también las de los Reinos de Aragón, y paresçe que deben quedar como yo las tenía, y importa que vengan con brevedad, porque lleguen antes de mi partida. V.M. lo verá y proveerá en todo lo que fuere servido»[219].

Por fin, el príncipe don Felipe salió al encuentro de Maximiliano en Olivares de Duero, y el 13 de septiembre entraban en Valladolid[220]. Junto a sus repercusiones políticas y dinásticas, la unión representó –como cabía esperar y advirtieron los cronistas coetáneos[221]– una profunda reconversión de la Casa que hasta entonces había servido a las infantas María y Juana y al pequeño Carlos.

14.2.2. *Los servidores de los regentes*

Los regentes eligieron como sede de su corte la ciudad de Valladolid, alojándose –hay testimonios contradictorios– bien en el palacio del marqués de Távara en la corredera de San Pablo, bien en la lujosa mansión del conde de Benavente, pero con servicios separados, pues Maximiliano llegó con Casa propia completamente ajena a la de su esposa. Pese a no conservar ninguna lista directa, las fuentes permiten reconstruir la composición del servicio doméstico del archiduque[222]. En ella, la influencia hispana estuvo encabezada por su mayordomo mayor, Pedro Lasso de Castilla, quien ejercía el cargo desde el 17 de junio de 1544, cuando el rey de Romanos nombró Casa propia para su hijo[223]. Su cometido aparece claro en carta dirigida a Fer-

---

burgo: «Quanto a lo de la governación siempre que pensamos en ello nos satisfaze más por las consideraciones y causas que podréys pensar. El ilustrísimo prínçipe Maximiliano, mi hijo, partió de aquí a los XI del presente y según la prisa con que va creemos llegará a Génova en fín de este mes o pocos días andados del que viene, y entre tanto no se pierde punto en meter en orden las galeras y naos que havemos mandado se fleten para pasar los cavallos y otras cosas de su casa y de las personas que van en su acompañamiento y servicio, porque aunque teníamos ordenado que fuesen por Francia, porque el camino paresçía ser más breve y cierto que por la mar, haviéndose scripto a nuestro embaxador soliçitase el salvoconducto para ello, lo difirieron deziendo que primero haviamos de conçeder que la armada que tienen a la parte de poniente para yr en socorro de los scoçeses pudiese entrar libremente en los puertos que tenemos en Flandes, Zelanda y Olanda no dexando de mostrar sentimiento de que el Príncipe no pase por aquel Reyno, por cuya causa convino tomar esta nueva determinación, y se usará de tal diligencia en todo que llegado a Génova se podrá embarcar y seguir su viage con la bendición de Nuestro Señor y ser en Barcelona, serviendo el tiempo, en fin de jullio o principio de agosto. Y por esto nos ha paresçido bien vuestra yda a Alcalá y esperar que llegase Xantone para que se efectuase el desposorio y después llevar con vos a Valladolid a la Infante doña María y proveer las otras cosas neçesarias para la efectuación del matrimonio. Y quanto a la renunciaçión que ha de hazer de lo que podría pretender fuera del docte no hay en esto que añadir a lo scripto» (AGS, E, leg. 344, núm. 247-248, en CDCV, II, págs. 639-640).

[218] Cfr. C. MALFATTI, *El Archiduque Maximiliano y su viaje a Valladolid en 1548 y su boda con la infanta María*, Barcelona, 1548, fol. 11.

[219] AGS, E, leg. 76, núms. 51-56, carta del príncipe al emperador de 5 de agosto, pub. por R. CEÑAL, *op. cit.*, págs. 324-326. Concluía avisando que no se había incluido en la proposición de Cortes ni la ayuda para el casamiento de la infanta María, ni el entretenimiento de la Casa del príncipe, ni la ayuda para su traslado a Flandes, por los padecimientos del reino. Pero podrían convocarse cuando hubiese sazón.

[220] C. MALFATTI, págs. 57-62.

[221] L. CABRERA DE CÓRDOBA, *op. cit.*, pág. 15: «En Barcelona don Pedro y don Diego de Córdoba le visitaron de parte del príncipe y de su prima. En Valladolid dio a Maximiliano y María las bendiciones nupciales el obispo de Trento, príncipe del Imperio, y fueron padrinos don Filipe y la infanta doña Juana, ratificando el desposorio hecho en Aranjuez por el Arçobispo de Toledo con la facultad que truxo Juan Perenot de Granvela, borgoñón, consejero y privado del emperador. Con su poder introduxo don Filipe en el gobierno a los príncipes, y *dejó en su encomienda la privanza (en que dudaran muchos) del infante don Carlos, heredero de la Monarquía, y por su muerte y sin otros hermanos, los hijos de la princesa María con seguridad de padres celosos de su bien*» (subrayado por nosotros).

[222] Entre tales, R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, pág. 32, cita el registro del monasterio de Reun y los documentos de Simancas.

[223] W. MAURENBRECHER, *Kaiser Maximilians II*, en *Allgemeine Deutsche Biographien*, 20, Leipzig, 1884, págs. 736-747.

nando de Austria, presumiendo de saber amansar la ira de Maximiliano en las ocasiones en que más se exasperaba[224], así como cuando instó a su señor a preocuparse algo más de la administración del reino que le había sido confiado[225].

Como caballerizo mayor del archiduque ejerció el hermano de don Pedro, Francisco Lasso de Castilla, quien también se trasladó de Viena a Valladolid[226]. Junto a ellos, la presencia hispana en la Casa del archiduque se completó con Alonso de Salamanca, aposentador mayor[227], Pero Sarmiento y Hernando de Gamboa, gentileshombres de la cámara[228], cargo que también ocupaba Diego Manrique de Mendoza[229]. Al lado de estos servidores existían otros hispanos cuya influencia en la orientación de la Casa no era menor. Antes de partir, el príncipe había dejado al servicio –y vigilancia– del archiduque al marqués de Villena y el duque de Escalona. Asimismo, el maestro Gallo predicó ocasionalmente en su capilla, mientras el secretario Gamir informaba puntualmente a Fernando I de todos los pasos de Maximiliano[230] y Luis Venegas de Figueroa ejercía funciones de embajador de la pequeña corte, llevando informes confidenciales al emperador[231]. También existieron servidores hispanos reclamados por el propio archiduque, como los cantores de la capilla de difunto virrey de Valencia, cuya incorporación a la suya solicitó al obispo de Salamanca[232].

Pero esta presencia hispana, con ser en puestos de gran relevancia, fue crecientemente anulada por el gran número de servidores de origen germano de los que se acompañó Maximiliano, aunque no todos permanecieran continuamente en Castilla[233]. Como *Obersthofmarschall* y *Oberstkammerer* se halló Georg von Thun, como *Hofsmarschall* («mariscal de palacio») actuó Caspar von Hoberg, Adam Schwetkowitz fue *Kammerer* («gentilhombre de la cámara»), como también lo fueron Peter Mollart y Wratislaw von Pernstein. Por su parte, Georg Prodskosky von Broskaw fue *Bilbekammerer* y Alonso de Bennefred *Lichtkammerer*. El Phenigmeister (administrador Mayor), Peter Hallen, dejó profunda huella en la producción documental de la corte del archiduque. La relación de servidores germanos de Maximiliano continúa con el *Mundschenkenant* Georg Herberstein, quien estuvo asistido por Ludwing Ungnaden y Hans Hoyer von Mansfeldt. Como *Truchseissen* actuaron Hans Von Kreig, Peter Keglowitsch, así como un tal don Diego. *Fürsneider* fueron Wilh von Zelking y Maximilian von Rolheim. Wilheim y Bartholomaus Gienger, parientes del influyente consejero del mismo nombre en la corte de Viena, acompañaron al archiduque como *Kammërerdiener*. El italiano Johan Betta era *Leibsdoktor* (médico), Kaspar y Nikolas Lindegk, *Sekretäre*, Werner von Bülaw y Marx Sinkmoser ejercieron como *Proviantmeister*. Wenzel von Kreig y Cristoph von Sternsee fueron *Hanpleiste der Leibwache*. Como *Hofkaplaïe* de Maximiliano ejercieron Mathias Fortunatus y Claudien Pierrst. Junto a un tercer gentilhombre de la cámara, tuvieron especial renombre entre este servicio Pedro de Mollart, primer sumiller de corps y Peter Haller, su intendente, así como Adam Dietrichstein, casado en Madrid y que sería embajador del emperador ante Felipe II, y otros nobles venidos con Maximiliano sin ocupación específica como Mansfeld, Polhain, Ungnad y Pernstein, quien retornó a la fe católica tras su

---

[224] W. MAURENBRECHER, «Beiträge zur geschichte Maximilians II 1548-62», *Historische Zeitschrift*, 32 (1874) pág. 234.

[225] L. PFANDL, *Felipe II. Bosquejo de una vida y de una época*, Madrid 1942, pág. 185.

[226] Como servicio señero de don Francisco al archiduque cita R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, pág. 34, la representación de su señor en el bautizo del tercer hijo de Enrique II (AGS, E, K, leg. 1489, núm. 26, carta de Renard al rey de Bohemia, 1 de septiembre de 1550).

[227] El archiduque Maximiliano escribió al Emperador y el Príncipe Felipe desde Valladolid, el 26 de julio de 1549, solicitando para Salamanca el puesto de regidor de Burgos vacante por la muerte de Juan de Castro. El aposentador mayor era natural de esta ciudad (AGS, E, leg. 78, núm. 61, pub. por R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, págs. 409-410).

[228] Enviados en visitas al Emperador, el primero con motivo de la llegada del Príncipe a Bruselas, y el segundo para llevar a Carlos V noticia del alumbramiento de la infanta Ana (AGS, E, leg. 78, núm. 62-64, pub. en R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, pág. 393; cfr. además *op. cit.*, pág. 35). Desconocemos si este Pero Sarmiento era el ayudante de la copa de la reina Juana que sucedió al difunto Álvaro de Ayllón desde 24 de septiembre de 1536 (AGS, CSR, leg. 123, núm. 211).

[229] Cuya presencia en la Casa de Maximiliano conocemos por la intercesión que en su favor realizó ante el príncipe Felipe la reina María (AGS, E, leg. 84, núm. 23).

[230] Por ejemplo, desmintiendo los malintencionados rumores sobre incumplimiento por Maximiliano de su deber conyugal (L. PFANDL, *op. cit.*, pág. 183, quien le denomina «Ido. Gómez»).

[231] Misión que continuaría desempeñando una vez en Viena (R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, pág. 37).

[232] R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, pág. 19.

[233] Nos basamos en J. LOSERTH, *Die registratur erzherzog Maximilians aus den jahren 1547-51*, Viena 1896, *passim*; R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María...*, págs. 34-35.

matrimonio con noble española del linaje de los Manrique de Lara. Sin duda, tan numeroso servicio se orientó a mitigar la influencia hispana en el servicio del archiduque.

Por su parte, desde que tomaron consistencia los planes para casar a doña María pudo advertirse una atmósfera de disgregación en la Casa de las infantas, visible en la renuncia de ciertos oficiales a sus puestos, en la busca de acomodo de diferentes servidores fuera de ella, o bien en la cumplimentación de mercedes para otros por sus muchos años de servicio. Son varios los ejemplos que pueden aducirse de esta tendencia, protagonizada principalmente por oficiales de ascendencia portuguesa. Por carta del emperador en Nordlingen, el 20 de marzo de 1547, conocemos que Diego López de Medrano estaba dispuesto a abandonar sus funciones de teniente de mayordomo mayor por desavenencias con el marqués de Távara. Asimismo, Carlos daba instrucciones al secretario Cobos para que el caballerizo Juan Díaz cobrase en su casa los 45.000 mrs de su salario[234]. La colocación de las damas tenía fácil salida por vía matrimonial. El caso de Ana de Zúñiga, hija del conde de Miranda, ejemplificó la consecución de una boda conveniente buscada para otras de sus compañeras. Con anterioridad ya se había tratado de su enlace con el hijo del marqués de Montemayor, si bien el convenio no se materializó. Por primavera de 1547 recobró actualidad su casamiento, en esta ocasión con el primogénito del marqués de Montesclaros, para lo que se solicitó que se le cediera la encomienda gozada por su padre[235]. Finalmente, entre los servidores a los que se propuso repartir mercedes se encontró el doctor Abarca, en la forma de pensión por la Iglesia para su hijo Diego de Abarca Maldonado[236].

Inmersa en este proceso, la Casa de las infantas tenía la siguiente composición en el momento del matrimonio de doña María, según la última nómina que conocemos, correspondiente al pago del segundo tercio de 1548[237]. La capilla estaba formada por 9 capellanes[238], 7 mozos[239], y 3 reposteros[240]. La cámara estaba integrada por 3 dueñas de acompañamiento (Guiomar de Melo, camarera mayor, la condesa de Faro, y Leonor de Mascareñas, aya de don Carlos), 10 damas[241], 7 mujeres[242], 4 mozas de cámara y 3 mozas de retrete[243] además de otras 15 mujeres del servicio doméstico. Finalmente, la Casa propiamente dicha estaba constituida por los Oficios, encabezados por Bernardino Pimentel, marqués de Távara, gobernador y mayordomo mayor[244],

---

[234] AGS, E, leg. 75, núm. 2-6, en CDCV, II, págs. 521-522 y 524. El príncipe consideró ésta poca recompensa para tantos años de servicio a su madre y a sus hermanas, convertida además finalmente en juros de por vida, por lo que demoró su cumplimentación hasta saber la opinión del emperador ante su propuesta de añadirle otros 40.000 mrs. en juros de por vida en razón de su oficio de contino. Pero Carlos no cedió y condicionó la concesión de la merced pedida por su hijo a la retirada efectiva de Díaz (AGS, E, leg. 300, s.n., en CDCV, II, pág. 540; AGS, E, leg. 644, núm. 16, Carlos a su hijo, Augsburgo, 22 de octubre de 1547, en CDCV, II, pág. 554).

[235] AGS, E, leg. 300, s.n., en CDCV, II, pág. 539. Se repitió la súplica el 7 de diciembre de 1547, en Monzón (*ibidem*, doc. CCCLXXVII).

[236] AGS, E, leg. 75, núm. 305-306, pub. en CDCV, pág. 529. Con todo, estaba adscrito al servicio de de la reina Juana, acompañando posteriormente a la princesa doña Juana a Portugal, atendiendo en suúltima enfermedad al príncipe Juan (J.Mª. QUEIROZ VELHOSO, *Don Sebastián (1554-1578)*, Madrid 1943; A. DANVILA BURGUEÑO, *Don Cristóbal de Moura. Primer marqués de Castel-Rodrigo (1538-1613)*, Madrid 1900, pág. 44.

[237] AGS, CSR, leg. 96, núms. 182-189. Las partes en que se divide, permiten apreciar la riqueza estructural que la Casa ganó con la asimilación de gran parte de la Casa de María Manuela.

[238] Pedro Álvarez de Acosta, obispo de Osma; Juan López de la Cuadra, maestro de las infantas; fray Hernando Cano, confesor; Alfonso Fernández, capellán y tesorero de la Capilla; Melchor de Robles, Francisco de Morales, Cristóbal de Espinosa, Álvaro Alfonso, Francisco de Soto, músico de cámara y capilla.

[239] Diego de Salinas, Hernando de Suero, Jerónimo de Escobar, Antonio Pepín, Francisco de Santoyo, Juan Muñoz, Mateo Fletes.

[240] Diego de Aguilera, Simón de Torres, Juan Gutiérrez.

[241] Ana de Guzmán, Isabel de Osorio, Catalina de Robles, Leonor Manuel, Antonia de Abranches, Guiomar de Avellaneda, Mencía de Figueroa, Leonor Sarmiento, María de Mendoza, María de Aragón.

[242] Isabel Díez, María Leite, dama de la infanta doña María, Leonor de Zúñiga, guardadamas, María de Montoro, dueña de retrete, Estocha Serrana, «que sirbe el açafate de la dicha ynfanta doña María», María de Zaballos, dueña de retrete, María Fialla, dueña de retrete

[243] Respectivamente, María de Meneses, María Cutina, Margarita de Silva, Isabel de Villalobos, y Catalina de Miranda, María de Abreu, María de Arana.

[244] A quien seguían Diego López de Medrano, teniente de mayordomo mayor, Juan Cano, oficial de los libros de la mayordomía mayor, Cristóbal de Robles, repostero mayor de plata, Juan Ruiz, copero, Lope de Vaillo, guardarrepostero, Juan Díez, caballerizo, Diego de Arriaga, despensero mayor, Bartolomé Conejo, escribano de cámara, Andrés Martínez de Ondarza, veedor del servicio de los oficiales, Pedro de Alderete, veedor de la despensa y cocina, Juan de Salcedo, presentador de tablas, Pero Calado, gallinero interino por Catalina de Vallejo, Ana de Vallejo, panadera interina por Catalina de Vallejo, Francisco de Fretes, barbero, Juan Flores, guardadamas, maese Miguel, cirujano, Toro, médico, Machín de Bidea, alguacil de corte, Francisco de Gaona, contador de la despensa y raciones de la Casa, Bartolomé Sánchez, guarda y maestresala de las damas.

aposentadores[245], reposteros de camas[246], mozos y hombres de cámara[247], porteros de cámara y porteros de damas[248], reposteros de estrados[249], mozos de espuelas[250], escuderos de pie[251], ayudantes de andas [252], personal de la cocina[253], y oficiales de manos[254]. A esta composición (poco más de 150 personas) se añadían dos cabos de escuadra y treinta y ocho alabarderos.

Tan larga relación constituyó el punto de partida del reparto de servidores entre ambas hermanas, proceso en el que tuvo gran responsabilidad el duque de Alba. En la Instrucción que le entregó el emperador se encargaba asimismo el cumplimiento de diferentes puntos relacionados con la recomposición de la Casa de las infantas, obligada por el flamante rango de doña María y por su prevista partida hacia Austria. La formación de Casa para la princesa fue prioritaria. Sus servidores habían de ser «útiles y suficientes y a propósito que hayan de perseverar acá (en Alemania)», y con salarios apropiados para los elevados precios de Centroeuropa. Ante la circunstancia de que María completaría su servicio a su llegada con nativos, el número de criados traído de Castilla debía ser reducido, nunca superior a ocho o diez damas. El emperador era partidario de que fuera acompañada por la condesa de Faro, pero dejando en Castilla a la prole que tanto desorden provocara en la Casa de las infantas[255].

Ante la inminente disolución de la Casa, sus propios miembros se adelantaron a mostrar su preferencia por una u otra hermana, cuando todavía se desconocía la elección de María como regente y se pensaba que era ella quien iba a desplazarse al encuentro de Maximiliano. Un memorial elaborado en torno a ese momento resumió el deseo de los distintos miembros del disuelto servicio las infantas[256]. Por lo general, la perspectiva de abandonar Castilla si pasaban a servir a doña María –de manera inmediata y a un reino lejano–, llevó a muchos criados de la Casa común a preferir el servicio de doña Juana, cuya partida a Portugal aparecía más lejana. Pero estos movimientos iniciales para la fijación de las casas se frustraron con la determinación de que fuera Maximiliano quien se desplazase a Castilla para consumar el matrimonio. Ello influyó decisivamente en la demora en la formación de ambas casas.

Así mismo, la determinación de la plantilla de las respectivas casas estuvo sujeta, a la prioridad del príncipe en reformar la suya, lo que parecía estar perfilado hacia agosto de 1548[257]. El mes siguiente, Felipe acordó con el duque de Alba una relación acerca de las casas de las infantas guiada por un criterio de moderación, en cuya elaboración apareció algún desacuerdo entre ambos[258]. Concluida la relación y una vez en manos del emperador, se produjo el segundo inconveniente para una pronta institución del servicio: el empeño de Carlos V en consultarla con su hijo en persona[259].

La única certeza era la determinación imperial sobre que, como había pasado en los años anteriores con las casas del príncipe y las propias infantas, los regentes y doña Juana parasen en sitios distintos. Así, al poco

---

[245] Gonzalo de Rueda, Gaspar Vaez, Gaspar de Escobar, Felipe de Atienza, Juan Manuel, Hernando de la Puente, Pedro Muñoz.

[246] Juan de Losada, Pero Bernal, Pero Calado, Francisco de Espinosa, Alejo Palomino, Pedro de Ubierna, Hernán Álvarez Osorio, Alonso Manuel, Alonso Jiménez.

[247] Respectivamente, Sebastián de Aguiar, Felipe Flórez, Pedro de Huete, y Cristóbal Matoso, Pedro Rodríguez, Benito González.

[248] Respectivamente, Juan González, Juan Muñoz, Antonio Falero, Francisco de Alvarado, Diego de Vargas, Rodrigo de Carmona, y Pedro Vázquez, García de Valdivieso.

[249] Pedro Fernández, Francisco de León, Sebastián de Faría, Gaspar Fernández, difunto, Sancho Sánchez de Cantalejo, Juan Bautista, Bartolomé de Orduña, Manuel Donis, Antonio Machado, también brasero del infante don Carlos, García Marañón.

[250] Alonso López, Pedro Fernández de Dornes, Jerónimo Fernández, Andrés de Moya, Álvaro Díez, Hernando Abarca, Juan Palla, Lope Mejía, Jerónimo Pereira, Alonso de Montalvo.

[251] Antonio Pérez, Martín de Valderrama, difunto, Francisco de Curiel, Alonso de Fuensalida, Diego González.

[252] Garci Rodríguez Mellado, y Navarrete.

[253] Gonzalo Díaz, maese Antonio, Simón Fernández, Héctor Méndez, cocinero del infante, difunto, Antonio Barahona, portero de cocina, Diego de Hoyos, Juan Fernández, cocinero y enfermero, Catalina Rodríguez, pastelera.

[254] Jorge Díaz, sastre, Rodrigo de Vergara, boticario, Santiago, sangrador, Lope Fernández, tañedor de la morisca, Sebastián Sánchez, tañedor del tamborino, Alonso de Olmedo, zapatero, Martín de Artieda, herrador.

[255] AGS, PR, leg. 26, núm. 97, en CDCV, II, págs. 566-567, y para lo que sigue.

[256] Conservado en AGS, E, leg. 14, núm. 4, sin fecha concreta.

[257] El día 5, el príncipe escribía a su padre: «En lo de las casas de las señoras infantes, no se ha podido entender hasta acabar lo de la mía, y hasta acabar de despachar este correo, como lo escribirá el Duque; luego se entenderá en ello, conforme a la voluntad de V. M.» (AGS, E, leg. 76, núm. 51-56, pub. en CDCV, II, pág. 652).

[258] AGS, E, leg. 76, núm. 57-58, carta de Felipe a su padre, 25 de septiembre de 1548.

[259] R. Rodríguez Raso, *Maximiliano y María...*, pág. 37.

esta última pasó con sus servidores a Aranda de Duero, aunque oficialmente no se había constituido su Casa. Mientras, el emperador continuaba aguardando el encuentro con su hijo para fijar el servicio respectivo de cada una de sus hijas, y ello provocó la impaciencia de los regentes, quienes urgieron una determinación al respecto[260]. Los inconvenientes que esta situación causaba a María y Juana, denunciados en mayo de 1549 por el marqués de Távara[261], propiciaron que al mes siguiente Carlos V se decidiera por asentar materia que tanto desconcierto venía provocando en la corte, y enviara aprobadas las relaciones de criados propuestas por el duque de Alba de acuerdo con Juan Vázquez de Molina[262].

Podemos deducir el servicio asignado a la reina de Bohemia a través de testimonios indirectos, ya que no hemos hallado nóminas como las habituales en otras casas reales. Durante su regencia, María de Austria se sirvió como mayordomo mayor de Bernardino Pimentel, marqués de Távara, de Bartolomé Murga como administrador, y de Francisco Osorio como capellán y limosnero, destacando entre sus damas la condesa de Faro, quien con Távara apadrinó en Cigales al primer hijo de los regentes, la infante Ana, futura reina de España[263]. Junto a la condesa, permanecieron junto a la ya reina de Bohemia Leonor Manuel, Leonor de Zúñiga –esposa del Fortún García de Ercilla– como guardadamas, María de Lara, María de Mendoza, María de Saz, Isabel Sarmiento...[264]. A ellos se sumaba el maestresala Diego de la Cueva, marido de María de Cárdenas, quien falleció durante la segunda estancia de doña María en Cigales, en el invierno de 1550-1551[265]. Fueron los servidores más célebres de una Casa cuya composición completa sólo se conoce gracias a las relaciones elaboradas cuando la reina abandonó Castilla en 1551, y a las que luego nos referiremos.

---

[260] AGS, E, leg. 77, núm. 11, y leg. 78, núm. 44-50, pub. por R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María de Austria*, págs. 369-378).«En lo de las Casas de mí, la Príncesa, y de la Ynfanta, mi hermana y infante nuestro sobrino, se hizo entre tanto que V. Mt. se resvelue en lo que se le ha consultado, lo que Juan Vázquez le escriuió, y porque en todas partes ay mucha falta de seruicio, como verá por otra nuestra carta, suplicamos a V. Mt. que, llegado el príncipe, lo más breuemente que ser pueda, nos mande auisar de lo que será seruido que en ello se haga».

[261] Desde Valladolid, el 8 de mayo de 1549, el marqués de Távara confesó al príncipe que «Lo desta casa está necesytado y no tan buen concyerto por no ser benydo el despacho de las cosas della y s. a. rrecybe desto alguna pena. No oso rreferyrlo más bezes a Su Mta. Por no dar fastydyo. Suplyco a V.A, las tome entre manos y quytará de trabajo a Su Mta. Y acá se rrecybyrá merced con el brebe despacho...» (AGS, E, leg. 77, núm. 131, Távara al príncipe, 8 de mayo de 1549).

[262] AGS, E, leg. 77, núm. 11, carta del emperador a Juan Vázquez de Molina de 30 de junio de 1549: «Quanto a las casas de la Serenísima reyna de Bohemia e Infantes mis hijas y nieto, allá vereys lo que se prouee y ordena, que ha sido lo que ha parescido conuenir. Terneys cuydado de acordar que luego se ponga en execución, conforme a los memoriales que se embiaron decretados, y que se hagan los títulos en forma y vengan breuemente para que los decretemos». Távara celebró la decisión real (*Ibídem*, núm. 129, carta al príncipe de 31 de julio). Ajeno al interés general por el asiento definitivo de las casas pareció Luis Sarmiento, quien, con el despacho regio camino ya de Castilla, propuso al emperador no consolidar el servicio de doña Juana con razones económicas (*ibídem*, núm. 117, carta de Luis Sarmiento al emperador de 5 de julio de 1549: «Juan Vázquez me ha escrito muchas vezes cómo espera cada hora los despachos de Su Magd. y v. al. sobre lo que toca a estas casas para ver lo que Su Magt. y v. al. en esto de aquí mandan que se haga». Ante la espera, Sarmiento propuso su solución: «lo que en esto a mi parezer más conuiene al seruiçio de Su Magt. y de V. Al. para el bien de la criança... destos prínçipes y menos gastos y es por el presente no tocar en darles más personas para su seruiçio sino dexallo por aora estar como está. Y no crea V. Al. ques poca la gente questá señalada para estar aquí que entre ellos residen seis aposentadores que para aquí abastauan dos y dizen que se esperan por la memoria que V. Al. lleuó que han de uenir en estas prouisiones que de Su Magt. y V. Al. esperamos otras tres o quatro que sólo para el salario destos aposentadores son menester cada año trezientas mill mrs. y assi todo lo otro está aquí excesiuo. Y por esto hasta que tenga hedad el ynfante para dalle casa como se le ha de dar yo pienso que para lo que conuiene al seruiçio de Su Magd y de V. Al. es lo mejor que por el presente estén como aora están que no se auentaja en esto pocos dineros. Y quando la ynfante plaziendo a nro. señor vaya a efectuar su casamiento a Portugal entonçes pareçe que uiene justamente la hedad del ynfante para ponelle casa y con muchos que han seruido y siruen a quien Su Magt. y V. Al. tienen obligaçion de sustenerlos en su seruiçio aurá lugar de los poner en el seruiçio del ynfante que será harto a propósito para el descargo de Su Magd. y de V. Al. Todo lo que Su Magt. y V. Al. mandaren en esto y en todo será lo más açertado»).

[263] AGS, E, leg. 78, núm. 12-15, pub. por R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María de Austria. Gobernadores de España...*, págs. 428-434).

[264] Menciona estos personajes R. RODRÍGUEZ RASO, *op. cit.*, págs. 39-40.

[265] Razón por la que María de Cárdenas solicitó a Carlos V para su hijo la encomienda de Castilnovo, AGS, E, leg. 84, núm. 149-150, pub. por R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María de Austria...*, págs. 518-524: «Estando para partir este correo, fallesçió D. Diego de la Cueva, mi maestresala, el qual sirvió a V. Mt. lo que sabe, y doña María de Cárdenas, su muger, a la emperatriz, mi señora, que aya gloria; y segund me dizen ella queda con mucha necesidad y gastado su dote y lo mesmo los hijos que dexa, y con deudas; y demás desto el duque, su hermano ha también servido. Embían a suplicar a V. Mt. sea servido por todos estos respetos hacer merced al hijo que dexe don Diego de la encomienda de Castilnovo». Don Diego comenzó sirviendo al emperador como gentilhombre, dándosele en 1520 una orden para que residiera en su casa mientras Carlos se hallara fuera de la península (AGS, E, leg. 16, núms. 436-445).

Con todo, hasta que se fijó su servicio y aún después, la reina de Bohemia tuvo que recurrir a oficiales de otras casas reales para ver cumplidas sus necesidades, en especial de servicio musical. Adscrito a la casa de doña Juana, Manuel Denis permaneció tiempo retratando a Maximiliano y María[266]. Por su parte, Cristóbal de Santiago, contrabajo de la capilla del príncipe, sirvió de forma interina en la de doña María[267]. Esta característica alcanzó tal normalidad que se elaboró una «Ynformaçión de otros ciertos ofiçiales y criados de la señora ynfante doña Juana que residen en esta corte (Valladolid) en seruycio de la prinçesa doña Marya»[268].

Las modificaciones en la plantilla de la Casa de doña María se intensificaron según se acercaba el momento de su partida. En octubre de 1550, Maximiliano partió de España para reunirse con su familia y participar en las discusiones donde se pretendía dilucidar el futuro del Imperio, pero dejó a su mayordomo mayor Pedro Lasso en Castilla, quien –hecho que denotó el distanciamiento entre ambas ramas de la familia Habsburgo– ya no volvería al lado de Maximiliano[269]. Comprendiendo que pronto habría de encontrarse con su marido y abandonar España, desde comienzos de 1551 doña María comenzó a obrar en favor de su servidumbre[270], aunque hubo de conformarse dadas las dificultades para conceder mercedes[271]. Cuando se produjo su partida en 1551, cesó la retribución de sus oficiales, pero dos años después el príncipe decidió satisfacer las cantidades que se les adeudaban –llevado principalmente por el hecho de que la mayoría habían servido a su madre la emperatriz–, y este hecho, unido a que el año siguiente aún coleaba el pago, permite hoy completar la controvertida lista de servidores que la futura emperatriz tuvo en Castilla[272]. Por otra parte, conocemos las personas nuevamente recibidas cuando se constituyó, al fin, su Casa[273]. Y, finalmente, tras

[266] AGS, CSR, leg. 64, núm. 777.

[267] AGS, E, leg. 77, núm. 2-4, cit. en R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano y María de Austria...*, pág. 403.

[268] Contenida en AGS, CSR, leg. 64, fols. 775-776. En ella fueron incluidos el capellán y tesorero Alonso Fernández, los cantores Miguel Francés de Cariñena, Alonso de Rentería, Jorge de Montemayor; Francisco de Soto, músico y tañedor de tecla; Francisco Martínez, músico; Melchor Cancel, músico; Alonso Moreno, cantor, Francisco de Buenalma, mozo de estante; Juan Baza, mozo de estante; Juan Benítez, mozo de capilla. De acuerdo con lo afirmado, el 18 de mayo de 1549 los reyes de Bohemia expidieron cédula para que Francisco de Espinosa, repostero de camas de la infanta doña Juana se le pagasen sus emolumentos mientras servía en el mismo puesto a la reina doña María, «hasta que otra cosa se probea».

[269] AGS, E, leg. 84, núm. 270, el emperador a Pedro Lasso, Augusta, 16 de mayo de 1551, cit. por R. RODRÍGUEZ RASO, *op. cit.*, pág. 33. Todavía en 1556, cuando el matrimonio se desplazó a Flandes para despedir al emperador, don Pedro Lasso acompañó a María con tal título (M. ROCH, *Quellen zu geschichte des Kaisers Maximilians II*, Leipzig, 1857, I, pág. 3; L. PFANDL, *Felipe II...*, pág. 222).

[270] AGS, E, leg. 84, núm. 22, carta de la reina de Bohemia al príncipe de 27 de enero de 1551, intercesión en favor de Margarita de Silva, moza de cámara que había llegado a Castilla con la princesa María Manuela y luego había pasado a servicio de doña María.

[271] AGS, E, leg. 84, núm. 154, carta de doña María al emperador, 27 de abril de 1551, pub. por R. RODRÍGUEZ RASO, *Maximiliano de Austria, gobernador de Carlos V en España. Cartas al emperador*, Madrid, 1963, págs. 271-272: «Quanto a lo de mi Casa, visto lo que V.Mt. me escribe y el memorial quel rey de romanos mi señor me embió, hordene conforme a él que se hiziesse otro y se pusiese en él lo que montarían los gajes de los ofiçiales y mugeres, platos y cavalleriza y otros gastos, que viene a sumar todo más de 11 cuentos. Y visto que yo no tengo más de mi docte que son 30.900 ducados como V.Mt. sabe, me pareció de no pasar adelante sin avisar a V.Md. dello, y así le embío el dicho memorial. Porque si la resta no la provee V. Md. dello, y así le embío el dicho memorial. Porque si la resta no la provee V.Mt. no sé yo cómo ésto se podrá executar. Demás, se deve mirar que no queda a mí para gastos de mi cámara, ni otros que se ofrescen extraordinarios. Y así, suplico a V. Mt. lo vea todo, y mande lo que se ha de hacer, que en lo que toca a las mugeres se ha moderado todo lo posible, como V.Mt. verá, y en lo demás va puesto lo que ha parecido que no se puede excusar».

[272] Francisco de Medrano fue mayordomo, y dio fe en Aranjuez el 18 de mayo de 1554 de los servidores que debían percibir las cantidades aludidas. El documento que legalizaba esta indemnización se conserva en AGS, CSR, leg. 65, núm. 137-140r, al que precedía, núm. 136, la «Relaçión de las personas criados de la serenisima reyna de Bohemia que por escusados se quedaron en estos rreynos de Castilla y no fueron en seruicio de Su Alteza a Alemaña»: Alejo Palomino, repostero de camas; Bartolomé Sánchez, guardadamas; Francisco de Alvarado, repostero de camas; Pedro Bernal, despensero mayor de mesa; Bartolomé Conejo, guardajoyas; Antonio de Vallejo, copero; Juan del Castillo, aposentador; Santiago, sangrador; Diego Núñez, comprador de la despensa; Jerónimo Pereira, lacayo; Gaspar Carrasco, portero de cocina; Juan Fernández, cocinero de las damas; Nufrica de Almeida; Laude de Vitoria, aposentador; Donis Esteban, aposentador; Pero Vázquez, trinchante de damas; y Sancho de Cantalejo, portero de cámara.

[273] AGS, E, leg. 90, núm. 43: «Todas las personas que de aquí adelante se siguen se reçibieron quando su alteza mandó hazer el asiento de su Casa»: El bachiller Francisco Martínez, capellán; mosén Antonio, cantor; Doroteo de Guevara, cantor; Hernán Pérez, cantor; Julián Moreno, cantor; Francisco de Prado, cantor; Diego de Salinas, mozo de capilla; Ginés López, cantor; Villarreal, cantor; Antonio de la Calle, cantor; Villacastín, cantor; Martín González, mozo de capilla; Baltasar Muñoz, mozo de capilla; Bernaldo Monje, mozo de capilla; Juan Delgado, portero de capilla; Alonso Sánchez, oficial de los libros de la mayordomía mayor; Ruiz de Gaona, veedor del servicio; Juan Roldán, aposentador; Laude de Vitoria, aposentador; Gonzalo Barahona, aposentador; Juan del Castillo, aposentador; Juan de Santacruz, hombre de cámara; Alonso de Salmerón, portero de cámara; Antonio Fernández, portero de cámara; Pero Martínez Lobo, repostero de estrado; Francisco de Rabanal, lacayo; Rodrigo Alonso, lacayo; Juan de Teves, escudero de pie; Juan del Olmo, escudero de pie; Pedro de Resines, ayudante de litera; Juan Merino, ayudante de litera; Antonio de Vieira, escu-

la partida de doña María, junto a los servidores que llevó consigo aún quedaban personajes que la habían servido sin recibir merced, entre los que constaban muchos de los personajes anteriormente citados. El cotejo de estos documentos permite completar el servicio que había tenido la reina de Bohemia en Castilla, y conocer también las alteraciones que sufrió la Casa de doña Juana con la partida de su hermana[274]. Igualmente se elaboró otra lista de descartados de última hora e incluso desplazados a Alemania y vueltos[275].

Pese a su precariedad financiera, no cabe dudar del deseo de la reina de favorecer a quienes le habían servido. Encargó a Luis Venegas solicitarlo al príncipe y al emperador. La partida era coyuntura compleja para colocar el servicio del que se había venido valiendo, y por eso doña María intercedió por sus criados desde bien pronto. En un principio, abogó por los lacayos Jerónimo de Perea (quien antes había sido criado de la emperatriz), Rodrigo Alonso y Francisco de Rabanal. Por su parte, don Fadrique de Portugal escribió a Juan Vázquez en recomendación de Alonso de Saavedra y Pedro de Resines, quienes habían sido recibidos como ayudantes de litera de doña María cuando se casó y fueron hechos lacayos a la partida de Valladolid, y por estar casados habían vuelto desde Barcelona con licencia de la reina. Asimismo, Esteban Sedeño y Luis de Santisteban fueron recibidos de nuevo con otros lacayos también en el momento de partida de su alteza, si bien ninguno de los dos acompañaron a doña María.

En atención al deseo de la reina, se consideraron las posibilidades de recolocación de los servidores. Una relación de los mismos fue escoliada con el posible destino de diferentes personajes. Entre los criados que sirvieran a la difunta emperatriz, se consideró apropiado a Álvaro Alfonso para tesorero de la capilla de doña Juana. Asimismo, Simón de Torres, repostero de estrados, y Diego de Brizuela, repostero de capilla, fueron bien vistos para ostentar los mismos oficios en la casa de la infanta. Bartolomé Sánchez, maestresala de damas, se consideró adecuado para quedar como guarda de damas con otro oficial que ya ejercía ese oficio. Sancho de Cantalejo, portero de cámara, se abogó porque sirviera en el mismo cargo a la infanta, caso de Pero Vázquez, trinchante de damas, el lacayo Jerónimo Pereira, el cocinero Maestre Antonio, el cocinero de las damas Juan Fernández o el portero de cocina Carrasco. Sin embargo, otros servidores no se consideraron idóneos para entrar en servicio de doña Juana, por mucho que hubieran servido a su difunta madre: es el caso del copero Antonio de Vallejo, el despensero mayor Pero Bernal, el escribano de Cámara Gonzalo de Ríos, el comprador Diego Núñez o el sangrador Santiago, para los que se propusieron mercedes de distinta entidad en su casa. Por su parte, se prefirió retener en Castilla al guardajoyas de María Bartolomé Conejo, «para dar cuenta de lo que ha tenido a cargo», si bien se le consideraba merecedor de alguna merced de por vida[276]. Respecto a los servidores que doña María había recibido nuevamente, se consideraron apropiados para servir a la infanta doña Juana a los lacayos Francisco de Rabanal y Rodrigo Alonso, al ayudante de litera Pedro de Resines (pues la infanta sólo contaba con uno), y al escudero de pie Juan de Silva[277].

El servicio llevado por María a Austria tuvo importancia por secundar su religiosidad católica, íntima pero conforme a la ortodoxia, en un ambiente hostil en el que descollaba el propio Maximiliano. La camarera mayor María de Lara fue interlocutora de la Compañía de Jesús, que deseaba construir un colegio en

---

dero de pie; Domingos Díaz, repostero de estrados; Dionís Esteuan, aposentador; maese Martín, herrador; López, repostero de estrado; Alonso de Oliuera, «que tvuo a cargo las literas»; Juan de Silva, escudero de pie. El coste de la remuneración de este personal que había servido a doña María ascendió a 1.278.910 mrs.

[274] AGS, E, leg. 90, núm. 42, «Las personas que por ser enfermos y viejos no pudieron yr en seruicio de la serenísima reyna de Bohemia, ansí de los que su alteza reçibió quando hizo el asiento de su casa como de los que fueron criados de la emperatriz que aya gloria»: Alvar Alfonso, capellán; Simón de Torres, repostero de estrados; Diego de Brizuela, repostero de capilla; Gonzalo de Ríos, escribano de cámara; Maestre Antonio, cocinero. Para una presentación sistemática de la Casa de Doña María, remitimos a la lista de sus servidores en esta misma obra.

[275] AGS, E, leg. 96, s.n.: «Los criados de la serenísima reyna de Bohemia que aunque quedaron acá no se pusieron en la consulta de los otros que se embió a Su Magd.». Estaba formada por el repostero de camas Alejo Palomino, el encargado de los libros de la despensa y aposentador Laude de Vitoria, el ayudante de litera Juan Merino, el escudero de pie Juan de Torres, el lacayo Pedro de Castillo, María Magdalena, el mozo de capilla Diego de Salinas, el mozo de capilla Alonso de Jereza, el repostero de mesa Nicolás de Rada, una hija del músico Francisco de Soto y su marido el aposentador Juan Roldán y el escudero de pie Antonio Viera.

[276] AGS, E, leg. 90, núm. 42-43.

[277] *Ibídem*, Al tiempo se ensalzaba el servicio prestado a María por el aposentador Dionis Esteban y la mujer del aposentador Juan del Castillo, a quien se le había dado este oficio en dote.

Viena[278]. El confesor Hernando Cano prestó a María auxilio espiritual y su muerte fue motivo de inquietud para ella, por lo que solicitó durante el verano de 1553 el envío de un sustituto[279]. Enterado de la muerte de su padre y consciente del riesgo que suponía para su alma la estancia de María en Viena, fray Melchor Cano solicitó al príncipe la urgente designación de un confesor para la reina, pues «todos los que seguían iban vendidos» a la herejía luterana[280]. El príncipe Felipe encargó a Melchor Cano y al doctor Juan Gallo su parecer sobre la persona a propósito para sustituir a fray Hernando Cano. Estos enviaron al príncipe una lista de nombres de la orden de san Francisco, santo Domingo, san Benito y san Agustín, y se mostraron partidarios de enviar a su hermana cuatro predicadores entre los que ella eligiera[281]. En carta de 26 de octubre de 1553, Melchor Cano propuso elegir al príncipe entre el maestro Cristóbal de Córdoba, prior en Ávila; el maestro fray Diego de Chaves, su compañero en el concilio, y futuro confesor de Felipe II; fray Domingo Calvete, prior en Plasencia; y finalmente fray Martín de Ayllón, prior en Medina del Campo. A los que al final añadió a fray Francisco de Alarcón, guardián del convento franciscano de Escalona[282]. Tras considerarse tantos nombres, finalmente fue escogido como confesor de la reina de Bohemia Pedro Maldonado, que llegaría a ser obispo de Mondoñedo[283]. Pocos meses después se buscó en la corte hispana sustituta para la camarera mayor, doña María de Lara, quien había solicitado licencia para regresar a Castilla[284].

Las fuentes señalan que don Felipe pretendía dar a este personal una utilidad superior al auxilio espiritual de la reina, de contención de la marea protestante, razón por la que se constituyó en punto de oposición con Maximiliano. Este encaminó su esfuerzo a germanizar el entorno de la reina, tanto como el príncipe se esforzó en hispanizarlo[285]. Finalmente, se llegó aun acuerdo sobre esta materia, para alivio del emperador, y María pudo continuar valiéndose en Viena de los servicios de, entre otros, el mayordomo mayor Pedro Laso, las damas María Magdalena de Zúñiga y María de Castilla, y su madre, la guardadamas Leonor de Zúñiga[286].

14.2.3. *Las Casas de doña Juana y don Carlos*

Como tratamos, la situación abierta con la regencia de Maximiliano y María dio lugar a un lento y complejo proceso de división de sus antiguos servidores entre las infantas. La conformación de la Casa de doña Juana, en la que se incluiría el infante don Carlos, estuvo claramente postergada a las necesidades no sólo de su hermana, sino del propio príncipe Felipe, con la definición de su plantilla de servidores aún por fijar. En las Instrucciones citadas podía leerse: «Los otros criados del príncipe que no hobieren de venir con él, por ser viejos, enfermos y casados y no tener comodidad, es justo que sean recompensados en sus casas o se les

---

[278] J. A. POLANCO, *Vita Ignatii Loyola*, II, Madrid, 1984, pág. 254: «La Reina para quien era bien conocida la Compañía en España y nominalmente el P. Araoz, ofreció humanísimamente todo su oficio y favor en estas cosas que pertenecían a la Compañía».

[279] M. DE CASTRO, «Los confesores franciscanos de la emperatriz doña María de Austria», *Archivo Iberoamericano*, 177-178 (1986), pág. 120.

[280] F. CABALLERO, *Conquenses ilustres. Alfonso y Juan de Valdés*, Madrid, 1875, II, pág. 48, apéndice 18.

[281] AGS, E, leg. 99, núms. 1-3.

[282] *Ibídem*, núm. 6.

[283] Salmantino, profesor de Teología, guardián del convento de San Francisco de Santiago y más adelante de San Francisco de Salamanca, R. CEÑAL, *op. cit.*, pág. 419. Felipe comunicó a Maximiliano el 20 de octubre de 1554 la designación de Maldonado para el auxilio espiritual de su hermana. Asimismo, el 15 de enero el propio emperador escribía a Maximiliano en abono de Maldonado, al tiempo que nos descubre que iba acompañado de un predicador.

[284] CDCV, IV, pág. 653, carta de Carlos V a Felipe de 16 de febrero de 1554.

[285] En el momento de su boda, el 25 de julio de 1554, Felipe ya tomó disposiciones respecto a su hermana: «También despachó a don Pedro Lasso de Castilla, mayordomo mayor de su hermana (y embajador del rey de romanos en la boda), con instrución y acuerdo del Emperador, para que tuviese la Reina siempre meyordomo mayor, camarera mayor, y otras dos dueñas, confesor, predicadores a su voluntad españoles, y los criados que la servían; lo dixese a su tío y hermano porque entendiesen el cuidado que tenían de todo lo que le tocaba; y el de don Pedro Laso en servirla fuese grande, y en comunicarle todas las cosas de su familia primero que a su marido para deliberar sobre ellas, escusando las causas de resentimiento. Favoreciese mucho los criados españoles, con que seguros y bien tratados perseverasen en su servicio, que importaba mucho». L. CABRERA DE CÓRDOBA, *Historia de Felipe II, rey de España*, I, pág. 24.

[286] R. CEÑAL LORENTE, *op. cit.*, pág. 464.

den otros asientos en la de la Ilma. infante doña Juana, mi hija, y así se debe mirar lo que en esto se deberá y podrá hacer para satisfacerlos, y consultarsenos ha».

a) La gestación de la Casa común

El 10 de octubre de 1548, Vázquez de Molina dio noticia al príncipe de la reunión mantenida con el marqués de Távara, Luis Sarmiento, y la camarera mayor, para elaborar memorial de los bienes de la recámara de la difunta emperatriz que pudieran servir para la constitución de la Casa de la infante doña Juana en Aranda de Duero[287]. Tanto Távara como Sarmiento obraban en favor de un pronto traslado a esta villa, pero el ex-embajador en Portugal dejó entrever la oposición política que estaba despertando la definición de ambas plantillas al declarar en carta a don Felipe que se pasaría trabajo hasta saber la «determynación de Su Magd. y de vra. alteza de todas las personas que han de quedar en servyçyo de sus altezas»[288]. Tanto el círculo del emperador como el del príncipe se mostraban interesados por intervenir en el proceso, según se deduce de la actitud de Guiomar de Melo, ante los rumores que iban llegando a Valladolid. La camarera mayor de las infantas consideró un menoscabo realizar funciones de guardadamas, se preocupó de deslindar su terreno respecto a Luis Sarmiento –cuya irrupción fue vista con recelo por las mujeres veteranas de la casa– y fió discretamente del príncipe la continuidad de la orientación política transigente en las nacientes casas[289]. No fueron las únicas actitudes que por entonces testimoniaron la preocupación que se estaba generando, según permite concluir el caso de Leonor de Mascareñas: «Doña Leonor está penada de que se aya dilatado lo de las casas porque piensa que a de auer alguna mudança en las personas que V. Al. mando recebir a su suplicación y por lo del thesorero Teues». Vázquez de Molina consoló a la dueña asegurándole que «pues Vra. Al. se abrá de hallar con su Magd. quando esto se determinare, que V. Al. defendería todo aquéllo»[290]. El traslado de doña Juana y su sobrino don Carlos a Aranda, al fin, se produjo el 16 de enero de 1549 sin estar aún oficialmente asentada la plantilla de servidores[291].

Las determinaciones de emperador no repararon en los sentimientos de sus hijas y Luis Sarmiento, maestresala oficioso de doña Juana, le comunicó la desgarrada despedida de ambas[292]. La elección de Aranda de Duero no fue casual, pues tanto la familia real como importantes servidores del príncipe Felipe estaban intensamente vinculados con la villa. En 1526 había sido incluida en el señorío de la emperatriz, y en 1543, en el de la princesa María Manuela. Pero, además, Aranda pertenecía a la diócesis de Osma, regida por Pedro Álvarez de Acosta, quien había sido capellán mayor de las infantas y se perfilaba para ocupar el mismo puesto en la Casa de doña Juana, y mostraba predilección por la villa[293]. Pese a apoyos tan firmes, ni el alo-

[287] Al que Vázquez de Molina añadió lo que él consideraba menester. Entre todas las necesidades, el secretario consideraba que la más perentoria era la compra de tapicería, por un total de 6.000 dcs.: «harto moderado va todo y así a parecido a la S.ª Infante doña Marya a quien lo mostré» (AGS, E, leg. 76, núm. 204, Vázquez de Molina al príncipe, 10 de octubre de 1548).

[288] AGS, E, leg. 76, núm. 177 y 157, cartas de Távara y Sarmiento al príncipe de 7 de noviembre.

[289] *Ibídem*, núm. 207: «de una cosa me espanto mucho no venir pues mas necesaria que otras y es muyeres guarda de damas no ay sino se toma de fuera porque las otras en casa están. Yo Señor no he de yr a çerrar las ventanas de las damas porque nunca lo hize sino mandarlo. Bien sabe vra. al. que estas guardas an de ser nuevas». Doña Guiomar también mostró preocupación por fijar su relación con Luís Sarmiento: «... le a descargar (sic) vra. al. que se a de entremeter nada en mi oficio». Finalmente, declaraba al príncipe que «besaré las manos de Vra. Al. acordarse de la palabra que me tienne dada de me hazer mrd. de la hija de Álvaro Méndez y proueer por agora la guarda de damas hasta que venga rrecado de Su Magt. De acá no ayo otras nuevas... sino que sus altezas están muy buenas y así el ynfante su hijo y el prinçipe Maximiliano con sus quartanas».

[290] *Ibídem*, núm. 172, Vázquez de Molina al príncipe, 16 de noviembre de 1548.

[291] AGS, E, leg. 76, núm. 158, carta de Luis Sarmiento al príncipe de 20 de diciembre de 1548: « aquy nos damos toda la pryesa que podemos sobre lo de yda de la ynfante y ynfante aranda (sic) mas como el marqués de tauara está vyudo y aunque no lo estuvyere es andar a caça con urón muerto que tenyendo el cargo que él tyene no se puede escusar de que todo pase por su mano aunque Juan Vázquez trabaja en todo lo que puede y tanto quespero que partyrán de aquy sus altezas otro dya de los Reyes...».

[292] En carta de 29 de enero de 1549, le refirió: «el apartamiento de Sus Altezas fue cosa lastimosa de ver» (AGS, E, leg. 78, núm. 188, pub. por R. CEÑAL, *op. cit.*, I, pág. 334).

[293] Así lo muestran las obras del convento dominico de Sancti Spiritus, debido a su patrocinio, comenzadas ya en 1545. Sin haber visto terminada su obra, Pedro Álvarez de Acosta falleció en Burgo de Osma el 20 de febrero de 1563 –a los ochenta años– y de acuerdo con disposición testamentaria su cuerpo fue trasladado al día siguiente a Aranda de Duero para ser sepultado en el monasterio dominico de Sancti Spíritus (P. SANZ ABAD, *Historia de Aranda de Duero*, Aranda, 1975, pág. 167, y 162 y 189-190).

jamiento ni el clima ni la salud de Aranda fueron los esperados y no tardaron en imponer el traslado a otra población[294].

El emperador ordenó consultar la formación de esta Casa con el marqués de Távara, que ejercería en ella el mismo oficio que había desempeñado hasta ese momento. Como novedad, Távara podría tener consigo a su mujer, si bien se le encargaba que respetara de forma permanente a doña Guiomar de Melo, asimismo adscrita al servicio de doña Juana. La coyuntura de transición fue considerada por el emperador como momento idóneo para reducir la Casa a los términos en que el conde de Cifuentes había tenido la de las infantas[295].

Tras el largo período de incertidumbre, al fin el 5 de junio de 1549 era firmada la primera nómina de la Casa de la infanta doña Juana, que permite conocer la composición de su plantilla[296]: la capilla estaba dirigida por Pedro Álvarez de Acosta, obispo de Osma, capellán mayor, con 100.000 mrs, seguido por el bachiller Juan López de la Cuadra, maestro de enseñar a leer, escribir y rezar, con 50.000 mrs, a quienes seguían 3 capellanes, 5 cantores y 2 músicos, 10 mozos de capilla, 2 reposteros; en la Cámara, encabezada por Guiomar de Melo, la camarera mayor (con 260.000 mrs de quitación) y Leonor de Mascareñas, aya de infante don Carlos (con 100.000 mrs), había 3 damas, 5 mujeres dueñas, 2 mozas de cámara, 2 mozas de retrete, y 11 criadas; la Casa propiamente dicha constaba de los 13 Oficios, los 6 aposentadores, 7 reposteros de camas, 4 hombres de cámara, 4 reposteros de estrados, 5 mozos de espuelas, 2 escuderos de pie, 2 ayudantes de andas, 9 oficiales de la cocina, y 6 oficiales de manos; finalmente, había dos cabos de escuadra y 38 alabarderos. Sin contar esta protección armada, cuyas quitaciones absorbían una parte importante del gasto total de la casa (756.000 mrs), así como otros servidores menores en servicio de otros más importantes, el número de miembros ascendió a 108. El pago de este personal, correspondiente a este primer tercio de 1549, montó 979.513 mrs. Desde un punto de vista económico, había escasa diferencia respecto al último tercio librado en la Casa de las infantas, con varios de sus servidores ya ajenos al servicio real, 1.086.705 mrs[297]. Pero sí resultaba apreciable respecto al penúltimo tercio librado en la Casa de María y Juana, en el que se alcanzaron 1.555.007 mrs. y 145 servidores[298].

Gradualmente, los salarios de los servidores de doña Juana y don Carlos se fueron incrementando durante 1549: en el primer tercio alcanzaron 979.513 mrs, en el segundo, 1.115.513, y en el tercero y último, 1.150.869[299]. Esta tendencia originó gran preocupación en el emperador y el príncipe Felipe. En las nóminas siguientes se registraron cambios e incorporaciones. El segundo tercio de 1549 fue librado el 23 de octubre, escasas fechas antes de ser firmados los títulos de los miembros de la Casa, el 15 de noviembre[300]. De la lectura de la plantilla se deduce que el número de servidores no experimentó variación, pero se incorporaron algunos relacionados con el control económico, y otros sirvieron a la reina María con o sin asiento en la casa de doña Juana. Así, aparecieron nuevamente Alonso Fernández, capellán y tesorero de la capilla y Alonso Jiménez, quien por orden de Luis Sarmiento de Mendoza tenía cargo de los libros de la Casa y otras cosas. Por otro lado, respecto a la nómina anterior faltaron el cantor Francisco Martínez, el mozo de capilla Juan

[294] AGS, E, leg. 77, núm. 161, en carta al príncipe de 20 de septiembre de 1549, Hernando Cano expresó: «el otro día escriuí a V. Al. el descontento que la ynfante doña Juana tiene en aquel pueblo donde está. Causa podrá ser bastante el mal aposento que allí ay a lo menos en verano no se puede biuir sin gran trabajo en especial seyendo su alteza tan delicada. No parece justo que se haga a Su Majestad hazer penitencia antes que tenga pecado».

[295] CDCV, II, pág. 566: «Y porque importa mucho para que la Casa de la Infante ande en la orden que conviene, que no haya causa de darnos pesadumbre con cosas de poco momento, que en esta ocasión se reforme y reduzca a los términos en que la solía tener el conde Cifuentes, a los principios habéis de tener la mano con el príncipe en que ordenen que en todo caso se haga así, y sobre todo que no haya más puertas abiertas de las que solía, de manera que todos los otros, se manden por la principal del aposento de la Infante». El emperador refirió la existencia de esta carta con sus determinaciones acerca de la Casa de las infantas a su hijo, en carta de Augusta, a 8 de julio de 1548, AGS, E, leg. 644, núm. 249, pub. en CDCV, II, pág. 638: «En lo que toca a las casas de las Infantes, al duque escreuimos largo sobrello; mandaréis que luego se ponga la mano en la execución con comunicación del marqués de Támara y hallándose presente Juan Vázquez por la noticia».

[296] AGS, CSR, leg. 64, fols. 576-583v.

[297] AGS, CMC, 1.ª época, leg. 558, s.n. Para mayor detalle sobre los servidores de doña Liana en esta época, remitimos a la lista de las mismas, publicadas en esta obra.

[298] AGS, CSR, leg. 63, fols. 182-189r.

[299] *Ibídem*, leg. 64, fols. 582r, 619r, y 655r.

[300] *Ibídem*, fols. 614-619r.

Benítez, el portero de cámara Diego de Vargas y el repostero de estrados Manuel Denís, quienes con toda probabilidad debieron servir por entonces a la reina María. Así mismo, se aprecia la entrada de otros oficiales que persiguieron hacer más confortable la vida cotidiana de doña Juana y su servicio en Aranda: un nuevo mozo de espuelas, Andrés de Moya, y un sangrador, Diego de Ortega, con 15.000 mrs. anuales. Igualmente, el tercio postrero, librado por orden en Valladolid de 13 de febrero de 1550 y que contenía 112 personas, registró el retorno del cantor Francisco Martínez y el repostero de estrados Denís, mientras constaba la estancia en un estudio universitario del mozo de cámara Sebastián de Aguiar. Asimismo, se incorporó como mozo de espuelas con 14.000 mrs. anuales Lope Mexía, muy posiblemente en sucesión del difunto Alonso Pérez, fallecido a finales de noviembre de 1549[301].

La Casa de doña Juana permaneció en Aranda hasta que las afecciones del infante don Carlos y la incomodidad del aposento aconsejaron al emperador ordenar su traslado a Toro en noviembre de 1550, obligando a su hija menor a respetar de forma estricta el aislamiento impuesto respecto a su hermana[302]. Con el traslado a Toro se ganó en salud y apariencia cortesana, convirtiéndose la Casa en polo de influencia al que acudían diferentes personas en busca de mediación[303]. En esta nueva ubicación también se consumaron modificaciones en la composición de la plantilla. La nómina del tercio primero de 1552, librada por cédula firmada en Toro el 17 de junio de ese año, permitió apreciar cambios[304]. El padre fray Juan de Muñatones entró en la capilla como confesor de la princesa. Asimismo, Estíbaliz de Orduña entró como capellán, probablemente en lugar de Melchor de Robles, Bartolomé de Quevedo como maestro de capilla, Antonio de Villadiego, Cristóbal Serrano y Antonio de Prado como cantores y Cipriano de Soto como organista. Como mozo de capilla, la baja de Francisco Suero pareció ser cubierta por Domingos Díaz, mientras Tristán Gómez se incorporaba como repostero de capilla. En esta nómina se reflejó la tarea de Luis Sarmiento de Mendoza como maestresala de la princesa, con 1.000 ducados anuales de pago, la de Gaspar de Teves como caballerizo (quienes no constaban oficialmente en las primeras nóminas) y la de Pedro de Castro como oficial de los libros de la mayordomía mayor, en sucesión de Alonso Jiménez. Como oficiales incorporados tras el establecimiento de la Casa también cabe citar al repostero de la plata Lope de Robles, el guardajoyas Cristóbal Matoso, el maestresala y trinchante de las damas Antonio Falero, el guardadamas Francisco Rodríguez y el brasero Diego de Vargas, mientras Machín de Videa había fallecido. En cuanto al servicio médico, cabe destacar la incorporación del licenciado Almazán, mientras entraban a servir como aposentadores Vitores de Alvarado –viejo servidor de la emperatriz– y Lisuarte de Andrade, designaciones que denotaron el destino portugués que aguardaba a doña Juana. La repostería de camas reflejó en el período la baja de Fernán Álvarez Osorio, la promoción de Antonio Cerezo desde la plaza de hombre de cámara y la incorporación de Gómez de León, cada uno con 22.000 mrs. de remuneración anuales. En la cámara también se apreciaron cambios: como mozo, se incorporó Sebastián de Aguiar, y como hombres de la misma Antonio Vaz y José de Villanueva, incorporaciones estas dos últimas que cubrían parcialmente las bajas causadas por Benito González, Pero Rodríguez y Cristóbal Matoso. Como porteros, Pedro de Miranda, Simón Martínez y Antonio Gómez cubrieron, entre otras, las vacantes causadas por la promoción de Antonio Falero y Diego de Vargas a otros puestos. Las incorporaciones afectaron a otras parcelas de la Casa no menos importantes. Andrés de Valdivieso entró como portero de damas. Francisco de León lo hizo como repostero de estrados, así como Francisco de Espinar, mientras que Andrés de Moya y Lope Mexía comenzaran a servir como mozos de espuelas. Alonso de Fuensalida, Alonso de Entrambasaguas y Gutierre de Guzmán fueron entrando como escuderos de pie. La ayuda de andas sufrió la caída de García Rodríguez Mellado, plaza que permaneció vacante algún tiempo, como la causada por Cristóbal Méndez en la cocina, si bien esta experimentó la incorporación de un nuevo mozo: Alonso de Madrigal. Finalmente, Lucas de Burgos y Alonso Llano pasaron a prestar servicio como oficiales de manos, respectivamente como bordador y herrador.

---

[301] *Ibídem*, fols. 650v, 653v y 654r.

[302] P. SANZ ABAD, *op. cit.*, págs. 192-193. Por el momento se pudo evitar el contacto, pero en las inmediatas navidades los ministros cortesanos tuvieron grandes dificultades para separar a ambas hermanas, tras haberse desplazado María a Toro (AGS, E, leg. 84, núm. 28, carta de Luis Sarmiento al príncipe. Toro, 20 de enero de 1551, cit. por C. DE BLAS, *María de Austria. emperatriz de Austria*, Tesis Doctoral, Madrid, 1950, pág. 52).

[303] De lo que constituye buen ejemplo, AGS, E, leg. 84, núm. 31, Luis Sarmiento al príncipe, Toro, 17 de febrero de 1551.

[304] AGS, CSR, leg. 65, fols. 39-44.

Importancia fundamental, por su influencia en la orientación política de la casa, tuvo el servicio femenino, especialmente afectado por la institución de Casa propia para el infante don Carlos. Ello supuso la desaparición de la nómina de la casa de doña Juana de doña Leonor de Mascareñas –como todo el servicio dedicado al pequeño–, incorporándose como dueña de acompañamiento doña Isabel de Quiñones con 100.000 mrs. anuales de salario. Como dama se registró la entrada de Ana Fajardo, y entre otras mujeres al servicio de la Casa desparecieron María de Leite, Isabel Díaz y Leonor de Zúñiga, entrando a servir como guardadamas Morianes. En la cámara comenzó a servir como moza una tal Mariana, mientras en el retrete se consumó la salida de Catalina de Miranda y la designación de Margarida Pereira y Antonia del Castillo. La entidad de la Casa al comienzo del verano de 1552 alcanzaba los 127 servidores, pero no tardó en verse notablemente incrementada –pese a la formación de Casa propia para don Carlos– al ser el último reducto para colocar a servidores de casas ya disueltas, como la de la emperatriz, las infantas y doña María.

b) El servicio del infante don Carlos

La última Casa formada tras la disolución del núcleo doméstico de las infantas fue la del infante don Carlos. El personal asignado al cuidado del hijo de don Felipe comenzó a adquirir consistencia el 15 de noviembre de 1549, el mismo día que recibieron su título los servidores de doña Juana. Parece que entonces el emperador decidió asentar materia que se demoraba largamente, y firmó «la orden que es my voluntad que tengan las personas que han de seruir al Yllustrisimo ynfante don Carlos my muy caro e muy amado nyeto»[305]. En primer lugar, Carlos V mostró preocupación por la alimentación y vestido del pequeño, y encargó a Francisco de Medrano vigilar qué se le daba de comer y si se observaban las indicaciones de Leonor de Mascareñas al respecto. Se dedicarían al plato del infante 200.000 mrs anuales. El criterio del aya debía ser seguido también en lo relativo al vestido, con conocimiento en uno y otro caso de Luis Sarmiento. Este también debía tener noticia de las cuentas y gastos. Medrano asimismo tenía que estar pendiente de las posibles necesidades de don Carlos para ponerlas en conocimiento tanto de doña Leonor como de Luis Sarmiento.

La Casa del infante ganó en formalidad con una nómina semejante a la del resto de casas reales, correspondiente al «tiempo pasado fasta fin de 1549»[306], firmada el 30 de abril de 1550, con diferencias formales –la abría la Mascareñas en lugar de Medrano– y de personal respecto a la anterior. En ella se incorporaba Juan de la Peña como repostero de estrados, mientras Fernán Álvarez Osorio desaparecía como encargado de la plata y copa al poco de haber accedido al cargo. Asimismo, se fue completando el servicio del joven infante y entró un nuevo cocinero, Juan de la Vega[307]. El pago del tercio segundo de 1550, librado en Valladolid el 6 de octubre, no presentaba novedades[308]. No así el postrero, en el que reaparecía Francisco de Medrano con la cantidad correspondiente de sus 50.000 mrs. anuales por tener cargo de la Casa del infante[309].

Pero pese a su rápida consolidación, la condición de don Carlos como futuro heredero de la corona concitó el interés de los grupos políticos por su Casa. Al emperador le parecía razonable reclutar los oficiales que en un primer momento se ocuparon del infante entre los servidores del príncipe Felipe. Pero la pronta solidificación de su Casa no contó con su conocimiento, y procedió sin duda del círculo faccional de don

[305] AGS, CSR, leg. 64, fols. 830-832r. La Casa se componía por Francisco Osorio, limosnero; Juan Osorio, tenedor de la plata y la copa; Jorge Suárez, repostero de camas; Juan López, repostero de camas; Gaspar Muriel, despensero mayor; Fernando Ortiz de Vivanco, veedor; Juan Ferrer, portero; Pedro Hurtado, Juan de Montoya (hijo de Montoya) y Juan de la Peña, reposteros de estrados y mesa; Antonio Machado, brasero; Cristóbal Méndez, cocinero. Juan Bernal, aposentador. Pajes: Juan de Silva, Diego Maldonado, Alejo de Teves, Antonio y Benito, hijos de Gaspar Osorio (la dependencia mutua entre el servicio de tía y sobrino quedó patente en la siguiente cláusula: «todos los dichos pajes aunque se reçiben para el dicho ynfante han de seruir tanbién a la yllustrísima ynfante doña Juana my hija»). Mujeres: Leonor de Mascareñas, aya, con 250.000 mrs, Isabel Díaz, ama; Isabel, criada del ama y lavandera; Antonia, esclava, y Francisco Persoa, tesorero, con quitación de 300.000 mrs.

[306] AGS, CSR, leg. 64.

[307] *Ibídem*, fol. 881r.

[308] *Ibídem*, fols. 914-915.

[309] *Ibídem*, fol. 953r.

Felipe. Como en otras ocasiones, el desagrado imperial con esta situación tomó forma de queja económica, suavizada con la alusión simultánea a la Casa de la infanta doña Juana[310].

La nómina correspondiente al tercio postrero de 1552, librada por cédula del príncipe en Guadalajara el 11 de enero de 1553, de regreso de Monzón y con doña Juana ya en Portugal, permite conocer que la casa de don Carlos no registró cambio alguno hasta ese momento[311]. Con todo, esta situación no perduró, puesto que, con el abandono de la ciudad de Toro por parte del infante, su casa experimentó una notable consolidación y acogió significativas modificaciones de personal, culminadas por el príncipe Felipe en las fechas previas a su viaje a Inglaterra. Tales alteraciones concitaron la atención de la corte, consciente de la importancia del pequeño para el futuro político de la monarquía, tanto como lo hicieron las crecientes señales de inmadurez y desorden vital mostradas por don Carlos.

Con la partida de su tía Juana, el traslado del infante y su servicio de Toro a Madrid, en enero de 1553, requirió un apreciable dispendio humano y material (como señaló el envío de cuatro aposentadores del emperador para alojar a la comitiva durante el trayecto)[312] y ratificó el protagonismo de los alcaldes en las *jornadas* regias[313]. La llegada de don Carlos al Alcázar madrileño estuvo lejos de pasar inadvertida, pues obligó al desalojo del Consejo de Órdenes de la estancia en la que solía realizar sus sesiones[314].

Los cambios más importantes experimentados entonces por la Casa del infante consistieron por un lado en la asimilación del estilo Sargarian, impuesto ya como se ha visto en la Casa del príncipe Felipe desde 1548; y por otro en las alteraciones de composición de la plantilla. Con la aplicación a partir del 1 de marzo de 1553 de la división interna propia de la Monarquía de Borgoña, la Casa del infante don Carlos ganó en complejidad y especialiación[315]. Con todo, l transformación no fue inmediata y, al menos hasta la ostención por don Carlos de la condición de príncipe, en enero de 1556, se pudo advertir la coexistencia de las nuevas categorías con antiguos oficios.

A su vez, las modificaciones de personal afectaron tanto a las cargas de mayor responsabilidad en la caza, como a los diferentes oficios.

---

[310] AGS, E, leg. 84, núm. 47, carta del emperador a Juan Vázquez de Molina, Augusta, 13 de junio de 1551: «En lo de la Casa de la Infante doña Juana e visto lo que scrivís, e los gastos que se an acrecentado, demás de lo que primero se consignó, e las causas porque monta un cuento e ciento e noventa e nueve mil mrs. Por esta vez librarse a la dicha suma por cedula particular que llegado el príncipe se a de dar orden en su ida a Portugal, e por esto no es menester hazerse por consignación... En lo del infante mi nieto bien fuera que se siguiera la orden que se dio, e que no se le apartara casa como escreuís que se hizo sin mi sabiduría, ni auerse puesto oficiales, porque ésto se avía de hazer a su tiempo. E assí no auemos querido aprobar lo del contador e la relación que embiastes de lo que montan los gastos más que lo que se consignó, auemos visto e remittido para quando sea allá el príncipe, con quien lo e comunicado para que lo mire e me avise de lo que conviene. E porque se cumpla con los mercaderes se embía firmada la cédula de los dos mil ducados que escreuís que se deben de los gastos de su Cámara».

[311] AGS, CSR, leg. 65, núms. 109r.-110r.

[312] AGS, *Ibídem*.

[313] El príncipe envió la siguiente cédula al Consejo Real: «Presidente y los del Q[onsej]o de la cat[óli]ca rey[n]a y emp[erad]or y rey mis señores. Porq. el Infante mi hijo ha de uenir de la ciudad de Toro a esa v[ill]a de Madrid y p[ar]a pr[o]ueer de los carruajes necess[ari]os para su p[ar]tida y ha[c]er q. los lugares por donde pasare estén bien p[roueydos de bastime[nt]os y lo demás q. fuere menester conuy[en]e q. vaya a ello un al[ca]lde de corte vos manda[m]os q. si el neg[oci]o a q. enbiastes a Vall[ado]lid al al[ca]lde Durango fuere acabado o estvuiere en térmi[n]os q. luego pueda p[ar]tir de alli y yr a Toro le ordeneis q. lo haga. Y si viér[e]des q. no puede yr luego p[ro]uéais q. vaya en su lugar uno de los al[ca]ldes de la chançill[er]ía de Vall[adol]lid como fue con la p[ri]nçe[s]a y h[e]r[man]a. Y al uno o al ot[r]o hordenaréis q. vaya luego dándole comysyon p[ar]a asy p[ro]ueer q. el d[ic]ho... todo lo q. conuyny[er]e y fu[er]e necess[ari]o p[ar]a el s[er]uy[ci]o del d[ic]ho Infante y para p[ro]uy[si]ón de los q. vinyeren en su seruy[ci]o y aconpañamy[ent]o (sic) q. en ello nos seruireis...» (AGS. E, leg. 92, núm. 66, billete al Consejo Real en La Muela, de 2 de enero de 1553).

[314] El 1 de enero de 1553, el príncipe se dirigió al Consejo de Órdenes: «... yo he sido informado que hauyades d[ic]ho B[e]r[nardi]no Duarte n[uest]ro aposentador de palacio q. desembarasçasedes el aposento donde se haze este Q[onsej]o porq. hera neces[ari]o p[ar]a el infant[e] my hijo y os pasasedes al q. solía tener el duq[ue] de Alua. Lo haueis difirido y no le haueis desembaraçado hasta saber sy es asy n[uest]ra voluntad. Y porq. como os dixo B[e]r[nardi]no Duarte es neçes[ari]o el d[ic]ho aposento p[ar]a el infant[e] y conu[ien]e q. luego se desembarasçe y os paseis al q. os ha señalado os encarga[m]os q. si ya no lo ouiéredes hecho lo hagáis luego» (AGS. E, leg. 92, núm. 65).

[315] Como se aprecia en la «Relación de lo que montan las gajas, raciones, recompensas y pensiones que lleban los criados de su Alteza en cada un año y el tiempo que ha que sirven» (AGS, DGT, inventario 24, leg. 903), en la que las cantidades citadas se dividen por oficios de la Casa, agrupados en categorías más generales: capilla, mayordomía, gentilhombres de la boca, eschanjanería, cocina, salsería, guardamangier, cerería, botice, tapicería, caballeríza, funiera... Como se advierte, una división más compleja que la existente hasta entonces, que puede conocerse a través de las listas de servidores del príncipe y su hijo contenidas en esta misma otra. Igualmente, en la mencionada relación se aludía que «desdel año de 53.. se puso la casa a su alt[ez]a a modo de Borgoña» (*Ibídem*).

Poco después del traslado a Madrid, Antonio de Rojas fue nombrado ayo y mayordomo mayor, mientras Luis Puertocarrero comenzó a ejercer como caballerizo mayor[316]. La remodelación de la cúspide de la casa no se completó hasta el 3 de julio de 1554, cuando, poco antes de su embarque hacia Inglaterra, el príncipe dispuso que Honorato Juan y fray Juan de Muñatones se encargaran de la instrucción de su hijo[317]; área en la que también pareció intervenir fray Juan de Matienzo[318]. Igualmente, Ortega de Briviesca debió comenzar por entonces a ejercer como guardajoyas[319], y Martín Malo sucedió al difunto Francisco de Persoa como tesorero[320], si bien fue a los herederos de este último a quienes se hizo cargo de los dos cuentos de maravedís que se asignaron para sufragar la remodelación material de la Casa.

Las memorias elaboradas para acometer esta última revelan el resto de incorporaciones producidas entonces en el servicio de don Carlos, en lo referido a oficiales. A los personajes antes citados se añadieron: Juan de Payba como aposentador; Luis López, como comprador; Juan Bernaldo de Quirós como sumiller de la Panatería; Cristóbal de la Peña como suplicacionero; Juan de Bruceña como especiero, y Alonso de Baeza como despensero. Mientras se consumaron cambios de función en el seno de la casa, como los protagonizados por Hernando Ortiz de Vivanco, que pasó de veedor a cacero, o Juan Osorio, promovido de tenedor de la plata y la copa a sumiller de la caballeriza[321].

Al tiempo que estas transformaciones, don Carlos dio muestras cada vez más evidentes de un carácter huraño, resultado de diferentes circunstancias. Entre las mismas cabe señalar tanto la sobreprotección que le habían dispensado sus tías, en especial Juana, como el desapego que le mostró su padre, quien, entregado al manejo del gobierno, decidió que su hijo permaneciera alejado de él. Si a estos factores se añaden sus afecciones de salud, que cada vez aparentaban ser más graves, no sorprende el comportamiento mostrado por el futuro heredero[322]. El 10 de enero de 1555, don Felipe solicitó a don Antonio de Rojas mirar por el recogimiento del infante, «... endereszando que sea templado y moderado y no tan libre como hasta aquí,

---

[316] AGS, CMC, 1.ª época, leg. 558. Rojas había estado presente en la convención de Bolonia. Fue nombrado primer sumiller de corps con la introducción del ceremonial borgoñán en 1548. Como tal acompañó al príncipe en el viaje iniciado este año. En diciembre de 1552 fue nombrado ayo y mayordomo mayor del príncipe Carlos (P. GACHARD, *Don Carlos y Felipe II*, El Escorial 1984, pág. 40; carta de agradecimiento de Rojas al emperador en AGS. E, leg. 308, II, núm. 190). Fue destinado como sumiller por Ruiz Gómez. Casado desde 1557 con Francisca de Siva, hija del marqués de los Vélez, murió el 4 de julio de ese año (AGS. E, leg. 114, núm. 285; BPRM. MS. 2324, fol. 106; ambos documentos cit. por J. FERNÁNDEZ CONTI, *op. cit.*,, pág. 48).

[317] En concreto, el primero sería su maestro con especial atención en el latín, mientras Muñatones se encargaría principalmente de la gramática (L. GACHARD, *op. cit.*, pág. 40 –primera ed., Bruselas, 1863–). Los respectivos nombramientos, contenidos en AGS. E, leg. 113, están publicados en *CODOIN*, 26, págs. 395-396. Sobre la figura de Honorato Juan, instructor en su día de don Felipe, cfr. su biografía en J. LOPERRAEZ CORVALÁN, *Descripción histórica del obispado de Osma con el catálogo de sus prelados*, I, Madrid 1978 (ed. facsímil de la de Madrid 1788), págs. 427-436, especialmente pág. 429: «Llegaron a ser notorios los méritos de D. Honorato, y mereció que con aprobación del emperador Carlos V, le nombrara el príncipe D. Felipe por maestro de su hijo el Infante D. Carlos, por carta que despachó en La Coruña a tres de julio de mil quinientos cincuenta y quatro: y aceptando el empleo, se propuso desde luego, sin embargo de lo que tuvo que vencer en el genio de D. Carlos (valiéndose de su sabia dirección y prudencia), el atraerlo a su afecto, y borrar de su ánimo algunos errores que quiso introducir en su inocente pecho el Maestro D. Agustín Cazalla; esmerándose tanto en el cumplimiento de las cargas de su empleo, que mereció el que repetidas veces le manifestara el Rey D. Felipe II, su satisfacción y agrado,...». Cfr. asimismo J.Mª. MARCH, *Niñez y Juventud de Felipe II*, I, Madrid 1941. Sobre Muñatones, consejero de Felipe II durante la futura prisión del príncipe Carlos, cfr. F.A. ROCA TRAVER, «El obispo de Segorbe-Albarracín fray Juan de Muñatones y el proceso del príncipe Carlos», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 66 (1990) págs. 559-564, así como la biografía contenida en C. GUTIÉRREZ, *Españoles en Trento*, Valladolid 1951, pág. 649-657. Más confusa es la información contenida en A. MARICHALAR, «Tres figuras del XVI. Hernán Suárez de Toledo, Felipe de Borgoña y Briviesca Muñatones», *Escorial* 17 (1944) págs. 9-67.

[318] F. A. ROCA TRAVER, *op. cit.*, pág. 559.

[319] AGS, CMC, 1.ª época, leg. 1118, «Extracto de la información sobre la manera que se servía el oficio de guardajoyas del príncipe D. Carlos, hecha desde 9 de enero de 1570 a 28 de abril de 1571», pub. en *CODOIN*, 27, pág. 54 ss.

[320] Al respecto, consultar por ejemplo AGS. CSR, leg. 65, fol. 634r.-v.

[321] *Ibídem*; CMC, 1.ª época, leg. 558. Los mencionados fueron solamente una parte de los cambios de plantilla experimentados por la casa, que se completan, entre otros, con la incorporación del mayordomo Fadrique Enríquez de Guzmán, los gentilhombres de la boca Juan de Velasco, Gómez Manrique de Padilla, Juan de Silva y Luis de Córdoba, o los gentilhombres de la Cámara Pedro Pimentel y Diego de Acuña (AGS. DGT, inventario 24, leg. 903; *Ibídem*, CMC, 1.ª época, leg. 1031, «Razón de las libranças que dan G[a]r[cí]a de Toledo mi señor libra en Fr[a]n[cis]co de Medrano, que sirve el ofiçio de thesorero de la casa del príncipe n[uest]ro señor desde XVIIIº de se[pt]iembre de 1Ud1vi a[]os». Para el detale de los cambios mencionados, remitimos a la lista de servidores de don Carlos contenida en el tomo IV de esta obra.

[322] F. A. ROCA TRAVER, *op. cit.*, pág. 559.

que me dicen que ha sido demasiado, pues veis lo que en ello va, especialmente teniendo los años que tiene, apartándole lo que se sufriere de la comunicación de las mugeres...»[323].

Asimismo, el padecimiento físico de don Carlos quedó plasmado en memoria de 23 de agosto[324], que autoriza a reducir la influencia en su salud posterior del traspié sufrido en Alcalá en abril de 1562, y a partir de la cual se intensificó la busca de remedios[325]. Desconocemos si esta combinación de mala salud y peor carácter tuvo que ver en el fallecimiento de Antonio de Rojas, pero en todo caso fue el escenario que hubo de afrontar su sucesor García de Toledo, quien venía ejerciendo como mayordomo mayor de la princesa doña Juana[326].

La actividad inicial de don García en su nuevo destino se centró en afirmar la educación del infante, a cuyo objeto se pretendió el mantenimiento de un contacto estrecho con su abuelo el emperador, una vez que este volvió a Castilla. Pero tan sólo compartieron dos semanas en Valladolid, en el otoño de 1556, cuando el emperador se dirigía a Yuste, y posteriormente este eludió la posibilidad del desplazamiento de su conflictivo nieto[327]. En nuestra opinión, don Carlos mostraba en su comportamiento los rasgos propios de las personas reales inscritas en la línea hereditaria de la corona, pero conscientes de la lejanía de su acceso al trono por la juventud de su predecesor o el poco tiempo que este llevara en uso del cetro real. A la altura de 1556, Felipe II contaba veintinueve años y su hijo once, edad a la que la conciencia de ste último sobre la realidad circundante comenzaba a despertar. La insatisfacción del infante cuajó en un carácter complicado, que en su entorno inmediato se consideró perjudicial para la estabilidad de la monarquía y originó síntomas de rigidez en su educación, que no hicieron sino acentuar su rebeldía. A don Carlos debió dolerle tanto la consideración de su desalojo del palacio real de Valladolid con la llegada de las reinas viudas de Francia y Hungría, propuesto por su tía la regente doña Juana[328], como el retraso que la situación política estaba imponiendo en su jura como heredero –que no se produjo hasta el 22 de febrero de 1560–.

c) Doña Juana, princesa de Portugal

Además de los efectos de la emancipación de la Casa de don Carlos, la proximidad de la consumación del acuerdo matrimonial entre doña Juana y el príncipe portugués don Juan, que gestionara años antes el propio Luis Sarmiento[329], indujo, como era previsible, serias modificaciones en el servicio de doña Juana. Tuvo lugar un proceso muy arduo, en el que la Casa real portuguesa mostró reparo hacia la entidad del servicio fijado desde Castilla para la princesa[330]. Luis Venegas concertó unos memoriales remitidos al emperador, de los criados y criadas con que contaba la princesa, así como de los que la reina María había dejado por viejos e impedidos, de los que ya hemos tratado[331]. De acuerdo con su padre y en comunicación con la corte lusa –asustada como decimos del volumen del servicio fijado para la princesa en Castilla–, el príncipe pudo ir perfilando la Casa de doña Juana dejando entrever la ideología que le influía.

---

[323] AGS, E, leg. 509, pub. en CODOIN, 26, págs. 478-479.

[324] «El prinçipe anda harto malico porque, ha tenido una sarna quasi siempre desque nasció y de diez o doze días a esta parte se ha puesto la más espantosa cosa que nunca se vió. Porque es en tanto crescimiento que tiene en el rostro, y en la cabeça q. no se le veen los ojos. Y nunca haze sino llorar, lo qual él no solía, antes y algunos días tiene calentura, ha hauido diuersos paresçeres de físicos y contra la voluntad de los más, y de mugeres le han untado, que suele ser gran peligro, en criaturas, porque dizen que se les entra aquel humor en el cuerpo que los mata, dizen que es aquesta sarna usagre, con la untura que lehazen, dizen que se le descaspa. Él está bien delicado, Dios se le guarde a sus aguelos como ellos lo dessean. Si a Vra. mrd. le paresçiere que como lo scriuo al p[rinci]le n.s. sería bien escreuir esto como screuy a v.m. a la ser[enísi]ma princesa scriuo como tiene un poco de sarna, que aunque es más que la que suele no es nada, y que con una untura liuiana que le hazen dizen que luego se le quitara. La peor señal q. tiene es que haze la camara hecha ceniza...» (AGS. E, leg. 109, núm. 70).

[325] J. GIL SANJUAN, «Proyectada estancia del príncipe Carlos en Málaga para sanar de cuártanas», *Baética* 10 (1987) págs. 261-271.

[326] Refiriéndose a la actualidad del príncipe, García de Toledo declaró a Felipe II el 27 de agosto de 1557: «... desde que yo siruo a Su Alteza hasta oy, q. a más de un año...» (AGS. E, leg. 129, núms. 147-149, 152-153).

[327] L. P. GACHARD, *op. cit.*, págs. 46ss. En las gestiones realizadas al efecto destacó Pedro de Pimentel, gentilhombre de la Cámara de don Carlos.

[328] AGS, E, leg. 119, carta de don García de Toledo al emperador, de 29 de julio de 1557, cit. por L. P. GACHARD, *op. cit.*, pág. 49.

[329] A. DANVILA, *Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel-Rodrigo (1538-1613)*, págs. 17-18.

[330] A. DANVILA, *Don Cristóbal de Moura...*, pág. 25.

[331] AGS, E, leg. 96, carta del príncipe Felipe al emperador desde Madrid, 29 de diciembre de 1552.

Como cabía esperar, entre las damas que venían sirviendo a doña Juana –pertenecientes a la nobleza castellana– se desató cierto deseo por continuar en servicio de la princesa. La camarera mayor doña Guiomar de Melo, preparando su partida, solicitó permiso para vender unos maravedís de juro, donación de la emperatriz; doña Isabel de Quiñones, dueña de acompañamiento, en previsión de que la anterior hubiera de dejar su puesto por enfermedad o vejez, solicitó su puesto, así como ejercerlo durante sus achaques. Doña Leonor Manuel, doña Antonia de Abranches y doña Leonor Sarmiento manifestaron su deseo de conocer la merced que pensaba hacerles el emperador, para decidir que debían hacer, ora casarse o ir a Portugal. Por su parte, las familias de Melo y de los condes de Ribagorza solicitaron un puesto para sus hijas en la cámara de la princesa. Para entonces, la determinación de fijar el servicio de doña Juana, a causa de su paso a Portugal, era firme:

> «También he visto el memorial que me embió el dicho Luys Venegas de los criados y criadas que al presente tiene mi hermana. El qual hize poner en la horden que le embío para que V. Mgd. le pueda mejor entender y mandar acresçentar o disminuyr como fuere seruido, que a este propósito embío otro de los criados que la Serenísima reyna mi hermana dexó en estos reynos por viejos e impedidos, y parte dellos de los que fueron de la emperatriz mi señora como van aparte en el dicho memorial que no les queda otro remedio sino la merced. que V. Mgd. les hiziere y cierto es piedad verlos andar así. Y en ambos memoriales va puesto lo que me paresce que V. Magd. deuría mandar proueer».

El príncipe intercedió por los servidores de sus hermanas más relacionados con el grupo político que le rodeaba y mostró más frialdad hacia otros no tan vinculados con el mismo. Igualmente, la transición hacia Portugal representó una adaptación a la organización palaciega lusa. Luis Sarmiento no sólo conservó su importante puesto en el entorno de doña Juana, sino que comenzó a ejercer funciones de embajador ante el rey de Portugal:

> «También embío a V. Mgd. otro memorial de lo que me ha paresçido que se deue consultar que toca a la Casa de mi hermana. Suplico a V. Magd. le mande ver y proueer como fuere seruido y en él va puesto lo que toca a Nufrica dalmeyda que es mucha razón que V. Mgd. le haga aquella merced.
>
> En lo que toca a Luys Sarmiento ya sabe V. Mgd. que al modo de Portugal no se sirue de maestresalas y que offiçios prinçipales no ay más de mayordomo mayor y veedor de la Cassa y que este sirve como maestresala y pues el serenísimo rey de Portugal pretende proueer estos offiçios razón es darle contentamyento en ello. Y porque también conuerná que Luys Sarmiento no quede sin serproueydo y aurá de yr desde aquí a Portugal siruiendo su cargo que agora tiene. V. Mgd. vea lo que se deue hazer con él. El qual auiendose de venir Lope Hurtado, también podrá servir en aquél cargo de embaxador y mi hermana terná dello mucho contentamiento».

El príncipe Felipe continuó su intercesión con doña Leonor Manuel, doña Antonia de Abranches y doña Leonor Sarmiento, la hija de Luis Sarmiento[332]. El favor de don Felipe se extendió a servidoras de la ya ida reina María, como la condesa de Faro, alojada de forma significativa tras la partida de su señora en territorio del marqués de Cogolludo.

---

[332] AGS, E, leg. 84, núm. 224, carta del príncipe Felipe a Carlos V, en Madrid, 18 de diciembre de 1551: «Ya V. Mgd. sabe como doña Leonor Manuel vino por dama de la prinçesa que aya gloria y lo que después a seruido a mis hermanos y la voluntad que por esto y ser ella quien es, yo le tengo. Dessea saber la merced que V. Mgd. le ha de hazer para determinar lo que disporna de sí, assí en casarse o en yr a Portogal, y pues V. Mgd. ha hecho merced a otras, justo es que doña Leonor la resçiba como ella lo meresçe, y assí supplico a Vra. Mgd. ge la haga luego o a lo menos se le embíe cedula que V. Mgd. le hará mrd., quando se casare, que con esto ella podrá disponer de sí y yo la resçebiré de V. Mgd. muy grande». Para atender a esta petición del príncipe, el emperador se remitió a lo hecho con otras servidoras de la difunta princesa María Manuela. Continuó don Felipe: «Lo mysmo supplican a Vra. Mgd. doña Antonia de Abranches y doña Leonor Sarmiento..., que fueron también damas de la prinçesa». Continuó suplicando la concesión de sus peticiones a la condesa de Faro, quien «dexada embarcada a la Serenísima reyna mi hermana se ha venido a la villa de Deça que es del marqués de Cogolludo su yerno donde piensa estar los días que le quedan de vida». Isabel de Quiñones estaba como dama de acompañamiento de doña Juana con 100.000 mrs. anuales de quitación, y don Felipe la consideraba apropiada para servir a doña Juana como camarera mayor en sustitución de doña Guiomar de Melo.

De la misma manera, ante la maltrecha salud de doña Guiomar de Melo, el príncipe abogó porque doña Isabel de Quiñones la sustituyera como camarera mayor. Por otra parte, como muestra el ejemplo de doña Beatriz de Melo, hubo servidores de doña María que se desplazaron a Toro una vez que la reina se había ido. Su propósito también fue el de ser nombrada camarera mayor de doña Juana, «pero no satisfaze a mi hermana y assí no ay que dezir en ello sino que si ella quisiese yrse a Portugal por dueña de acompañamiento sería muy bien, y si no cumplirse ya con ella con ofresçerle esto». sin embargo, el emperador consideraba idónea para este cargo a doña Beatriz.

Todas las pretensiones citadas llegaban al príncipe Felipe, quien resolvía unas por su voluntad y otras después de consulta con su padre, mientras los reyes de Portugal manifestaban también su opinión al respecto, mostrando su desacuerdo por el incierto linaje de una dama o no poseer buenos antecedentes[333]. El protagonismo del príncipe Felipe en el proceso significó la aparición entre el servicio de su hermana de personajes vinculados a los jesuitas como Cristóbal de Moura, quien fue admitido como menino entre el servicio de la princesa gracias al hasta entonces embajador luso en Castilla, Lorenzo Pérez de Távora. Hasta su muerte, Moura mostró en la corte castellana tal orientación ideológica. Desde diciembre de 1551 los preparativos para el paso de doña Juana a Portugal se intensificaron, denotando por su entidad la precariedad en que hasta entonces había vivido la inminente princesa de Portugal. Desde Madrid, el príncipe Felipe expresó a su padre el 18 de diciembre de 1551:

> «Ya screuí a V. Magd. la priessa que los serenísimos rey y reyna de Portugal dan en la yda de la serenísima infante mi hermana y cómo auía mandado yr a Luys Venegas de Figueroa, mi marichal de Logis a Toro para que entendiese della lo que era menester para su partida, assí en lo que toca a adereços de su persona como de su casa y que me embiase razón dello y el memorial de los criados y mugeres que al presente tenía. Y según la relación que el dicho Luys Venegas me embió paresçe que son menester muchas cosas, assí de acrescentar plata de seruiçio y cámara como otros adereços de camas, ropa blanca, algunas alhombras, colchas, litera guarnecida de plata porque la que tenía está ya vieja. La qual podrá seruir para lleuar de respecto para si alguna dama adolesçiere en el camyno...»

Junto a esto, era necesaria la compra de mulas y acémilas. La urgencia impuesta para la satisfacción de esta y otras necesidades llevó al príncipe a ordenar al contador Hernando Ortiz a desplazarse a Toro con 10.000 ducados para que luego se entendiera en comprar las cosas mencionadas. Con todo, la escasez de las arcas imperiales llevó igualmente a encarecer a Luis Sarmiento, Luis Venegas y el contador Ortiz que tuvieran contención en el gasto, lo que mereció la aprobación de Carlos V y su secretario[334]. Después de tan arduo proceso, partieron en compañía de doña Juana para su entrega en la frontera con Portugal: Pedro Álvarez de Acosta, capellán mayor; Diego López Pacheco, duque de Escalona; Luis Sarmiento de Mendoza, reconvertido en embajador al cuidado de la princesa; Luis Venegas de Córdoba, como aposentador mayor; Hernando Ortiz, contador de todos los gastos del viaje; el doctor Abarca y el doctor Almazán como médicos de cámara; el licenciado Francisco de Castilla, alcalde de la audiencia de Valladolid, encargado de extender los autos de la entrega de doña Juana; y finalmente, Hernando de Bonifaz, teniente de capitán de la guarda, que escoltó a la princesa hasta la frontera[335]. Señalado el 26 de octubre de 1552 para la partida de la infanta, ésta ordenó llamar a Toro al padre Francisco de Borja para besarle la mano[336]. Después fue a visitar a su abuela en Tordesillas y allí recibió a los grandes que iban a despedirse de ella, entre los que se contó el almirante, el conde de Benavente, el marqués de Sarriá y el duque de Nájera, que se volvió con doña Juana a Toro el día 21[337], con propósito de esperar al duque de Escalona, quien entró en Toro con copioso número de acémilas y caballeros[338].

---

[333] A. DANVILA, *op. cit.*, págs. 25-26.

[334] Lo que hemos expresado, y lo que sigue, se contiene en AGS, E, leg. 84, núm. 224.

[335] Esta información, A. DANVILA, *op. cit.*, pág. 27.

[336] A. RODRÍGUEZ VILLA, *La reina doña Juana la Loca*, pág. 384.

[337] AGS, E, leg. 96, carta de Luis Sarmiento al príncipe, en Toro, 25 de octubre de 1552.

[338] Los detalles de la jornada hasta la raya lusa y la entrega se contienen en A. DANVILA, *op. cit.*, pág. 28 ss., entre los que destacaron los puntos de precedencia sostenidos por el duque de Escalona.

De las primeras decisiones adoptadas por la princesa al llegar a Lisboa fue asentar el caótico estado de su servicio. Con propósito de evitar los inconvenientes que había creado el pago de la casa de la reina doña María cuando se fue en agosto de 1551, la princesa doña Juana decidió a poco de llegar a Lisboa, firmar cédula en pago a sus servidores de los tercios segundo y postrero correspondientes a 1552, que nos permiten conocer la composición de su Casa cuando partió de Castilla[339]. La revisión de esta última nómina permite, además, saber hasta que punto se plasmaron las referidas admoniciones imperiales sobre la recolocación de distintos servidores de doña María.

La definición del servicio de doña Juana en Portugal fue un proceso largo y complejo, resultante de influencias opuestas, en el que los reyes portugueses pretendieron y consiguieron en gran medida disminuir la envergadura del servicio de la princesa pretendida desde Castilla. La citada nómina, de 22 de diciembre de 1552, permite conocer tanto las amplias dimensiones de la Casa de doña Juana en aquel momento, resultado del proceso de asimilación de los restos de casas con ella emparentadas (emperatriz, Infantas, reina de Bohemia), como la plasmación de las mencionadas disposiciones de Carlos V y su hijo Felipe, además del servicio del que pudo disponer de manera efectiva en Portugal[340]. De un total de 220 servidores inscritos en la Casa, 41 quedaron en Castilla[341], mientras que el grueso de la Casa, con Luis Sarmiento al frente en funciones de gobernador, la acompañó al reino luso[342]. En la coyuntura del traslado a Portugal, Diego Brandón

[339] Firmada el 22 de diciembre de 1552, se conserva en AGS, CSR, leg. 65, fols. 111-122r. El proceso selectivo, repleto de intereses faccionales, puede seguirse a través de la correspondencia contenida en AGS, E, leg. 96, y en ANTT. Manuscritos da Livraría, núm. 169, págs. 107 ss.

[340] *La nómina se contiene en AGS, CSR, leg. 65, fols. 111-122r.*

[341] Fray Juan de Muñatones, confesor; Bartolomé de Quevedo, maestro de la capilla; Miguel Francés de Cariñena; Melchor Cancel, músico; Antonio de Prado, cantor; Jerónimo de Vallejo, mozo de capilla; Diego de Aguilera, repostero de capilla; Andrés Martínez de Ondarza, veedor del servicio de los criados; Pedro de Castro, tenedor de los libros de la mayordomía mayor; Juan de Salcedo, presentador de tablas; Maestre Miguel, cirujano; Beatriz de Melo, dueña de acompañamiento; Isabel Osorio, dama; Leonor Sarmiento, dama; Menciana, moza de cámara; Catalina de Huarte; Elena Ruiz; Francisca Ruiz, lavandera de la ropa de la cámara de la princesa; Mari López, tristelera; María de Caspe; Felipe de Atienza, aposentador; Vítores de Alvarado, aposentador; Pedro Muñoz, aposentador; Francisco de Espinosa, repostero de camas; Juan de Losada, repostero de camas; Antonio Cerezo, repostero de camas; Pedro de Huete, mozo de cámara; Sebastián de Aguiar, mozo de cámara; Simón Núñez, portero de cámara; Alonso Sánchez, portero de cámara; García Marañón, repostero de estrados; Francisco de Espinar, repostero de estrados; Alonso de Entrambasaguas, escudero de pie; Gutierre de Gaona, escudero de pie; Antonio Pérez, escudero de pie; Andrés de Moya, lacayo; Hernado Abarca, mozo de espuelas; Lope Mexía, mozo de espuelas; Pedro Fernández Dornes; Diego de Fonseca, lacayo; Diego Navarrete, ayudante de literas; Diego Fernández de Padilla, platero de oro (sic).

[342] Capilla: Pedro Álvarez de Acosta, obispo de Osma, capellán mayor; bachiller Juan López de la Cuadra, maestro; Alonso Fernández, deán de la capilla; Cristóbal de Espinosa, limosnero y capellán; Alvar Alfonso, tesorero de la capilla; Francisco de Morales, capellán; Juanes de Rentería, cantor; Diego Brandón Pereira; Cristóbal Serrano, capellán; Alonso Moreno, capellán; Diego Abarca Maldonado; Francisco de Soto, músico; Francisco Martínez, músico; Cipriano de Soto, organista; mozos de capilla, Juan Vara, Francisco de Buenalma, Juan Muñoz, Francisco Núñez, Jerónimo de Vallejo; reposteros de capilla, Juan Gutiérrez, Francisco de León, Simón de Torres, Diego de Brizuela. Pajes: Bernardo de Rojas, Cristóbal de Távora, Lorenzo Téllez, Arias de Silva, Antonio de Silva, Pantaleón de Tebes. Oficiales de la Casa: Luis Sarmiento de Mendoza, maestresala «y que tiene a cargo el gobierno de my casa»; Gaspar de Teves, caballerizo mayo; Juan de Teves, acemilero mayor; Tomás Rodríguez de Siabra, teniente de caballerizo mayor; Pedro Correa; Diego de Arriaga, despensero mayor de mesa; Lope de Robles, repostero de plata; Pedro de Alderete, escribano de cocina; Juan Ruiz, copero; Gaspar Baez, contador de cuentas, promovido desde aposentador; Cristóbal Matoso, guardajoyas; Antonio Baez, escribano de cámara y tesorero, promovido desde hombre de cámara; Benito González, guardarrepostero; Alonso Jiménez, escribano de cuentas que había sido barrendero del infante; Hernando de Puentes, escribano de compras; Miguel Ferrera, escribano de guardarreposte y cebadería; Antonio Falero, maestresala de las damas; Cristóbal Cornejo, trinchante de la mesa de las damas; Francisco Rodríguez, guardadamas; Gonzalo de Rueda, guardadamas; Juan González de Camina, brasero; Hernando Abarca, médico; Almazán, médico; Francisco de Olivera; Rodrigo de Bergara, boticario; Diego Ortega, sangrador. Dueñas de acompañamiento: Guiomar de Melo, camarera mayor, Isabel de Quiñones, dueña; María Leite, camarera. Damas: Antonia de Abranches, Ana Fajardo, Francisca de Silva, Leonor Manuel, María de Castilla, Francisca de Silva, Isabel Manrique, María Pereira, Juana Osorio, Eufrasia de Guzmán, María Magdalena, Catalina de Aragón, Juliana de Velasco, María manuel, Isabel Piñeiro, María Cotina. Dueñas de cámara: Mari Fialla, María de Zaballos, dueña de retrete; Morianez, guardadamas; Ana de Vallejo. Mozas de cámara: María de Castañeda, Ana de Vargas, Guiomar Pereira, Ana Maldonado, Laura de Tedalda. Mozas de retrete: María de Arana, Margarida Pereira, Catalina Luis, Ana Juárez. Otras mujeres: Brigida Rodríguez, lavandera; María de Olivera, lavandera de la ropa de la mesa; Margarida Fernández, costurera; Francisca Téllez, Catalina Rodríguez, Antonia Garrido, servidora de las damas; María de Castro, Juana de León. Aposentadores: Cristóbal de Robles, aposentador mayor; Gaspar de Escobar, Lisuarte de Andrade, Jorge de Montemayor, Pedro Rodríguez. Reposteros de camas: Tristán Gómez, Gómez de León, Hernando de Nuncibay, Hernando Beltrán, Gonzalo Bello, Juan Sarabía, Diego de Vargas. Hombres de cámara: Josepe de Villanueva, Andrés Pereira, Juan de Herrera, Antonio Cardoso, Juan Correa, Antonio Cordero. Mozos de cámara: Jerónimo de Escobar, Pedro de Ubierna, Gaspar de Acosta, Lorenzo Abarca. Porteros de cámara: Juan

Pereira y Diego de Abarca Maldonado se incorporaron a la capilla, así como Francisco Núñez en funciones de mozo. Nuevos reposteros de capilla fueron Francisco de León –promovido desde repostero de estrados–, Simón de Torres y Diego de Brizuela –ejemplos de obediencia de lo dictado por Carlos V sobre asimilación del servicio de doña María–. La totalidad de los pajes fueron de nuevo nombramiento, constituyendo ejemplo de adaptación al estilo luso tanto los provistos como la organización de la Casa. Entre los oficiales, Juan de Teves, hijo del caballerizo mayor Gaspar de Teves, comenzó a ejercer como acemilero mayor, como lo hizo Tomás Rodríguez de Siabra en el puesto de teniente de caballerizo; Pedro de Alderete fue promovido de veedor de los gastos de la despensa a escribano de cocina, incorporándose así mismo Hernando de Puentes al cargo de escribano de compras, Francisco Rodríguez y Gonzalo de Rueda a los de guardadamas, Juan González al de brasero y Hernando Abarca al de médico. Numerosas fueron las novedades en lo tocante a personal femenino, que en su mayoría había servido previamente en otras Casas y veía en la entrada a la casa de doña Juana un modo de regresar a Portugal. Entre los aposentadores, tras la caída de Hernando de la Puente y la promoción de Gonzalo de Rueda, se incorporaron Cristóbal de Robles –aposentador mayor–, Jorge de Montemayor y Pedro Rodríguez, los últimos promovidos respectivamente desde cantor de la capilla y repostero de camas. Asimismo abundantes fueron las nuevas incorporaciones entre reposteros de camas, hombres de cámara, reposteros de estrados.

Los cambios expresados no fueron los únicos que tuvieron lugar en la Casa. Varios de los acompañantes de doña Juana tenían previsto regresar a Castilla con brevedad. Todos ellos ocupaban cargos relevantes y su vuelta parecía estar relacionada con cierta intención de no herir la susceptibilidad portuguesa, adaptando el perfil de la casa al gusto luso. A este efecto, doña Juana les aseguró el pago de emolumentos hasta el 1 de enero de 1553[343]. Al contrario, otros servidores permanecieron en Castilla pero tenían órdenes de pasar a Portugal en cuanto pudiesen[344]. También había servidores que poseían una situación irregular, caso de Antonia del Castillo, moza de retrete que ejercía sin título o Antonio Fernández, tirador de oro que no se había incorporado a su puesto. Entre el servicio de doña Juana que siguió otro destino destacan quienes se incorporaron a la casa del infante don Carlos, como Estíbaliz de Orduña, capellán, y Lope de Vaillo, guardarrepostero.

Con el establecimiento de doña Juana en Portugal, la posibilidad de intervención de los monarcas portugueses en el perfil de la casa de la princesa lógicamente aumentó, pero fue tan enojosa como la acontecida en Castilla a causa del interés de toda la nobleza portuguesa en servir a los futuros reyes de Portugal[345]. Para el cargo de mayordomo mayor se habló de d. Diego de Castro, caballero principal[346]. Para la inspección económica y general de la casa se pensó en un principio en Lorenzo Pérez de Távora, confiriéndole el cargo de veedor de hacienda, si bien este personaje consideró el cargo escaso para sus merecimientos y finalmente fue nombrado Gilianis de Acosta, quien había ejercido como embajador luso ante el emperador antes de Lorenzo Pérez y estaba muy capacitado en cuestiones financieras[347]. Como veedor de la casa, cargo luso equivalen-

---

Núñez, Rodrigo de Carmona, Pedro de Miranda, Pedro Fernández, Álvaro Díaz, Antonio Fernández. Porteros de damas: García de Valdivieso, Andrés de Valdivieso. Reposteros de estrados: Manuel Denis, Alonso de Fuensalida, Melchor de la Barrera, Baltasar de Rodezno, Antonio Pepín, Domingo Díaz. Escuderos de pie: Diego González, Juan de Silva, Diego de Santolalla, Juan del Olmo. Lacayos que debían servir como ayudantes de litera: Francisco de Rabanal, Francisco de Ríos, Fernán Sánchez, Sebastián Rodríguez, Pedro de Melgar, Juan de Santiago, Sebastián Gil, Rodrigo Alfonso, Francisco Montero, Cristóbal Piñero, Francisco de Herrera. Cocina: Gonzalo Díaz, cocinero, Simón Fernández, cocinero; Diego de Benavides, cocinero; Pedro Fernández, cocinero de damas; Diego Martínez, cocinero de damas, Alonso de Madrigal, mozo de cocina;

Pierres, mozo de cocina; Pedro Casado, mozo de cocina; Antonio Barahona, portero de cocina; Catalina Rodríguez, pastelera; Catalina de Vallejo; Juan de Oz, enfermero. Oficiales de manos:

Lucas de Burgos, herrador; Martín de Valcázar, sastre; Alonso Muñoz, platero de plata; Sebastián Sánchez, tamborino; Alonso Llano, herrador de la caballeriza; Fernán Gutiérrez, gorrero; Cristóbal Hernández, dorador; Antón Gómez, sillero; Juan de Medina guarnicionero; András de Madrigal, colchero; Pedro Fernández, cordonero; Pero Martínez, panadero. Seis ministriles.

[343] Fueron Pedro Álvarez de Acosta, obispo de Osma, capellán mayor; Juan López de la Cuadra, maestro de la princesa; Francisco de Soto, músico; Almazán, médico.

[344] Pedro Farina, Manuel Fidalgo, ayudante de litera; Diego Fernández de Padilla, platero; Alonso de Olmedo, zapatero.

[345] A. DANVILA, *op. cit.*, págs. 41-42, obra por la que guiamos lo que sigue. La honda vinculación portuguesa de la princesa doña Juana ha sido valorada por J. MARTÍNEZ MILLÁN, «Familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria (1535-1573)», pág. 79.

[346] AGS, E, leg. 375, carta de López Hurtado al príncipe en Lisboa, 14 de abril de 1552, cit. en *op. cit.*, pág. 42.

[347] AGS, E, leg. 375, carta de Luis Venegas al príncipe de Lisboa, 29 de diciembre de 1552, cit. en *op. cit.*, pág. 42.

te a los castellanos de mayordomo y maestresala, fue nombrado d. Lope de Almeyda, hermano del obispo de Cartagena Esteban de Almeyda, y para el cargo de capellán mayor, retirado ya Álvarez de Acosta, fue nombrado el obispo de Algarve, de la familia de los Melos, quien había llegado a Lisboa procedente de Trento.

En tal ambiente comenzó a vivir la princesa, entrando el primer día de pascua a servir sus cargos todos los individuos que componían su casa. Desde entonces el rey procuró rodear a doña Juana de servidores portugueses, sustituyendo los pajes castellanos que atendían su mesa por quince mozos de cámara portugueses. La reina, por su parte, aconsejó incluso a doña Juana que tomase un confesor entre los frailes de aquel reino y finalmente, Lorenzo Pérez de Távora, que aprovechando la confianza ganada entre las damas de la princesa y la poca autoridad de la camarera doña Leonor de Melo (quien por sus años no podía desempeñar su oficio correctamente) dirigió tales manejos en la casa que obligaron al rey a designarle embajador ante el pontífice[348]. Por otro lado, la actividad de doña Juana de Austria en la corte portuguesa mostró su perfil ideológico «humanista» y ha sido objeto de la atención de importantes historiadores a los que remitimos en este punto, a la espera de concluir un trabajo al respecto[349].

La breve permanencia de doña Juana en Portugal estuvo determinada por la temprana muerte de su esposo y el nacimiento de don Sebastián, poco después del cual la princesa hubo de regresar a Castilla llamada para ejercer la regencia[350], una vez desechada la posibilidad de que se encargara de ella la gobernadora de los Países Bajos. A los quince días de fallecer el príncipe d. Juan, Luis Sarmiento escribió al emperador una carta aconsejándole que la princesa volviese a Castilla y condujera el reino castellano de la misma manera que lo había hecho su hermana María[351]. Pronto esta posibilidad se convirtió en rumor generalizado entre el pueblo, acrecido por la declaración abierta de las damas de doña Juana sobre que pronto regresarían a Castilla. Pese a las declaraciones retóricas de los reyes lusos contrarias al regreso de doña Juana, el emperador y el príncipe decidieron su vuelta a Castilla valiéndose de una cláusula de sus capitulaciones matrimoniales que permitía el retorno por este motivo[352].

De regreso a Castilla, se reconstituyó su casa con el aporte mayoritario de los servidores que la acompañaran en 1552, salvo –posiblemente– varios oficiales portugueses. Junto a la recuperación de su papel por parte del obispo de Osma, al que la edad hacía reticente a asumirlo[353], destacó la intervención de su mayordomo mayor, García de Toledo, cuya pretensión de intervenir en el funcionamiento del Consejo Real señaló la creciente relevancia administrativa del desempeño de cargos en las casas reales[354]. Con la instalación de doña Juana en la regencia castellana se desarrollaron unos años decisivos para la futura orientación política e ideológica de la monarquía de Felipe II[355].

---

[348] AGS, E, leg. 376, núm. 32, carta de Luis Sarmiento al emperador de Lisboa, 4 de septiembre de 1553, cit. por A. DANVILA, *op. cit.*, pág. 42.

[349] Junto al trabajo antes mencionado de J. MARTÍNEZ MILLÁN, otros estudios se han ocupado de la breve estancia de doña Juana en Portugal, bien desde una perspectiva político-religiosa, bien artística. En el primer caso, destaca el estudio de M. BATAILLON, «Jeanne d'Autriche, princesse de Portugal», *Etudes sur le Portugal au temps de l'humanisme*, Universidad de Coimbra 1952, págs. 257-282; igualmente, el de P. DRUMOND BRAGA, «D. Joana de Austria (1535-1573): uma releitura da sua intervençao na vida portuguesa», *Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian* 35 (1996) págs. 231-242. En una consideración artística, cfr. los trabajos de A. JORDAN GSCHWEND, «Images de majesté. Le portrait de cour au Portugal (1552-1571)», en el catálogo de la exposición *Portugal et Flandre. Visions de l'Europe (1550-1680)*, págs. 118-125, e ID., «Anthonis Mor at the Lisbon Court in 1552: New Notes on the Brussels «Portrait of Joanna de Austria», *Bulletin des Musees Royaux del Beaux Arts de Belgique* 1-3 (1989-1991) págs. 217-250.

[350] Don Juan falleció el 2 de enero de 1554 (AGS. E, leg. 377, núm. 43, cit. por A. DANVILA, *op. cit.*, pág. 45. Sobre el delicado parto de doña Juana, cfr. *op. cit.*, págs. 47 ss. Don Sebastián nació el 20 de enero. El día de su bautizo (el 28) le llevó en brazos la camarera mayor doña Juana Deza (*op. cit.*, pág. 49).

[351] AGS, E, leg. 376, carta de Luis Sarmiento al emperador, Lisboa, 16 de enero de 1554.

[352] AGS, E, leg. 377, minuta de carta del príncipe a Luis Sarmiento, de 13 de mayo de 1554, cit. por A. DANVILA, *op. cit.*, pág. 50.

[353] Escribió al príncipe el 13 de abril de 1554: «después de besadas las reales manos de Vra. Alteza, reçiby su carta oy viernes xiii días deste mes, y puesto que yo me pudiera escusar con berdad ansy por mi edad como por otras cosas. Mas como tengo determinado de nunca dexar de azer lo q. Vra. Alteza me mandar, yo señor partiré de aquí lunes xvi deste mes. Y tengo de hir por ahy por besar las reales manos de Vra. Alteza...» (AGS, E, leg. 104, núm. 150). Asimismo, cfr. E. SAN MIGUEL, *Historia de Felipe II*, I, Madrid, 1844, pág. 207.

[354] AGS, E, leg. 104, núm. 130-131. El expediente personal de Toledo, en *ibid.*, CSR, leg. 31, f. 55. Un apunte biográfico, en L. SALAZAR Y CASTRO, *Los comendadores de la orden de Santiago*, I, Madrid, 1949, págs. 167-168.

[355] Para su estudio remitimos a J. MARTÍNEZ MILLÁN, *op. cit.*, resultando menos útil para nuestro propósito el trabajo de C. SANZ AYÁN, «La regencia de doña Juana de Austria. Su dimensión humana intelectual y política», en *Felipe II, un monarca y su época. La*

14.3. De príncipe regente a Rey Católico. (Santiago Fernández Conti)

14.3.1. *La Casa del príncipe Felipe durante su última regencia: el ascenso del «partido ebolista» (1551-1554)*

Al fin, de regreso de su largo viaje por el norte de Europa el príncipe Felipe desembarcaba en Barcelona en julio de 1551. Fue provisto por su padre de los documentos necesarios para iniciar su segunda regencia en los estados ibéricos, en sustitución de los reyes de Bohemia, Maximiliano y María. Antes de entrar en Castilla, se dirigió a Pamplona para hacerse jurar como heredero en aquel reino, aunque ciertas amenazas francesas acabarían acelerando su llegada a Valladolid para tomar las medidas necesarias. Porque, en efecto, durante estos años Carlos V terminó por delegar en su hijo la mayor parte de las tareas de gobierno en las coronas de Castilla y Aragón, si bien, en la medida en que la administración se hallaba todavía en manos de hombres del emperador, el príncipe hubo de comenzar a introducir a sus propias criaturas para asegurarse el pleno control de la situación. Para ello contó con la interesada colaboración del personaje que le era más próximo, Ruy Gómez de Silva –quien puso a su disposición la red que comenzaba a tejer entre las elites castellanas–, pero también empleó el príncipe regente las posibilidades de integración que ofrecían sus casas reales, la de Borgoña y la de Castilla.

Por su parte, en la Casa de Borgoña hubo modificaciones de interés en el trienio que duró la regencia. Para empezar, el mayordomo mayor, el duque de Alba, que había regresado a Castilla unas semanas más tarde que el príncipe, no encontró el favor que esperaba en el ánimo de don Felipe y se retiró, altanero, a sus tierras[356]. Volvió pronto, pero, en todo caso, estuvo poco en la corte principesca, pues en mayo de 1552 hubo de atender la angustiosa llamada de Carlos V, humillado en Insbruck, y partir hacia el norte, donde empleó más de un año en servir al emperador; aun así, todavía tuvo tiempo de dirigir algunos cambios en la Casa, que debieran haberle puesto sobre aviso de las corrientes que se movían en el entorno del príncipe, pero andaba el duque despistado en esta materia, demasiado seguro de su posición.

Asentó un nuevo mayordomo, el antiguo maestresala Pedro de Córdoba (el 4 de marzo de 1552, una vez regresado del corregimiento de Toledo) que se unió a los cuatro existentes. Ruy Gómez de Silva, por su parte, ascendió un escalón al ocupar el puesto de primer sumiller de corps, vacante tras la promoción de Antonio de Rojas a ayo del infante don Carlos, en 1552, y no parece que su plaza volviera a ser ocupada. Este puesto le ponía formalmente al frente de la cámara del príncipe, con todos los oficios que la componían (gentileshombres, ayudas, médicos, guardarropas y oficios diversos); además, en su condición simultánea de chambelán se aseguraba la presencia continua en el entorno de su señor, y con ello el contacto necesario para mantener y aumentar su favor.

Tampoco el resto de la Casa de Borgoña careció de incidencias durante estos años, aunque tuvieran menor calado político. Asentaron seis gentileshombres de boca y cinco de la casa, en lo que suponía un claro inciso respecto al fuerte ritmo de incorporaciones de los años precedentes, ritmo que ahora se trasladó un escalón más abajo, a los *costillers*, que pasaron de tres a más de quince, procedentes muchos del oficio de paje. Además, se asimiló un cargo de la Casa de Castilla, acemilero mayor, que fue ocupado por el escuyer de cocina, Diego Maldonado, quien a su vez fue sustituido en su oficio por Hernando de Medinilla. También a costa de la Casa de Castilla se incrementaron los ayudas en la sausería, con la entrada de Juan de Cuéllar, antiguo mozo de capilla. Y respecto a las bajas y traslados, en la panetería el frutier Nicolás Consart dejó de servir a partir del segundo tercio de 1551, y sus funciones fueron asumidas, sin título, por el ayuda Diego de Villarán; en la boticaria, el ayuda Diego de Burgos pasó a boticario, y ocupó su puesto Juan Dorigon; en la caballeriza, anotar la ausencia permanente del primer caballerizo (Diego López de Medrano) y la en-

---

Monarquía Hispánica, El Escorial, 1998, págs. 136-143. La inquietud artística de doña Juana de vuelta a Castilla ha sido recientemente tratada por A. Jordan Gschwend, «Las dos águilas del emperador Carlos V. Las colecciones y el mecenazgo de Juana y María de Austria en la corte de Felipe II», en L.A. Ribot García, coord., *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000, págs. 429-472.

[356] Para los movimientos del duque en este período, S. Fernández Conti, *Los consejos de Estado y Guerra de la monarquía hispana en tiempos de Felipe II (1548-1598)*, Valladolid, 1998, págs. 40-42.

trada de un nuevo macero (Juan de Flores, que tenía detrás una amplia hoja de servicios en la Casas reales), mientras que un lacayo (Pedrosa) pasó a ayuda del ayo de los pajes; y, por último, en la furriera el calcetero Martín de Arana fue reemplazado por Juan de Villadiego, el peletero Guillermo Flamenco por Adrián Mateo, el cerrajero Martín de Azpeytia por Martín de Ynarbia y la lavandera de corps Adriana Darette por Toribia Sarabia. Parte de estos oficios, por otro lado, sirvieron solo parcialmente el último tercio de 1552, cuando el príncipe se trasladó a Monzón a celebrar cortes aragonesas[357].

Por lo que toca a la Casa de Castilla, las incidencias pueden seguirse en el cuadro del importe de las nóminas[358]:

	1er Tercio	*2º Tercio*	*3er Tercio*	*Total*
1551	979692,5	907692,5	1326553	3213938
1552	1172847	881310,5	827717	2881874,5
1553	1014320	994231,5	1132427	3140978,5
1554	955874	–	580825	

Observamos que la llegada del príncipe a Valladolid, en el mes de septiembre, tuvo la virtud de atraer a la ciudad a todos aquellos servidores de la Casa de Castilla que no habían aparecido en la corte de la regencia de Maximiliano y María, con el consiguiente aumento en el montante del tercio tercero. Como había sucedido hasta entonces, el servicio se completaba con la asistencia de un número variable de criados de la Casa de Castilla del emperador, si bien por aquellos meses, se perdió algún oficio en beneficio de la Casa de Borgoña, como fue el caso ya apuntado del acemilero mayor cuando su titular, Cristóbal Ortega, asentó como gentilhombre. Pero el entusiasmo en el servicio se enfrió de forma considerable un año después, debido a la celebración de las Cortes de la Corona de Aragón, en Monzón, durante el segundo semestre de 1552. El costo disminuyó de sensiblemente en el período, debido a que una parte de la Casa no acompañó al príncipe, tanto por preferencias personales como por la dificultad de alojar en la villa aragonesa a un séquito numeroso[359].

Con todo, cuando todavía estaba en Monzón, el príncipe inició un proceso de modificaciones en su Casa de Castilla, en especial en la capilla, que se alargó durante los meses siguientes[360]. Así, el 20 de septiembre de 1552 el mozo de capilla Juan de Cuéllar fue promocionado a ayuda de sausier en la Casa de Borgoña, y no fue reemplazado, baja a la que hubo que sumar la muerte de Carlos Pepín[361]; también hubo cambios en la asistencia de capellanes y predicadores: mientras dejaron de servir el sacristán mayor Antón Bravo (que a primero de mayo de 1553 fue a ocupar una canonjía en Granada, aunque años más tarde regresaría a su puesto, que permaneció vacante), el predicador Constantino de la Fuente (que marchó a Sevilla, donde fue perseguido por sus ideas) y los capellanes portugueses Pero Núñez y Pero Fernández de la Serna, entraron Cristóbal de Menchaca –el 30 de agosto de 1552[362]–, Lope Estíbaliz de Orduña (asentó el once de junio de

[357] Así, detectamos la ausencia en mayor o menor grado durante estos meses de Villasinsa, Juan de Soto, Manuel Correa, Ricart, el ayuda de tapicería Juan Beltrán, el acemilero mayor Maldonado y el ayuda de cámara García Muriel.

[358] Datos tomados de AGS, CSR, leg. 64, núms. 1134, 1157 y 1192 (1551); leg. 65, núms. 29, 71, 105 (1552); 289, 324, 368 (1553) y 530(1554).

[359] A este respecto, *ibídem*, leg. 65, núms. 241-249, las certificaciones de residencia de los tercios segundo y postrero de 1552, «de los que vinieron en su servicio a las Cortes de Monçon por junio de 1552, y de otros que después vinieron, y de los que quedaron con su licencia en Madrid»; incluye así mismo una relación de servidores del monarca que acompañaron al príncipe: 3 porteros de salete, 3 porteros de sala, 3 porteros de cadena, un pelotero, un ballestero de maza, 3 capellanes y 10 ministriles.

[360] Datos tomados del libro de la veeduría de 1552 y 1553, AGS, CSR, leg. 65, núms. 172 y 439. En estos documentos aparecen intercaladas páginas del libro de la veeduría de los servidores del emperador.

[361] Sobre Cuéllar, *ibídem*, núm. 241v, y acerca de Pepín, los libros de la veeduría citados en la nota anterior; ya vimos como había promocionado de la misma manera Íñigo de Santa Cruz, de modo que como mozos de Capilla quedaban únicamente Alonso Fernández de Almaraz y Juan de Arce.

[362] Canónigo de la iglesia mayor de Valladolid y hermano del licenciado Menchaca.

1553, aunque no comenzó a servir por estar en compañía de Leonor de Mascareñas[363], Cristóbal de Morales –desde primero septiembre de 1553– y el predicador fray Alonso de Castro, de la orden de san Francisco –18 de octubre 1553[364]–. El resto de las secciones no conocieron modificaciones de interés, más allá de las consabidas defunciones y altas: en el caso de los aposentadores, anotar los fallecimientos de Pero Rodríguez (16 de octubre 1553) y Antonio Alderete, y las incorporaciones del flamenco Juan Seyguerre Dorrayn y Andrés de Losada (ambos en 1552). Por lo que toca a los oficios, señalar los asientos en 1552 del mozo de cámara Juan de Ondarza, el médico Simón Alava de Ybarra y el escudero de pie Juan de Torres (desde primero de junio, en lugar de Juan Pérez de Arriariaga, que tuvo una baja temporal), mientras que el también escudero Hernando Redondo promocionó a sota ayuda de guardajoyas en la Casa de Borgoña (primero de mayo), y fue sustituido por Francisco Marañón[365]; ya en 1553, asentaron los cirujanos Antonio de Espinosa (nueve de marzo) y Diego Díaz (27 de febrero), «que cura las carnosidades y dificultades de orina».

Pero el margen de maniobra de Felipe no se limitó a su Casa. Durante estos años, el príncipe consolidó y dio nuevo sentido a una función que venía ejerciendo desde su primera regencia, cual era su responsabilidad a todos los efectos administrativos sobre los servidores y criados de Castilla de su padre. En especial, la capilla, cuya extensa plantilla de capellanes –de los cuales solo un reducido porcentaje servía habitualmente con Carlos V fuera de España[366]–, provenientes de las familias más linajudas de Castilla y la Corona de Aragón, era controlada por el príncipe, que decidía la distribución de los que permanecían en activo entre los diferentes servicios de las personas reales presentes en Castilla, incluida la suya propia. Pero, por encima del refuerzo de la asistencia religiosa, tal facultad le proporcionó en este momento una herramienta de gran valor de cara al proceso de asunción de los resortes del gobierno de la regencia hispana en el que se hallaba inmerso; en suma, le permitía proseguir con su política de integración de las elites castellanas, y es relevante que lo hiciera mediante la ocupación del espacio de su padre. Porque, lo que antes era un mecanismo controlado en gran medida por los hombres del emperador, ahora la dinámica política en la que se había embarcado el heredero la convirtieron en un claro proceso de cambio de patronazgo.

14.3.2. *Boda en Inglaterra*

Mientras el príncipe afianzaba su poder en Castilla, se planteaba de nuevo la cuestión de su matrimonio. A comienzos de 1553 la elegida era su prima María (hija de Manuel de Portugal y Leonor, hermana de Carlos V), y de hecho Ruy Gómez fue despachado a Lisboa para concluir las negociaciones. Sin embargo, el acceso al trono inglés de María Tudor, en el mes de julio, cambió por completo el escenario. En la corte de Bruselas se decidió que el matrimonio con Felipe, a la par que alejaba las apetencias francesas, suponía un nuevo triunfo dinástico para los Austrias. Tras arduas negociaciones, en enero de 1554 Felipe leyó un acuerdo de matrimonio que no le satisfizo en demasía, pero se dispuso a cumplir con lo pactado[367].

Entre los ingentes preparativos, uno de los cronistas, criado de la Casa del infante don Carlos, nos informa sobre la orden dada al mayordomo mayor, duque de Alba, para que averiguase la disposición de los miembros de la Casa para tan larga jornada, con la adhesión masiva que era de esperar[368]. Al final, como veremos

---

[363] AGS, CSR, leg. 106, núms. 462-463.

[364] Que quedaba entonces formada por Pedro de Castro como capellán mayor, Antón Bravo sacristán mayor, Pedro de Pastrana como maestro de capilla y los capellanes Francisco de Portugalete, Francisco López de Ávila, Francisco de Barrionuevo, Diego Suárez, Diego López de Zúñiga, Juan de Angulo, Pedro Sánchez de Arellano, Cristóbal de Menchaca, Cristóbal de Morales, Estibaliz de Orduña y fray Alonso de Castro.

[365] La sección quedaba por tanto formada en 1554 por trece escuderos: Juan de Bolaños, Francisco Ruiz de Brizuela, Alonso de Arguello, Pero Ortiz de Bibanco, Juan Pérez de Arriariaga, Juan de Montejo, Francisco Gómez, Rodrigo Alonso, García de Baldivieso, García de Vega, Francisco Pérez, Juan de Torres y Francisco Marañón.

[366] Una relación de los criados de la Casa de Castilla del emperador que servía a su vera, en 1554, en AGS, CSR, leg. 65, núm. 691.

[367] Sobre ambos proyectos de matrimonio, M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un Imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*, Barcelona, 1992, págs. 123-136. La estancia de Felipe en Inglaterra está siendo reinterpretada recientemente: G. REDWORTH, «"Matters impertinent to women": male and female Monarchy under Philip and Mary», *English Historical Review*, CXII, 447 (1997), págs. 597-613 y la síntesis «Felipe II y las soberanas de Inglaterra», *Torre de los Lujanes*, 33 (1997), págs. 103-112.

[368] A. MUÑOZ, *Viaje de Felipe II a Inglaterra y relaciones varias relativas al mismo suceso* (ed. de Pascual GAYANGOS en «Sociedad de Bibliófilos Españoles», vol. XV), Madrid 1877, págs. 3 y 27: se trata de la edición de una pequeña obra publicada en Zaragoza en

a continuación, la asistencia fue variable –más baja en las secciones reservadas para miembros de la nobleza– pero es muy significativo que dicho autor, al describir «los oficios de su real cámara y Casa, que su real alteza lleva en su servicio» hiciera alusión solo a los que «tiene al uso de Borgoña», sin mencionar a la Casa de Castilla. No es que no ésta no estuviera representada, como pudiera parecer, y en realidad alguno de los oficios descritos por Muñoz estaban en las nóminas castellanas, caso del capellán mayor y un par de predicadores; pero una de las medidas de más calado tomadas por el príncipe para preparar el viaje había sido precisamente el traslado de buen número de servidores de los libros de Castilla a los de Borgoña para el pago de los sueldos, dando origen a la confusión del cronista y, posiblemente, a un secular error historiográfico.

En la Casa de Borgoña no aumentaron los mayordomos[369], si bien dos de ellos incluso se implicaron directamente en la organización del viaje: el marqués de las Navas fue enviado a Inglaterra con antelación, mientras que López de Padilla tuvo el encargo de recibir con todos los honores a los embajadores ingleses en la costa cantábrica. Por su parte, entre los gentileshombres de la boca, siete sirvieron solo hasta el 16 de mayo (el día que Felipe partió de Valladolid), otro hasta el 20 de junio (a la entrada del reino de Galicia), uno más hasta el trece de julio (cuando se hizo a la vela en la Coruña) y otros cinco no pasaron de finales de agosto (regresando rápidamente a España), de manera que en el último tercio de 1554 servían únicamente 23 –menos del 70% de la plantilla– si bien en Inglaterra asentaron Luis de la Troilliere y Rodrigo Benavides. Este último promocionó desde gentilhombre de la Casa, cuerpo que tuvo un porcentaje de asistencia similar: dos sirvieron hasta el 16 de mayo, otro hasta el ocho de julio, otro hasta finales de agosto y otro hasta el 29 de noviembre, pero dado que se incorporaron otros tres durante los últimos meses, en el último tercio superaba la treintena, sobre los más de cuarenta asentados.

Si la asistencia inicial de los miembros de las más rancias familias nobiliarias no había sido excesiva (rondaba la media habitual), por el contrario en el resto de los departamentos, compuestos por oficiales menos linajudos, la presencia fue casi al completo, con la excepción de los *varlent servants*, que no estuvieron representados: así, viajaron prácticamente por entero la caballeriza (con un nuevo armero, Juan de Malinas, en sustitución de Alonso Dávila), panetería (excepto el «oublier»), la cava, la cocina, la sausería, guardamangier, cerería, boticaria, la tapicería y la furriera (con cambios menores entre los correos y los mozos de fiambrera); incluso en esta última hubo un aumento en la sección de aposentadores, con la incorporación de tres ingleses –necesarios, sin duda, por el conocimiento de la tierra– y un castellano. Pero la furriera creció no solo debido a las necesidades derivadas de un espacio geográfico novedoso para los castellanos. Como indicábamos más arriba, tanto esta sección como la capilla reflejaron en sus libros un amplio trasvase de criados desde la Casa de Castilla.

En efecto, la organización de la jornada inglesa había tenido también consecuencias directas sobre la Casa de Castilla del príncipe, con una serie de nombramientos durante los meses anteriores[370]: en la capilla, mientras Diego López de Zúñiga se metía fraile Teatino, Pedro de Esquivel recibió asiento de capellán el 30 de enero de 1554 y fray Bartolomé de Miranda, de la orden de Santo Domingo –más conocido como Bartolomé de Carranza–, de predicador desde 17 de abril; en el resto de los oficios, el doctor Fernán López, portugués, asentó como cirujano el 17 de marzo, Catalina de Yepes como guantera a primero de mayo, Luis Martín como montero y ballestero desde primero de junio (dado que Guijosa, enfermo, habría de quedar en Castilla) y, finalmente, Pedro Martillart, «que era sota ayuda de la furriera del infante», trocó su empleo con el escudero de pie Pedro Ortiz de Bibanco a primero de mayo.

Sin embargo, las modificaciones más importantes tuvieron lugar en el segundo tercio del año –es decir, desde el mes de mayo, fecha de comienzo del viaje– cuando un amplio elenco de servidores fueron incluidos en los «libros de la Casa de Borgoña»[371], según rezaba la inscripción minuciosamente anotada en los re-

---

1554 («Sumaria y verdadera relación del buen viaje que el príncipe Don Felipe hizo en Inglaterra)», acompañada de cuatro cartas enviadas por un español desde Inglaterra comentando los sucesos; aunque, como se apunta en la introducción, no fue testigo directo de los acontecimientos, sino que escribió sobre fuentes de primera mano.

[369] Según Muñoz, los mayordomos aumentaron a seis, con la adición de un borgoñón, «que S.A. recibió de nuevo», aunque no aparece reflejado en el sumario de gajes correspondientes.

[370] Datos tomados del libro de la veeduría de 1554 (AGS, CSR, leg. 65, núm. 676).

[371] Ya hizo notar esta operación L. ROBLEDO ESTAIRE, «La música...», pág. 32; estamos de acuerdo en su opinión de que «La mudanza señala el principio de la total supremacía de esta [la Casa de Borgoña] sobre la de Castilla...», porque si bien la reorganización de 1548 fue más amplia, la de 1554 tuvo un efecto psicológico más profundo, aunque matizamos el grado de integración de los criados.

gistros de la veeduría de Castilla. La orden afectó a más de treinta individuos, que además fueron reforzados en sus respectivas secciones de destino en los libros de Flandes con otra tanda de nuevos asientos. Así, en la capilla contamos el traslado de cinco capellanes, a los que se unieron otros siete nuevos[372], y 18 cantores, con el concurso de otros seis; por su parte, el mozo de capilla Alonso de Almaraz pasó a mozo de oratorio, acompañado por Simón Rodríguez, mientras que el también mozo Juan de Arce conservaba el puesto en la Casa de Borgoña, junto a Francisco de Almaraz. En la furriera, por su parte, fueron recibidos el médico Fernán López, Gil Sánchez Bazán como guardarropa (aparecía ya como guardajoyas, y pasó a cobrar gajes por ambos conceptos) y tres porteros de cámara que, junto a Hernando Lucero, estrenaron la sección de porteros de sala y saleta[373]; y, por último, ocho aposentadores, a los que se unieron otros dos nuevos[374].

Este movimiento, unido a ciertas bajas ocurridas en el período[375], dejaron la nómina de la Casa de Castilla en estado ciertamente precario, poco menos de cincuenta personas, que además se dividieron entre los que permanecieron en la península (que quedaron sirviendo en su mayoría al infante don Carlos) y los que formaron parte del séquito del rey-príncipe. La nómina siguiente, firmada en Londres el 26 de octubre de 1554 para el segundo tercio del año, distingue entre «los que pasaron y al presente están en este reyno en mi servicio» y los que «quedaron en España»[376], a pesar de lo cual advertimos que está incompleta:

Criados de la casa de Castilla que partieron a Inglaterra

Capellán mayor	Pedro de Castro (obpo. Salamanca)
Predicadores	fray Alonso de Castro
	fray Bartolomé de Miranda
Músicos	Agustín de Cabezón
	Antonio de Cabezón
Porteros de cadena	Juan de Bibanco
Aposentadores	García de Paredes
OFICIOS	
Tesorero	Domingo de Orbea
Teniente de mayordomo mayor	Juan Fernández de Ventosa
Guardarropa	Gil Sánchez Bazán
Médicos	Simón Álava de Ybarra
	Fernán López
	Luis de Herrera
	Antonio de Espinosa
Espadero	Francisco de Santisteban
Tundidor	Juan de Carrança
Virotero	Luis de Pociones
Ballestero	Luis Martínez
Guantera	Catalina de Yepes
Barrendero	Santiago Pérez

[372] Los trasladados eran Portugalete, Barrio, Suarez, Angulo y Sánchez Arellano; los nuevos, Melchor Vozmediano, Diego de Arnedo, Antonio Corrionero, Bartolomé Torres, Andrés Pérez, Juan Sarmiento y Cristóbal Becerra.

[373] Núñez, Guerrero y Escalera.

[374] Fariña, Cornejo, Losada, Saravia, San Vicente, Frías, Resa y Mayers; los nuevos eran Pedro de Moya (asentado desde 1548 en los libros de Castilla) y Juan Senerre.

[375] Así, no servían los capellanes Diego López de Zúñiga (que seguía en el estudio), Pedro de Esquivel y Estibaliz de Orduña (que continuaba con Leonor de Mascareñas).

[376] AGS, CSR, leg. 65, núm. 572.

Criados de la casa de Castilla que quedaron en el Reino

Oficio	*Nombre*	*Destino*
Capellanes	Francisco López de Ávila	Infante Carlos
	Cristóbal de Morales	Infante Carlos
Maestro de Capilla	Pedro de Pastrana	Infante Carlos
Cantores	Cristóbal de Santiago	
	Damián de Talavera	
	Gregorio de la Bastida	Infante Carlos
	Gaspar de Soto	Estudio
	Alonso Martínez de Almonaciz	
Apuntador de libros	Domingo de Marquina	
Porteros de Cadena	Antón Gutiérrez Barahona	Infante Carlos
	García Marroquín	Infante Carlos
Aposentadores	Juanot de Cegama	Infante Carlos
	Gonzalo Hernández Reyna	Infante Carlos
	Francisco de Murguía	Infante Carlos
	Santiago Pérez	Infante Carlos
	Francisco Ocharan	Licencia
Contador	Andrés Martínez de Ondarza	
Lavandera	Mencía de Salcedo	
Cirujano	Diego Díaz	
Montero y ballestero	Bartolomé de Guijosa	

Falta en la nómina una sección completa, los escuderos de pie, que en su mayoría viajaron con el príncipe[377]; tampoco aparecen algunos criados que, según los registros de la veeduría, bien sirvieron en Inglaterra –como el aposentador flamenco Seyguerre Dorrayn– bien quedaron en Castilla, como el capellán Cristóbal de Menchaca o el portero de cámara Gonzalo Gallego. También los criados del emperador que acompañaron a don Felipe a Inglaterra sufrieron una drástica reducción, pues en el primer tercio de 1555 eran únicamente un capellán, un portero, dos monteros y catorce ministriles[378]. Y, como es lógico, el costo del personal de estos años de la Casa del príncipe acusó la disminución[379]:

	1er Tercio	*2° Tercio*	*3er Tercio*	*Total*
1554	955874	580408	580825	2117107
1555	610084	523772	486897	1620753

Sin embargo, la documentación disponible revela que la operación fue más compleja de lo que pudiera parecer. En realidad el traslado no suponía una novedad porque, como hemos visto, durante los años anteriores el goteo había sido continuo; pero, en este caso, si bien las nuevas entradas lo fueron efectivamente

[377] Emprendieron la jornada Juan de Bolaños, Alonso de Arguello, Francisco Ruiz de Brizuela, Juan de Montejo, Rodrigo Alonso, García de Valdivieso (este apareció en Inglaterra más tarde, en agosto de 1555), García de Vega, Francisco Pérez, Juan de Torres, Juan Pérez de Arriariaga, Francisco Marañón y Matillart; por el contrario, no sirvió Francisco Gómez.

[378] AGS, CSR, leg. 65, núm. 953.

[379] Datos tomados de AGS, CSR, leg. 65, núms. 530, 572 y 604 (1554) y 790, 835 y 857 (1555).

de la Casa de Borgoña, las personas con título de la Casa de Castilla, a pesar de que pasaron a cobrar los gajes de la Casa de Borgoña, no dejaron de pertenecer a la primera. Así, continuaron siendo registradas en los libros de la veeduría de Castilla, previa certificación del ujier de cámara Andrés Galardi de Vergara, que señalaba aquellos miembros «asentados en los libros de su Casa Real de Castilla» que asistían al servicio de don Felipe fuera de España[380]. Es muy significativo que, en estos documentos, se hablara ya de «la Casa del rey príncipe» como elemento único, dentro del cual el ujier distinguía los que debían ser librados por los libros de Castilla, en tanto el resto quedaba implícito que debía serlo por los de Flandes. Se daba entonces una cierta disociación entre la entidad original de la Casa y sus trámites administrativo-financieros[381], en beneficio de un concepto de unicidad o de fusión orgánica entre ambas casas que habría de alcanzar la madurez a los pocos años, ya en el reinado de Felipe II.

No queda claro, sin embargo, el motivo que tuvo don Felipe para que algunos miembros de su Casa de Castilla cobraran por los libros de Borgoña. En el terreno estrictamente económico, el traslado implicaba un sustancioso aumento de los emolumentos. Así, por ejemplo, si un capellán en la Casa de Castilla cobraba 15.000 mds. al año, la cantidad podía llegar, con una asistencia completa, a más de 40.000 en la de Borgoña; un aposentador cobraba lo mismo, aunque la subida era menos espectacular, pues partía de una base de 30.000 mds. Se trataba entonces claramente de una promoción personal, de lo que en principio cabría deducir una cierta postergación de aquellos que permanecieron en las nóminas de Castilla, aunque no podemos adivinar las causas.

Pero una decisión de tal calado no se explica únicamente desde este punto de vista. Más allá de las recompensas personales, cabe preguntarse por el móvil del príncipe para presentarse en Inglaterra con una Casa de Borgoña realmente potenciada –aunque solo fuera con los nuevos asientos– en menoscabo de la representación de la Corona de Castilla en su corte, aunque, como sucediera en 1548, el hecho de que los principales beneficiarios fueran castellanos debió amortiguar los posibles recelos. Para resolver esta cuestión, debemos indagar en el contexto inglés, en el escenario que le esperaba al príncipe una vez desembarcado, que no era sino el resultado de la frenética correspondencia cruzada entre las diferentes Cortes desde que se había acordado el regio matrimonio.

Afectada por serios problemas internos en su propio reino, María I urgió repetidamente desde comienzos de 1554 la pronta marcha de Felipe a Inglaterra. Entre otras cuestiones, a la reina le preocupaba el tamaño del séquito del príncipe, a fin de resolver los problemas logísticos que sin duda habrían de presentarse; tras una primera valoración cifrada en unas mil personas, «de nuestra Casa y corte», pocos días más tarde aseguraba el príncipe que cogería el primer barco disponible y que «solamente llevaré mi Casa, como tengo dicho, y que ésta será la que no pudiere excusar para mi servicio, porque allá tomaré de los naturales de aquel reino, para que entiendan que me he de servir y confiar de ellos»[382]. De manera que se ponía de relieve el carácter de la Casa de Borgoña como elemento de integración de las elites de los diferentes territorios que el azar dinástico y matrimonial ponía al servicio del mismo soberano, aunque en este caso únicamente fuera rey consorte.

El caso es que, a pesar de sus promesas, Felipe se retrasó todavía varios meses; y, como hemos visto, a la postre tampoco cumplió acerca del tamaño de su Casa, deseoso quizá de demostrar la medida de su grandeza de una forma tan simbólica como era la disposición de su propio servicio. Pero, al parecer, María se quedó con la idea de un séquito reducido, y decidió adelantar acontecimientos y montar una Casa aparte para su futuro esposo, compuesta íntegramente por ingleses; tal idea, por otro lado, convenía a sus intereses, pues la operación le permitía por añadidura suavizar las tensiones generadas entre sus súbditos con el matrimonio español, que no era bien visto, desde luego entre los protestantes, pero tampoco entre buena parte de los católicos, temerosos de caer en la órbita de los Habsburgo.

---

[380] La certificación del tercio primero de 1555 en AGS, CSR, leg. 65, núm. 949; la expresión transcrita en el texto aparece en la certificación de 1557 (leg. 66, núm. 348).

[381] Hasta tal punto, que en marzo de 1553, el grefier, Francisco de España, debía certificar que «a los escuderos de pie de su al. no se les paga ninguna cosa por la Casa de Borgoña» (AGS, CSR, leg. 65, núm. 453).

[382] Carta de Felipe al embajador Renard, con la primera estimación, el 8 de febrero de 1554, en «De algunos sucesos que precedieron, acompañaron y siguieron al matrimonio de Felipe II con la reina María de Inglaterra» CODOIN, 3, págs. 448-538, pág. 480; el texto, manuscrito del príncipe ordenando una contestación a la reina, el 16 de febrero (*Ibídem*, pág. 487).

La Casa inglesa del príncipe, integrada por más de trescientas personas[383], estuvo lista en unas semanas y fue reunida en Southhampton para aguardar la que consideraban inminente llegada de su nuevo señor. Sin embargo, la infructuosa espera enfrió los ánimos de muchos servidores, que comenzaron a retirarse expresando una opinión poco favorable sobre don Felipe[384]. El príncipe desembarcó a los pocos días, pero entonces el problema se suscitó al comprobar que, al parecer, nadie se había preocupado de coordinar ambas casas, la inglesa y la procedente de España, para estructurar debidamente el servicio del príncipe en suelo inglés. Ante la duda, los naturales acapararon la asistencia de su nuevo rey; así, a los pocos días de tocar tierra solamente habían desembarcado «El duque de Medinaceli, el duque de Alva, Rui Gómez, conde de Feria, Aguilar, y no se cuantos más, que serían en todos hasta diez o quince»[385], de manera que los criados españoles «están muchos confusos»[386].

El propio Ruy Gómez atribuyó el conflicto a una «inadvertencia» por ambas partes, que era preciso solucionar con mucho tacto y prudencia para no herir sensibilidades. Así, cuando el gobierno inglés pretendió que don Felipe corriera con el costo de su Casa inglesa, éste comprendió que era preferible el problema de buscar fuentes de financiación que afrontar la hostilidad de sus nuevos súbditos. De todos modos, el privado portugués, al que suponemos bien informado, aseguraba también que la intención del príncipe era remediar esto «mandándolos mezclar, y que sirvan juntos»[387].

Urgía una solución, porque la mayoría de sus servidores hispanos no estaba demasiado satisfecha en Inglaterra. Apartados del servicio regio, ausentes sus respectivos criados y sin medios para sostenerse (estaban «en camisa», en palabras de Ruy Gómez[388], esperaban la oportunidad adecuada para abandonar tierras hostiles. Los libros de la veeduría de la Casa de Castilla nos muestran que el capellán mayor, Pedro de Castro –que de la mitra de Salamanca había pasado a la de Cuenca– sirvió únicamente el tercio primero de 1555, así como la entrada del capellán Álvaro de Mendoza[389]. Más posibilidades tuvieron los servidores de la de Borgoña, gracias a los acontecimientos de la guerra del emperador con los franceses –cuya respuesta a la alianza matrimonial con Inglaterra fue atacar primero en Flandes y luego en Italia– que proporcionaron la esperada excusa. Gran número de caballeros pidieron licencia para asistir a Carlos V, que se había puesto personalmente al mando de los ejércitos en Flandes, con pobres resultados: «El duque de Medinaceli, y luego don Antonio de Toledo y el conde de Chinchón, y Gutierre López, y el marqués de las Navas, ambos los hijos del duque de Alba, y el marqués de Aguilar y el conde de Fuensalida,... y Diego de Acevedo,... y cobrada licencia de S. M. se han ido más de ochenta al campo de S. M.»; de manera que el príncipe «queda solo, y con él el duque de Alba y el conde de Feria y el de Olivares, y también don Pedro de Córdoba, y los tres [gentileshombres] de la cámara y don Diego de Córdoba, que no les quiso S. A. dar licencia»[390].

Casi todos regresaron, y no dejaron de cobrar sus gajes, pero para entonces Felipe se hallaba sumido en un nuevo dilema, referente a las imperiosas llamadas de su padre para que se presentara en Flandes cuanto antes. De hecho, desde las primeras semanas del año 1555 consta que se abordaron los preparativos logísticos del viaje, que incluían un recordatorio para «Ver los caballeros ingleses que Vuestra Magestad querrá llevar consigo» así como «Mirar los oficiales y otros que deven ir con Vuestra Magestad porque conforme a

---

[383] La composición ha sido publicada en *Calendar of letters, despatches and state papers relating to the negotiations between England and Spain, XII. «Philip and Mary: july 1554-nov. 1558»* (ed. 1978), pág. 297; así mismo, J. DE VANDERNESSE, «Journal des voyages de Philippe II de 1554 a 1559», *Collection des voyages des souverains des Pays Bas*, 4 vols., ed. L. P. GACHARD, Bruselas, 1876-1882, IV, págs. 1-82, apéndice; en realidad, la obra incluye los viajes del rey desde mayo de 1551, cuando el autor se une a su corte, hasta febrero de 1560.

[384] Carta del embajador Renard al emperador, 9 de julio de 1554 (CALENDAR, pág. 315).

[385] «Carta primera de lo sucedido en el viaje de S. A. a Inglaterra», A. MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 91.

[386] A. MUÑOZ, *op. cit.*, pág. 77. Más adelante, en la «primera carta...», pág. 96, se escribía que el servicio de mesa era enteramente inglés, excepto Iñigo de Mendoza (hijo del duque del Infantado) que servía la copa y cuatro gentileshombres de la boca «...que ayudaban a servir. Mayordomo de los del príncipe ni por pensamiento ha servido ni tomado bastón en la mano, ni se cree que lo tomarán, ni el contralor ni los demás, que a todos por vagamundos nos pueden desterrar».

[387] AGS, E, leg. 808, núm. 147; CODOIN, 3, págs. 526 y 529, cartas de Ruy Gómez a Francisco de Eraso, 26 y 29 de julio de 1554.

[388] AGS, E, leg. 808, núm. 142, carta a Eraso de 12 de agosto.

[389] AGS, CSR, leg. 65, núm. 902.

[390] A. MUÑOZ, *op. cit.* págs. 109-110, «carta segunda de lo sucedido...». En parecidos términos se expresaba Ruy Gómez de Silva en carta a Francisco de Eraso de doce de agosto (AGS, E, leg. 808, núm. 142).

esto se haga en Bruselas el aposento»[391]. El monarca aducía como excusa para no moverse el embarazo de su esposa –que a la postre resultaría falso–, aunque quizá sus motivos fueran otros, relacionados con la falta de liquidez en un escenario de enorme complejidad política[392]. Pero, sea cual fuere la causa, era evidente la necesidad de tener preparado su propio servicio para la eventualidad de la jornada, y no solo por motivos organizativos, sino para dejar arreglado un tema vital para su propia situación en Inglaterra.

De este modo, a comienzos de la primavera de 1555 –la mayoría juraron el 22 de marzo, aunque detectamos nombramientos desde las últimas semanas de 1554– don Felipe decidió poner en práctica la integración de determinados personajes ingleses en la Casa de Borgoña, aprovechando además para continuar con el traslado de servidores de la nómina de Castilla a los libros de los acroes. Así, asentaron cuatro camareros nuevos (todos ellos ingleses, que habían sido gentileshombres de la cámara en la Casa inglesa) 29 gentileshombres de la boca (siete ingleses), 28 gentileshombres de la casa (tres ingleses, y otros 11 promocionados desde el puesto de costiller), un varlent servant, un cocinero, un ayuda de la sausería, dos médicos de familia (provenientes de la Casa de Castilla), cinco aposentadores (dos ingleses y uno, García de Paredes, de la Casa de Castilla), dos porteros de sala y saleta, una nueva lavandera de boca, un portero de la furriera y 19 costilleres (siete de ellos ingleses) (tabla 2).

Sin embargo, el cambio más significado en el entorno doméstico de don Felipe todavía no se había producido. En efecto, el mayordomo mayor, duque de Alba, fue víctima de las intrigas de Ruy Gómez de Silva, en interesada colaboración con Francisco de Eraso, secretario en la corte del emperador. El portugués no había dejado de disfrutar de su posición privilegiada –explicitada en gestos como ser el elegido para entregar una sortija a la reina María[393]–, aunque no siempre fuera capaz de satisfacer las pretensiones de sus aliados, como fue el caso del propio Eraso, que ambicionaba un puesto en la capilla regia para uno de sus hermanos[394].

Pero, a pesar de fracasos concretos, es indudable que entre el servicio de Felipe crecía el ascendiente de Gómez de Silva, hasta el punto de que ya podía permitirse exhibir el alcance de su poder, a fin de poner en contacto elementos hasta el momento inconexos de sus propias redes; así, en agosto de 1554 recomendaba al secretario Eraso a todos los caballeros que marchaban al campamento imperial, pero especialmente al mayordomo Gutierre López de Padilla, pues «es mi amigo en quanto a lo que a mí toca. V.m. le crea y siendo él también podrá v.m. abrirse con él en todas sus cosas»[395]. Y se preocupaba tanto de cuidar relaciones ya establecidas –tal era el caso de otro mayordomo, Pedro de Córdoba, así como la de «nuestro amigo don Juan Manrique» [de Lara], embajador en Roma que andaba descontento, para lo que «no tendría por malo embialle algún crédito de dinero[396]–, como de observar con interés los progresos de un joven mozo, el conde de Feria, capitán de la guardia española del príncipe y posible candidato para estar presente en la negociación de las paces con los franceses, pero que «se holgó de que no le nombrasen por los fines que tiene»[397]. Tampoco le faltaba apoyo entre la capilla del príncipe, gracias a la opción espiritual a la que había decidido ligar su suerte el nuevo privado: el predicador Carranza y el capellán Antonio Corrionero se situaban entre los miembros más destacados de tal corriente.

Llegó el momento en que Ruy Gómez se vio con fuerzas suficientes para enfrentarse al duque de Alba, cuya talla y posición constituían sin duda una amenaza a sus aspiraciones. La ocasión propicia fue la peligrosa situación en Italia, atacada por los franceses. Don Felipe, que nunca había confiado plenamente en su mayordomo mayor, consideraba sin embargo, que era la única persona capaz de hacer frente a la situación de

---

[391] AGS, E, leg. 809, núm. 64.

[392] M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *op. cit.*, págs. 156-157, expone como causa del retraso de Felipe en la partida la falta de dinero. Los movimientos cortesanos, en C.J. DE CARLOS MORALES, «El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso», en J. MARTÍNEZ MILLÁN, dir., *La corte de Felipe II*, Madrid, 1994, págs. 123-129

[393] A. MUÑOZ, *op. cit.* págs. 109-110, «carta segunda de lo sucedido...».

[394] AGS, E, leg. 808, núm. 134, Ruy Gómez a Eraso: «en lo que v.m. me escrive de su ermano, creo que el negocio es que pretende la sumillería del oratorio, y su alteza me refnitió el negocio para más adelante. Yo pienso que no lo quiere proveer. Y haré mi oficio si viere»; el hermano de Eraso era Alonso, capellán de la Casa de Castilla del emperador y la reina Juana, y el puesto vacante el de Francisco Enríquez.

[395] AGS, E, leg. 808, núm. 145.

[396] AGS, E, leg. 809, núm. 143, Ruy Gómez a Eraso, 5 de abril de 1555.

[397] *Ibidem*, núms. 129 y 143, cartas a Eraso de 5 de abril y 6 de mayo de 1555.

emergencia en Italia y asegurar por tanto, su herencia; en consecuencia, solicitó su envío a aquella península, provisto con los títulos de virrey de Nápoles y capitán general de Milán. Era un puesto sin duda de la categoría suficiente para el duque, que además podría atender debidamente los muchos intereses de su linaje en aquella península. Abandonó Inglaterra en el mes de marzo, pero, por otro lado, hubo de dejar el campo libre a su enemigo, que ya no se recataba en atacar al duque en su correspondencia y, lo que era mucho más peligroso, se dedicó, en connivencia con Eraso, a obstaculizar en lo posible el éxito de la misión del aristócrata[398].

En otro aspecto pudo ser perjudicial la jornada para los negocios de Alba, aunque aquí sí que encontró la cobertura de Felipe, preocupado en asegurarse el control de la situación en el complejo proceso sucesorio. Su predecesor en el gobierno de Milán había sido Ferrante Gonzaga, antagonista del duque, que había salido del cargo víctima de la ambición italiana del príncipe, y mediante las acusaciones de ciertos personajes de la administración milanesa vinculados a Alba. Carlos V no pudo impedir la caída del fiel servidor, pero exigió compensaciones. Al parecer por sugerencia de María de Hungría, propuso a su hijo que le ofreciera la mayordomía mayor, en cuanto Alba hubiera abandonado Inglaterra, circunstancia que retrasó la partida del duque, porque Felipe no estaba dispuesto a ceder[399].

De modo que Alba se aseguró el puesto de mayordomo mayor, y salió airoso del cargo en Italia, dadas las circunstancias, pero no estaba junto a Felipe cuando éste abandonó Inglaterra y se reunió con su padre, el ocho de septiembre de 1555. Unas semanas más tarde, el emperador renunciaba sus reinos, en solemne ceremonia celebrada en el salón del palacio real de Bruselas, y con ello se abría un nuevo capítulo en la historia de la Casa del ya coronado Felipe II.

14.4. Los últimos años de las Casas de Castilla y Borgoña del emperador. (Carlos Javier de Carlos Morales)

Durante el reinado de Carlos V las casas de Castilla y de Borgoña se relacionaron en el servicio palatino, dando lugar a un lento proceso de convergencia y yuxtaposición que, si bien se acentuó institucionalmente en tiempos de Felipe II, no concluyó normativamente en el siglo XVI[400]. Mientras tanto, las estructuras cortesanas borgoñonas y castellanas se combinaron en la prestación de las labores políticas y personales, generando un ceremonial y unas costumbres que entreveraban las actividades de asistencia y servicio que reclamaban los dos cuerpos del rey[401]. El significado de ambas casas, tal y como venimos proyectando en capítulos anteriores, era tanto funcional como estructural: cumplían unos cometidos palatinos específicos a través de los cuales se producía la integración de las diversas elites sociales en la monarquía. Así, desde los inicios del reinado de Carlos V la Casa de Borgoña se *hispanizó* gradualmente, conforme Castilla se convertía en el eje del Imperio. Esta dinámica se proyectó, a la postre, en la Casa de Borgoña de Felipe II, que si bien había sido dispuesta para dar cabida a las distintas elites de la variada herencia territorial que le preparaba su padre, incluido el Imperio, estaba dirigida patentemente por españoles.

Al mismo tiempo que la Casa de Borgoña ampliaba sus horizontes desde 1516, se sumaba la duplicidad de la Casa de Castilla, dividida entre Carlos V y la reina Juana. El resultado fue una ingente pero inevitable cantidad de oficiales y criados; así, en 1554 se seguía reconociendo, casi en los mismos términos que en 1529, el número excesivo del personal de las casas reales, y todavía se prometía que «se ha de entender en ordenar el número en que deben quedar»[402]. Generalmente muchos estaban ociosos o con licencias, pero su in-

[398] C. J. Carlos Morales, «El poder de los secretarios...», págs. 127-128.

[399] M. J. Rodríguez-Salgado, *op. cit.*, págs. 163-167. Es probable que lo que estuviera en juego fuera la mayordomía mayor una vez que Felipe hubiera asumido la herencia de su padre, y no antes.

[400] Tal y como expone L. Robledo, «La música en la corte madrileña de los Austrias», *Revista de Musicología*, 10 (1987), 3, págs. 753-796, y «La música en la corte de Felipe II», *Felipe II y su época*, Madrid, 1998, págs. 141-167.

[401] Según reflejaban los comentarios de G. Fernández de Oviedo, *Las quinquagenas de la nobleza de España*, Madrid, 1880, págs. 58-59.

[402] CDCV, IV, pág. 115, Instrucciones para la regencia de doña Juana, 12 de julio de 1554. Ya en las Instrucciones para Maximiliano y María, firmadas en 1548, *ibídem*, III, pág. 28, se encontraban expresiones casi idénticas, mientras que en junio de 1551, en las Instrucciones para la regencia del príncipe Felipe, *ibídem*, pág. 309, Carlos V le recordaba que «asientos de la Casa Real... hay muchos más de los que serían menester, como sabe y tengo fin a dar orden en el número que debe haber».

clusión era insoslayable para dar cabida a diversos sectores sociales de la Corona de Castilla en las nóminas de pagos del erario. Así mismo, aunque estuvieran incluidos en las nóminas de la Casa de Tordesillas y de Carlos V, bastantes capellanes, oficiales y criados servían en el séquito del príncipe, que controlaba sus movimientos y permisos.

La previsión de gastos «para la paga de la despensa y oficiales de la Casa de la cathólica reyna mi señora y caça y montería y otros oficiales de mi Casa que se pagan al modo de la Casa de Castilla y para la paga de la gente de la guarda que está en seruicio de su alteza» se mantuvo en las mismas cifras que estaban manejándose desde bastante años atrás[403]:

	Casa de Castilla de doña Juana	*Casa de Castilla del emperador*	*Total*	*Previsión*
1548	7.892.079	6.524.703	14.416.782	14.250.000
1549	8.165.358	6.383.822	14.549.180	
1550	8.633.316	6.042.158	14.675.474	15.000.000
1551	8.635.067	5.473.072	14.108.139	15.375.000
1552	9.087.487	6.023.633	15.111.120	15.400.000
1553	9.278.531	6.024.347	15.302.878	15.400.000
1554	9.607.627	6.117.663	15.725.290	15.650.000
1555	9.993.224	6.296.535	16.289.759	14.700.000
1556	1.876.037	8.078.925		14.700.000
1557		8.035.667		

Podemos precisar su distribución, tomando como paradigma la relación de egresos efectuados «para la paga de los gastos de la despensa y ofiçios y ofiçiales de la Casa de sus magestades, y para la paga de la guarda de la reyna nuestra señora» durante 1550[404]:

Casa de doña Juana	Tercio primero de 1550	Casa castellana de Carlos V
1.200.945	quitaciones de oficiales y criados	975.547
229.821	ayudas de costa	362.782
199.609	quitaciones y sueldos de la guardia	
	cazadores y monteros de monte	645.796
	crianza de los perros y lebreles	26.640
870.000	despensa y cera del tercio segundo	
400.000	cédulas y gastos extraordinarios	
37.500	provisión para la despensa del segundo tercio	
	un peón	714
2.927.865	**Total**	**2.021.479**

[403] AGS, E, leg. 59, núm. 185, CSR, leg. 25, núms. 1015-1019, y leg. 64, núms. 1100-1101, CMC, 1.ª época, leg. 1291, EMR, NC, leg. 3, núm. 170.

[404] AGS, CSR, leg. 64, núms. 1100-1101.

Casa de doña Juana	Tercio segundo de 1550	Casa castellana de Carlos V
1.088.316	quitaciones de oficiales y criados	919.732
234.114	ayudas de costa	259.801
220.639	quitaciones y sueldos de la guardia	
	cazadores y monteros de monte	650.588
	crianza de los perros y lebreles	24.730
880.000	despensa y cera del tercio postrero	
92.892	vestuario de las mujeres	
	vestuario de los cazadores	180.000
2.615.961	**Total**	**2.034.848**

Casa de doña Juana	Tercio postrero de 1550	Casa castellana de Carlos V
1.188.270	quitaciones de oficiales y criados	991.043
227.050	ayudas de costa	359.752
215.749	quitaciones y sueldos de la guardia	
11.250	vestuario y librea del capitán, Hernando de Tovar	
	cazadores y monteros de monte	554.586
	crianza de los perros y lebreles	27.720
1.089.585	despensa y cera del tercio primero de 1551	
241.894	vestuario y libreas de la guardia	
	vestuario de los escuderos de pie	46.687
	guantes, capirotes, cascabeles y adminículos de caza	18.740
	un peón	750
	salario del pagador de la Casa de Castilla	300.000
	salarios adeudados a los ministriles	40.670
2.973.798	**Total**	**2.366.828**

Durante este año la Casa de doña Juana estuvo formada por 155 personas. La capilla estaba integrada por 11 capellanes, 2 mozos de capilla y 2 reposteros. La cámara se componía de un camarero, Alonso de Ribera, un contino, un escribano de cámara y 5 hombres de cámara, 16 reposteros de camas, 3 reposteros de plata y dos ayudantes, un copero y su ayudante y 2 reposteros de mesa. Al frente de los Oficios estaba el gobernador de la Casa, marqués de Denia, y entre los otros 47 componentes destacaban su hijo, el conde de Lerma don Francisco de Rojas, con la condición de contino, y el maestresala Hernando de Tovar. Había 23 monteros de guardia, 3 mozos de espuelas, 7 dueñas de compañía, y 26 mujeres de cámara[405]. En total, el número de integrantes se había reducido respecto a la década anterior.

Por su parte, la Casa castellana de Carlos V también había aligerado su composición y, si bien en las nóminas constaban 212 personas, además de la sección de caza, formada por poco más de 100 individuos, en realidad no todos viajaban al lado del emperador. Al frente de la capilla se encontraba el sacristán mayor, Felipe de Castilla, que pronto falleció, 8 predicadores y 100 capellanes, de los cuáles 79 servían y 21 habían obtenido licencias para ocuparse en otros menesteres pero mantenían sus quitaciones: entre ellos se encon-

[405] AGS, CSR, leg. 19, núms. 1172-1182, y leg. 96, núms. 12-16.

traban Luis de Rojas, hijo del marqués de Poza; Luis de Toledo, hijo del comendador mayor, ya fallecido, Fernando de Toledo; Álvaro de Borja, hijo del duque de Gandía; Bernardino Manrique, hijo del conde de Paredes; Juan de Valdés, secretario del Consejo de la Inquisición; Juan López Pizarro, hijo del consejero Gregorio López, y otros descendientes y parientes de los miembros de los Consejos. Pocos de estos miembros de la capilla, en realidad, permanecían junto a Carlos V; además, conforme se presentía la proximidad del abandono del poder por parte del emperador se tardaba cada vez más en cubrir las vacantes que se producían por defunción o por dedicación a otros menesteres. Así, años después del fallecimiento del predicador fray Antonio de Guevara en 1545, se habían acumulado diez vacantes más que, al no ser nombrado sucesor, redujeron el número de predicadores que ejercían en la Casa de Castilla que residía junto al emperador a cuatro[406].

Los 11 oficios estaba dirigidos por el teniente de mayordomo mayor, Juan Fernández de Ventosa; ocupaba un lugar destacado el licenciado maestro Vicente Serras, cirujano. En una escala inferior se hallaban los 4 barrenderos y 5 porteros de cadena. De los 32 porteros de cámara, solamente servían 21, pues 6 lo hacían en la Chancillería de Valladolid y toros 5 en la de Granada. La sección musical gozaba de una relevancia indiscutible: 8 trompetas, 5 atabaleros y 15 ministriles y músicos, entre los que no era desdeñable la presencia del organista Antonio de Cabezón «el ciego». Finalmente, había 3 escuderos de pie que se libraban sin cargo de servicio, y 23 monteros de guarda. Otra nómina contenía a la sección de caza de volatería y caza de montería, dirigida por el cazador mayor, Luis Manrique, IV marqués de Aguilar, y el sotamontero Antonio Sendín[407].

Estas estructuras de servicio doméstico de la Casa de Castilla solamente se alteraron cuando, en 1555, se produjo el fallecimiento de la reina Juana. El aviso de la muerte de la reina Juana fue transmitido desde Castilla a Carlos V a mediados de abril de 1555[408]. A las pocas semanas el marqués de Denia expresaba no solo su sentimiento de dolor por «tan gran pérdida», pues también recordaba sus muchos y señalados servicios y solicitaba ser correspondido con «merced y favor», al tiempo que también enviaba al Rodrigo de Ledesma y al contador Juan Pérez de Arizpe para que comunicara personalmente al emperador la situación de desamparo en la que quedaban los miembros de la Casa de doña Juana[409]. Unos días después era doña Juana de Austria, ocupada en labores de regente, la que intercedía ante Carlos V en favor de los criados de su abuela «por lo mucho y bien que todos han servido y la neçesidad en que quedan» y, en particular, insistía en la importancia de recompensar al marqués de Denia y su esposa, y los demás parientes que habían servido en la Casa castellana de Tordesillas: la beata Ana Enríquez y la condesa de Castro, hermanas de Denia; los condes de Lerma y la condesa de Paredes, sus hijos; Hernando de Tovar, su primo, capitán de la guardia, y su mujer doña Isabel Orense; Margarita de Rojas, su prima[410]. En suma, mientras que algunos de sus miembros se licenciaron, la mayor parte pasó a las casas castellanas que servían al emperador y a los otros miembros de la familia real. Así, el cargo y data de la cuenta que Luis de Landa presentó ante la Contaduría mayor reflejó la defunción de doña Juana y el ligero aumento de los oficiales adscritos a las nóminas de la Casa de Castilla de Carlos V; respectivamente, ambos ámbitos supusieron en 1555, 9.989.315 y 6.296.535 mrs (16.285.850); en 1556, 2.353.437 y 8.078.925 (10.432.362); y en 1557, 8.035.667[411]. En un cálculo, ofrecido en carta de la regente princesa Juana al emperador, se recogieron las previsiones derivadas de la disolución de la Casa de Tordesillas:

> «Los gastos de la casa de la Reina mi señora, que haya gloria, con lo que se libra para los criados de V.M. que están en ella asentados, montaban al presente 16.790.000 mrs; destos se gastaban en el plato y despensa de S.A., y en su cámara, y cosas –extraordinarias, y cera, y en las quitaciones y ayudas de costa, y raciones de sus criados, y mujeres con el sueldo y librea de la guarda y capitán della, y con lo que llevaba el marqués de

[406] AGS, E, leg. 13, núm. 71.

[407] *Ibidem*, leg. 64, núm. 860-867. Las relaciones de estos años muestran una composición prácticamente idéntica. Cf. *ibidem*, leg. 19, 64 y 96; CMC, 1.ª época, leg. 594-2.ª.

[408] CDCV, IV, págs. 206-207, carta de la regente doña Juana, 13 de abril.

[409] *Ibidem*, págs. 216-218, cartas a Carlos V desde Tordesillas, 26 de mayo.

[410] *Ibidem*, págs. 218-221, cartas fechadas en Valladolid el 31 de mayo:

Denia, 9.610.000 maravedíes, y los otros 7 cuentos y los otros 80.000 maravedíes montan las quitaciones y ayudas de costa de los criados de V.M., con el salario del pagador de la Casa, y con lo que se libra a la caza y montería, y trompetas y atabales, de manera que lo que puede vacar para el año venidero son los dichos 9.610.000 maravedíes, y destos se han de cumplir las satisfacciones que V.M. fue servido hacer a los criados de S.A. y al marqués; lo demás se ahorrará, y para lo que toca al gasto deste año, como el serenísimo rey y príncipe dio una cédula antes de su partida de estos reinos para que en caso que S.A. [la reina doña Juana] que haya gloria, falleciese, estuviese todo lo de su cassa sin hacer mudanza en ella hasta tanto que V.M. enviase a mandar lo que se había de hacer, no se puede saber lo que sobrará hasta que mande lo que es servido que se haga en ello»[412].

Como se observa, en 1557, tras la incorporación de algunos servidores de la difunta doña Juana en la sección de Carlos V, el coste de la Casa de Castilla se había reducido prácticamente a la mitad. La Casa de Castilla de Carlos V se mantuvo hasta el instante de su muerte, aunque no cumpliera ya funciones de servicio sino, como venimos reiterando, de integración de las elites de esta Corona mediante la gratificación de determinados personajes.

Hasta entonces, esta Casa de Castilla estuvo complementando la asistencia que prestaba la Casa de Borgoña, cuyas dimensiones y financiación no experimentaron variaciones significativas respecto a años precedentes, si bien el gasto que suponía alcanzaba los 200.000 ducados[413]. Hasta 1556, su sostenimiento parece que siguió repartiéndose entre Castilla y los Países Bajos; al menos, en 1554 el tsorero Baeza entregó 128.241 escuos a Sigoney, mientras que en 1555, efectuó pagos por importe de 33.766 y 113.451 escudos, procedentes de la Hacienda real castellana. El 21 de octubre de 1555, pocos días antes de la abdicación de Carlos V, se elaboró una «Lista de los gentileshombres de la boca y de la casa del emperador nuestro señor, y de los costilleres esotros de todas naciones», de mano del secretario Francisco de Eraso, que además de advertir el origen territorial de cada uno de estos servidores señalaba si se encontraba ausente o presente en la corte[414]. Había 27 gentileshombres de boca españoles (13 «al presente están» y 14 «están absentes»); 62 de la casa (15 presentes y 47 ausentes), y 13 costilleres, estos ausentes. Los caballeros de boca flamencos y borgoñones eran en total, 23, de los cuáles no se encontraban junto a Carlos V 16; de la casa, había 49 gentileshombres con este origen (27 presentes y 22 presentes), y, además, un *varlet servans*. Pertenecían a la Casa de Borgoña, también, varios gentileshombres y costilleres tudescos, flamencos e italianos. De esta manera, en los últimos años del emperador, Gachard, apreció que «había algunos borgoñones, pocos italianos y alemanes y más de las cuatro quintas partes eran españoles o belgas». Para llegar a esta conclusión se basó en la «relación de los criados que tenía el emperador... al tiempo que se deshizo su Casa por el mes de junio de 1556»[415]:

CAPILLA MAYOR Y MENOR (50)	limosnero mayor
	segundo limosnero
	sumilleres de oratorio: 2
	maestro de capilla
	capellanes: 7
	confesor del común
	cantores: 18
	muchachos de capilla: 10

[411] AGS, CMC, 1.ª época, leg. 594.

[412] F. DE LAIGLESIA, *Estudios Históricos*, 3 vols, Madrid 1918-1919, II, págs. 187-190; AGS, E, leg. 109, núm. 78.

[413] LAIGLESIA, II, págs. 188-189 y 219. De cómo la financiación seguía sin disponer de medios ordinarios, y se efectuaba a través de préstamos o adelantos, CDCV, III, pág. 265, cargando sobre Alonso de Baeza una parte de 100.000 ducados tomándolos a cambio, en 1551. Asímismo, 165. CMC, 1.ª época, legs. 1171 y 1189.

[414] AGS, CC, leg. 359, y E, leg. 510, núm. 73.

[415] AGS, E, leg. 116, núms. 41-45; fue publicada por L.P. GACHARD, *Retraite et mort de Charles Quint au Monastere de Yuste*, 3 vols., Bruselas 1854, y comentada por R. CARANDE, *Carlos V y sus banqueros*, 3 vols., Barcelona 1987, II, págs. 164-166, de donde tomo la cita.

	maestro de muchachos organista templador furrier de capilla mozos de capilla: 2 mozos de oratorio: 2 mozo de limosna
CÁMARA, GENTILESHOMBRES Y OFICIALES	sumiller de corps mayordomo mayor mayordomos: 3 gentileshombres de boca: 57 gentileshombres de casa: 132 varlets servans: 2 costilliers: 150 pajes: 8 panadería: 8 eschansonería: 5 cocina: 12 guardamayor: 2 salsería: 2 cerería: 3
FURRIERA	gentileshombres de cámara: 10 médicos: 2 guardarropa: 1 ayudas de cámara: 24 grefier: 1 aposentadores: 6 oficios varios: 11 acemilería 4
CABALLERIZA	caballerizo mayor caballerizos: 3 trompetas: 11 tañedores de vihuela de arco: 4 lacayos: 6 mozos de litera: 4 aguador: 1 mozos de caballos: 10
GUARDIAS	archeros: 90 guardia española: 104 guardia alemana: 103

En total, pues, no llegaban por poco a ser 500 personas, a las que habría que añadir las guardias (archeros, alabarderos españoles, y alemanes). Podemos reconstruir su evolución con ayuda del «Roolle des seigneurs, gentilzhommes, officiers et autres personnes qui estoient comptees par les escroez de la maison

de l'empereur Charles cinquieme de ce nom...»[416]. Al mismo tiempo que se diluían las diferencias entre la gran y pequeña capilla, que seguían dirigidas por el limosnero mayor, Odart de Bersaques, se fue elevando el número de chantres, mozos cantores y otros clérigos con dedicación musical. Todavía faltaba algunos años hasta que se terminaron de articular las relaciones entre la capilla borgoñona y la capilla castellana, con el desarrollo de un único servicio religioso espiritual cuyas máximas autoridades eran el capellán mayor (procedente de la Casa de Castilla) y el limosnero mayor (procedente de la de Borgoña)[417].

Al frente de la cámara se mantenía, como sumiller de corps, Joaquín de Rye, señor de Balançon. Rye no solamente atendía este servicio de Carlos V; sus actividades políticas y diplomáticas le habían distinguido en marzo de 1552, cuando actuó de correo entre el emperador y su hermano Fernando, a fin de limar las distancias y los distanciamientos que les separaban en lo concerniente al futuro de la dinastía[418]. Sorprende comprobar que, en el momento de la disolución de su Casa borgoñona, Carlos V no disponía de más camareros, pues el marqués de Aguilar y Juan de Vega, que anteriormente figuraban en dicho puesto, ya no constaban en dicha relación dado que se encontraban ocupados en otros asuntos.

La reducción de este puesto se había compensado con la creciente importancia de la presencia de los gentileshombres de cámara, cuyas funciones eran similares si bien orgánicamente pertenecía a la furriera. En 1556 ya había desaparecido Enrique de Toledo, que había cesado en el servicio de Carlos V en 1550, cuando partió a España con el encargo de presidir el Consejo de las Órdenes, y que falleció a principios de 1552[419]. Otro español había ingresado el 1 de marzo de 1548, Hernando de la Cerda, promocionado desde su oficio de gentilhombre de boca, que en enero de 1556 recibió de Carlos V, unos días antes de que abdicara de sus reinos de España, una encomienda de la orden de Alcántara valorada en 3.000 ducados de renta anual[420]. De la Cerda acompañaba a Luis de Ávila y Zúñiga, comendador mayor de Alcántara cuyas andanzas militares junto al emperador durante 1546 y 1547 había recogido en un libro, el *Comentario de la guerra de Alemania*, publicado en Venecia en 1548. Sus correrías de armas no cesaron aquí, y padeció junto al emperador el triste y doloroso fracaso de Metz. En premio a tantas penalidades de campaña, en enero de 1556 obtuvo la encomienda de Mayorga y una ayuda de costa de 4.000 ducados de una vez[421]. Los demás gentileshombres de la cámara eran borgoñones y flamencos, y desempeñaban servicios que tradicionalmente habían recaído en sus familias: Bevres, La Chaulx y Herbays ya constaban antes de 1543; el príncipe de Orange había ingresado el 6 de mayo de 1550, como el conde de Roeulx y señor de Beurayn; Egmont, entró el 25 de julio de 1543; los señores de Noircarmes y Hubermont, el 1 de mayo de 1548. La relevancia de los gentileshombres de cámara quedó de manifiesto cuando, el 6 de junio de 1554, en Bruselas, hubo que testificar la lectura del testamento de Carlos V, y se requirió la presencia de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange; Juan de Poupet, señor de La Chaulx; Luis de Zúñiga, Fernando de la Cerda, y Floris de Montmorency, señor de Hubermont[422].

En 1555, el mayordomo mayor seguía siendo el duque de Alba, ocupado en la campaña de Italia. Los otros tres mayordomos eran el barón de Montfalconet, Philibert de La Baume; Juan Manrique de Lara, que había ingresado en 1544, y Luis Quijada, que adquirió esta condición el 5 de abril de 1549, tras ser promocionado desde la caballeriza. Juan Manrique de Lara, aumentó considerablemente su protagonismo en los asuntos de Estado en los últimos años del reinado de Carlos V: en 1551 se convirtió en capitán general de la artillería de España en 1551, y desempeñó importantes misiones diplomáticas, como las que le llevaron, en 1551, a Roma, y en 1552, a Valladolid para apremiar la consecución y envío de recursos financieros a Carlos V; posteriormente, fue de nuevo responsable de embajadas en Roma. En premio a sus muchos y destacados servicios, el emperador le concedió, el 12 de enero de 1556, licencia para traspasar el oficio que tenía en la

---

[416] IVDJ, ms. 25-I-25, fol. 75 ss. (véase volumen III, Apéndice)

[417] Las sucesivas instrucciones para ambas capillas en tiempos de Felipe II, L. ROBLEDO, «La música en la corte de Felipe II», art. cit., págs. 145-160.

[418] CARANDE, III, págs. 356-357; OCHOA BRUN, pág. 497.

[419] Véase su biografía y su labor al respecto, infra, tomo III.

[420] AGS, CC, leg. 359.

[421] *Ibídem*, sin foliar. Unos apuntes biográficos, A. GONZÁLEZ PALENCIA, *Don Luis de Zúñiga y Ávila, gentilhombre de Carlos V*, Madrid 1932, que resume en *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, I, págs. 48-51.

[422] CDCV, IV, pág. 97.

casa de la moneda de Sevilla, y una ayuda de costa de 12.000 ducados de una vez[423]. Por su parte, es conocida la afición que Carlos V mostró a Luis Méndez Quijada, señor de Villagarcía, durante los últimos años de su vida, y cómo esta confianza le obligó a dejar Bruselas para cumplir el encargo de velar por la crianza del hijo natural del emperador, don Juan de Austria, aunque siguió percibiendo su salario como mayordomo del emperador. Finalmente, cabe repetir que, tal y como comprobamos anteriormente, de los 57 gentileshombres de la boca y 132 gentileshombres de la casa, más de la mitad eran españoles

La abdicación de Carlos V como soberano de los Países Bajos, en Bruselas, el 25 de octubre de 1555, no supuso por tanto, la disolución de su Casa de Borgoña. Su permanencia se prolongó hasta junio de 1556 y, desde entonces, quedó un reducto que habría de acompañar al emperador durante su estancia en su última morada, Yuste. Por su parte, si bien su Casa de Castilla terminó con la abdicación de enero de 1556, así mismo algunos de sus miembros siguieron perteneciendo a su servicio. Respecto a unos y otros, hubo que escoger los que formaron parte del séquito que, primero, se mantuvo a su lado cerca de Bruselas, mientras proporcionaba mercedes[424], saldaba deudas y esperaba embarcarse hacia España. En esta cuestión intervino personalmente el propio Felipe II: «Mirad que su majestad quiere que luego se sepa lo de sus criados que an de yr a España..., y lo de los capellanes también, que hasta seis querría su majestad que fuesen», para más adelante apuntar «que de los de la Casa, que vayan los que quieran», y «que se sepa aquí de los caballeros españoles los que piensan ir con él»[425].

Al fin, Carlos V fue despidiendo clérigos, caballeros y criados y, a mediados de septiembre de 1556, se hizo a la mar en Flesinga rodeado de un séquito de unas 150 personas mayoritariamente flamencos y borgoñones. Llegó a España el 28 de septiembre y se puso rumbo a Yuste, en donde sin embargo, no se pudo establecer hasta primeros de febrero de 1557; aquí, el mando de una pequeña corte correspondió a su fiel mayordomo, Luis Méndez Quijada[426]. Su servicio estuvo compuesto, tal y como recogió el codicilo de su testamento, firmado el 9 de septiembre de 1558, por 51 sujetos, que a pequeña escala reproducían la Casa de Borgoña[427]; ahora bien, la mayoría de los oficiales y criados procedía de los Países Bajos, y solamente se contaba la presencia de una decena de españoles, algunos italianos y unos pocos alemanes. Parecía que, si bien Carlos V había elegido España para morir, la composición de su servicio, representada en van Male, aquel humanista de Brujas que hacía de ayuda de cámara, volvía a semejarse a la de los primeros años de su reinado.

---

[423] AGS, CC, leg. 356, sin foliar. Véase su biografía, infra, tomo III, con razón de su título de contador mayor de Cuentas.

[424] AGS, E, leg. 13, núms. 114-117.

[425] AGS, E, leg. 510, núms. 118, 122 y 124, probablemente dirigidas al secretario Francisco de Eraso.

[426] Mucho se ha escrito sobre la estancia en Yuste, si bien la obra imprescindible sigue siendo la de L. P. GACHARD, *Retraite et mort de Charles Quint au Monastere de Yuste*, *op. cit.* Una útil recopilación de datos, V. DE CADENAS Y VICENT, *Carlos de Habsburgo en Yuste*, Madrid 1990. También resulta interesante y fundamentado el ensayo de A. GARCÍA SIMÓN, *El ocaso del emperador*, Madrid 1995.

[427] P. DE SANDOVAL, III, págs. 556-561; CADENAS Y VICENT, págs. 23-28. Allí se encontraban el mayordomo, el secretario Gaztelu, cuatro ayudas de cámara y dos asistentes, el médico Enrique Mathesio, un guardarropa, un ayudante de guardajoyas, dos relojeros y un ayudante, cuatro barberos, un boticario, su ayudante, tres panaderos y su ayudante, un sumiller de la cava y su ayudante, un cervecero, un tonelero, dos cocineros y dos mozos de cocina, un pastelero, un salsero y un ayudante de salsería, un frutero, un hortelano, un cerero, un cazador, una lavandera de corps y otra de boca, tres ayudantes de litera, un escribiente, un escribano y un alguacil. Véase, así mismo, GARCÍA SIMÓN, págs. 82-87. Otra relación, AGS, E, leg. 120, núm. 167, «Los criados que su magd. retiene en el monesterio».